

LAS ROSAS
DE
HÉRCULES

TOMÁS MORALES



EDICIONES DE *EL MUSEO CANARIO*
LAS PALMAS DE GRAN CANARIA - MCMLVI

DIBUJOS DE NÉSTOR.
LETRAS CAPITALES DE SANTIAGO SANTANA.

*Queda hecho el depósito que marca la ley.
Impreso en España.*

*Imprenta de Pedro Lezcano. Paseo de Tomás Morales, 17.
Las Palmas de Gran Canaria.*



El poeta.

Bronce de Victorio Macho.

Tomás Morales

¡ A Nave!.. Convección de olímpica rumba;
Luzo maravilloso de Tablarón o rusa,
pájaro de alas blancas para vencer la brisa:
amor de las estrellas y orgullo de la aurora...
El sol iluminaba las jarcias distendidas.
El coro dió sus hombros a las banderas pulidas;
y al destilarle grave por la arena salada
- galardón infinito de la empuñada guerra -
de aplausos coreados,
en un verso prodigioso, iba hacia el mar la tierra...

Poema autógrafa de Tomás Morales

A GOTADA desde hace años la primera edición de «Las Rosas de Hércules», EL MUSEO CANARIO ha considerado preciso dar a la stampa ésta de ahora. La figura de Tomás Morales rebasa el ámbito estrictamente insular. Aunque se inscriba en la órbita de Rubén Darío, máximo dios de la época, la obra de Morales alcanza un nivel alto y señero. Es evidente que el modernismo, a través de su alma, tuvo calidades distintas. La poderosa voz de Tomás (casi siempre épica), cuando de los temas de su isla se trataba, supo alzarlos hasta lo universal. Era menester, por lo tanto, difundir de nuevo su obra, que reclamaban con apetencia muchos espíritus contemporáneos.

Observarán los lectores notables variantes entre la primera edición y la presente. El hecho de haberlas introducido exige unas sucintas explicaciones.

Es de advertir que se han corregido manifiestas erratas y han sido incorporadas modificaciones que sobre los originales y en el segundo tomo dejó el poeta escritas de su mano. La edición corresponde, tipográficamente, al gusto actual; sin embargo, se han mantenido ciertas características acordes con esta poesía; verbigracia, las letras capitales, que ha trazado

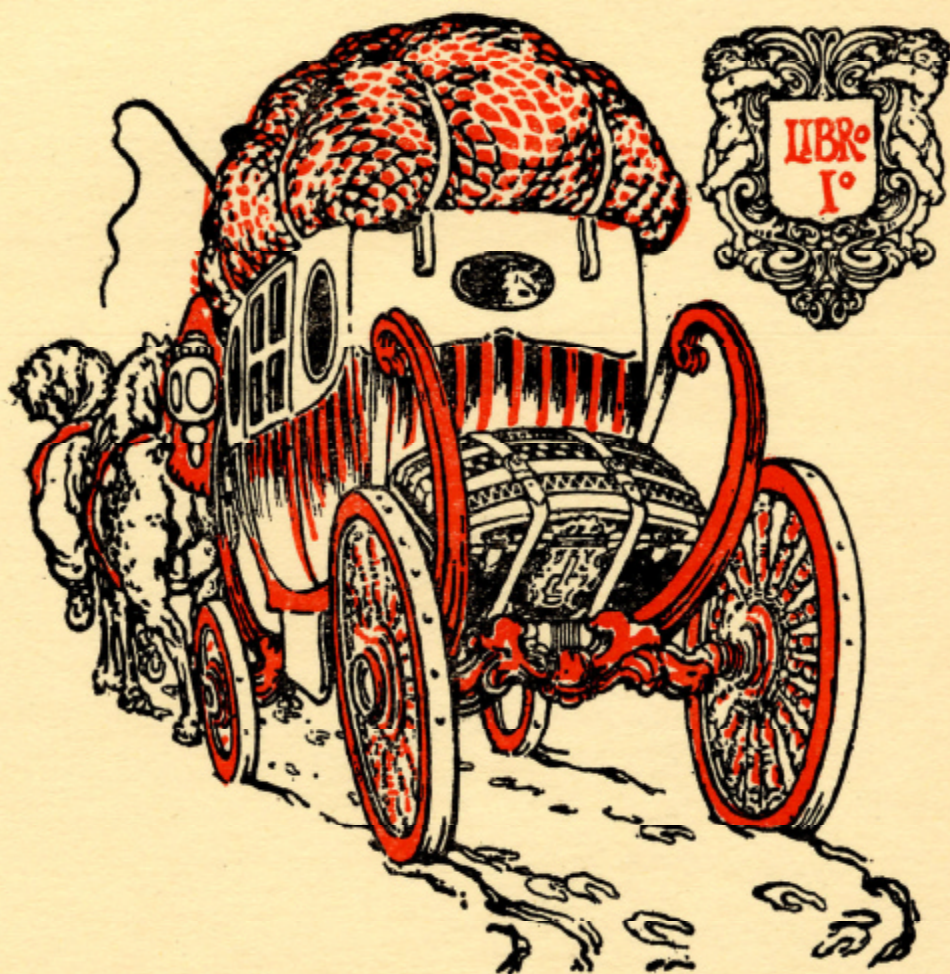
uno de nuestros mejores artistas contemporáneos. Además, del pintor Néstor, tan ligado por la amistad y las tendencias generales de su estética al poeta, no era factible prescindir sin restar valor a esta edición. Por eso, en los dos primeros libros, se reproducen las portadas que para ellos ejecutó el gran artista.

De Néstor se incluye también un dibujo inédito: el que representa a Hércules vencido, que figura como portada del tercer libro. Todo hace suponer que Néstor, a instancias de Tomás, lo había realizado para tal fin.

Por lo que respecta al contenido de la obra, se han de consignar las siguientes observaciones. Los poemas «En el tránsito de Bernardino Ponce» y «Por la muerte de un educador», que se hallaban antes en el primer libro, aparecieron ahora en el segundo, porque, sin duda, pertenecen a la serie «Epístolas, Elogios, Elogios Fúnebres». Y ciñéndonos rigurosamente al proyecto que Tomás dejara ordenado, se ha constituido el tercer libro con «El Himno al Volcán» y los originales —alguno conclusivo, casi todos sin acabar— que los amigos del poeta incluyeron como mero apéndice en la antigua edición, bajo el título de «Palabras de la amistad». Título que respeta la actual edición, por adecuado y expresivo. A manera de prólogo o pórtico de aquella amistad, va el espléndido soneto que don Domingo Rivero dedicó a Morales.

No se encuentra la presente edición lastrada con nuevo estudio crítico. Ha bastado reproducir el admirable prólogo que para el primer libro compuso Enrique Díez Canedo. Estas páginas, cordiales y justas, ostentan tres razones evidentes para su reproducción: contener una crítica exacta de la poesía de Tomás, proporcionar algunos datos biográficos sobrios y necesarios, y estar dictadas por una amistad entrañable.

LAS ROSAS DE HERCULES

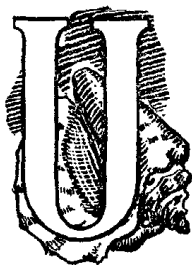


TOMÁS MORALES

LAS ROSAS DE HÉRCULES

LIBRO PRIMERO

PRÓLOGO



*U*n año se cumple, por estos días, de la muerte de Tomás Morales. Cuando le vimos salvar, en Madrid, a fines del 19, la pesada dolencia que le retuvo en la soledad de un cuarto de hotel, sólo aliviada, en horas, por la compañía cordial de un amigo, y poblada siempre por el recuerdo de sus amores lejanos, creíamos ver entrar ya seguro al poeta en la nueva etapa de que saldría, triunfal, el libro tercero de sus Rosas de Hércules. Pocos versos más, sin embargo, acrecieron el caudal de su poesía. Ya había dado el rosal todas sus rosas, y una mano inflexible se aprestaba a cortarlo.

Ni aun el inmediato proyecto de reunir en un tomo igual a aquel otro cuyo cuidado le traía por última vez a Madrid, pudo ver convertido en realidad. Manos familiares piadosas y el culto de unos fieles camaradas ordenan hoy, conforme a los planes que él dejó, este tomo, reimpresión ampliada de los Poemas de la Gloria, del Amor y del Mar, con que abrió su obra poética en 1908. Faltan de aquí, por voluntad del autor, unas cuantas poesías de aquel tomo. Están, en cambio, muy aumentadas las tres secciones en que se divide, y, por último, se han entresacado de los cuadernos y borradores

del poeta algunos versos que se agrupan al final. Contiene así el que viene a ser tomo primero de la obra única de Morales, Las Rosas de Hércules, sus poesías iniciales y lo último que brotó de su pluma.

* *
*

No puede el que esto escribe olvidar, junto al nombre de Tomás Morales, el de otro poeta muerto también: Fernando Fortún. Con ambos le unía un afecto entrañable, fraternal, y los dos eran como esos compañeros de armas que en los viejos cantares de gesta aparecen unidos por una suerte común y llamados a igual destino.

Más de una vez suena en los versos de Morales el nombre de Fernando Fortún. Empezó su amistad cuando se decidía la vocación literaria de ambos y se lanzaban por el camino en que su compañero, mayor en edad, le llevaba escasa delantera. Era Fernando más íntimo y reconcentrado. Tomás, impetuoso, cantaba en notas más altas. Uno y otro seguían, vagamente, los estudios universitarios.

Hízose médico Tomás y volvió a Canarias. De su juventud madrileña conservó los afectos más hondos. En 1914 la muerte de Fortún le inspiró un bellissimo canto. Era ya entonces, en su patria pequeña, el poeta de todos. No producía versos con esa irreflexiva prodigalidad del que convierte en oficio el don y en tarea el arte. Iba poco a poco y, para decir verdad, harto perezosamente madurando sus sueños, y en su mente se pintaban ya, en

vastos frescos, las gestas atlánticas. Las rosas de Hércules eran entonces incipientes capullos.

Un día volvió a Madrid –antes lo recordábamos– a imprimir su segundo libro. Nuestra convivencia durante esos días reanudó, no el cariño, nunca interrumpido, sino la comunicación intermitente. Hablaba Tomás de su vida, asentada ya firmemente; de su trabajo profesional, de actuaciones políticas, todo ello tan vagamente emprendido como los estudios que iba haciendo en su época antigua de Madrid, y dominado todo, lo mismo que entonces, por una atracción capital: la de la Poesía.

Su vida misma era como un don de la Poesía: había encontrado en su esposa el amor y el estímulo; sentíase renacer en sus hijos aún tiernos. Ya todo eso se acabó. Sin embargo, al morir Tomás Morales, pudo decirse de él lo que no es posible acaso afirmar de muchos hombres: fué feliz y supo que lo era.

¿Es ésto una biografía de Tomás Morales? El que lo escribe no ha pretendido hacerla. Deja el empeño a uno de esos amigos fieles en quien el recuerdo del poeta persiste inalterable, formados a su arrimo, incitados por su ejemplo. Sólo ha querido juntar aquí unos recuerdos personales, insistiendo en lo que ya intentó antes de ahora. Pero acaso vaya en ellos lo esencial de la vida de este poeta, que nació en Moya de Gran Canaria el 10 de Octubre de 1884, y murió en Las Palmas el 15 de Agosto de 1921.

* *
*

Las tres partes en que se divide este primer libro de Las Rosas de Hércules: «Vacaciones sentimentales», «Poemas de asuntos varios» y «Poemas del mar», corresponden, con denominaciones cambiadas en algún punto, a las que formaban los Poemas de la Gloria, el Amor y del Mar, impuestas por el prestigio del título. Corresponden también, sin duda, a los tres momentos poéticos que son de notar en la obra de Tomás Morales.

Sin duda, lo primero que escribió fueron algunos de los «Poemas de asuntos varios», en que la inspiración ensaya distintos temas y el apresto literario es, evidentemente, más visible.

Alternando con ellos, las rimas que ahora se llaman «Vacaciones sentimentales», en un género muy cultivado cuando él las escribía, de evocación romántica, en que cada objeto, cada nombre del pasado próximo, adquiere una aureola de santidad, se transfigura y llena de alma, tuvieron la virtud de llevarle a la contemplación de aquello que más directamente hería su sensibilidad de poeta. Le hicieron volver los ojos a la niñez; fueron el conjuro que hizo resurgir de la hondura de los recuerdos las sombras familiares, las estancias de la casa, las calles del pueblo, las perspectivas de campo natal. Y en uno de estos retornos al pasado, como el paseante distraído que, caminando por las vías

de una población costeña, ve, de repente, en el fondo, una intensa línea de azul, en uno de estos retornos descubrió la cuna eterna de su isla, el nuevo y grande inspirador de sus versos futuros: el mar.

Al mar le debe Tomás Morales esa plenitud que muy pronto alcanzó su arte. Le vemos contemplar, tímidamente a lo primero, desde los muelles, la mole bamboleante de un viejo casco que lanza en la noche su rítmica quejumbre, o seguir con ojos ávidos el grupo marinero que, saturado de alcohol, camina por la tierra firme con tambaleos tan peligrosos como los del barco en mar gruesa; le acompañamos en su vigilia, en el puerto, y escuchamos con él toda la escala de rumores con que arrulla el mar a la tierra dormida, o vemos, desde su misma nave, surgir en lontananza una costa y arder, ya cercanas, las luces de la ciudad.

Este primer mar de Tomás Morales es un mar humano, vivido, pero no es aún todo su mar. De esta visión, en que tiene por compañeros al Tristán Corbière de Gens de Mer y al Rubén Darío de la Sinfonía en gris mayor, pasa el poeta de Canarias al deslumbramiento del mar mitológico en que surgen sus islas; sus ojos ven albear entre las olas una estela de perdidos continentes. Los dioses y los héroes cabalgan en sus corceles marinos, y su ensalmo hace surgir un mundo cuya voz ha de ser la misma voz del poeta. Aquellas rocas se hacen fecundas; el comercio va a tocar en ellas y a dejarlas ricas y prósperas. El canto ya no persigue

aquellas siluetas rudas, aquellos breves cuadros de antaño; cobra entonaciones augurales, se llena del espíritu oceánico; nos parece que se levanta de la espuma, impregnado de sal y de yodo. Su entronque poético ha de buscarse ya en Verdaguer y en D'Annunzio.

Así se va formando, hasta entonarse con su modelación peculiar, la poesía de Tomás Morales; como el aprendiz de orador que, para dar a su voz la sonoridad apetecida, gritaba a la orilla del mar, dominando el son de las olas alteradas, este poeta saca del mar el canto robusto, el porte saludable, la voluptuosa plenitud de sus versos, que se distinguen, entre los de sus contemporáneos españoles, por cualidades técnicas que ellos suelen tener un poco dejadas de mano.

Permítasenos traer aquí, sin elaborarlo de nuevo, porque nada sabríamos añadir, algo que escribimos a raíz de la publicación del segundo libro de Las Rosas de Hércules:

Advertimos en Tomás Morales preferente atención a la rotundidad de sus versos. A través de su libro no se hallarán ensayos de ritmos irregulares, de cadencias sinuosas; todo es recio, medido, sonoro. Cuando el metro busca una libertad más amplia, fraccionándose en versos desiguales, el ritmo los hace unos desde el comienzo hasta el fin del poema. Pero lo más frecuente en él es la estrofa simétrica, de molde constante en una poesía; y nunca el verso de arte menor: rara vez aparece si no es en combinación con los otros mayores,

como si en los más breves el tono general se recogiera un instante para continuar, de un salto, el avance solemne de la oda.

Esta palabra, oda, tras de la cual asoma su aviesa catadura la temible Preceptiva, parece también desterrada de los libros de hoy. Unida a lo que llevamos dicho acerca de los efectos de sonoridad alcanzados por el poeta de Canarias, ya se le habrá podido clasificar entre los poetas elocuentes. Y, en efecto, lo es. Elocuencia y Poesía son dos hermanas que, separadas de hecho en la infancia y la florida doncellez, hiciéronse inseparables al madurar la juventud, y se volvieron a desunir, casi enojadas, cuando llegaron a edad reflexiva; ahora, en realidad, las vemos tan diversas, independientes e imposibilitadas para juntarse como a las figuras que las simbolizan, en sendas vidrieras, sobre el estrado de la Real Academia Española.

No son, sin embargo, incompatibles. Los que quieren limitar la poesía a una celosa intimidad, sustraen a su esfera infinitos asuntos; y, a no dudar, los hay, como estos que trata Tomás Morales en sus Rosas de Hércules, que, o se tratan elocuentemente, o se abandonan por completo. ¿Y por qué la poesía ha de renunciar a cualquiera cosa que sea? Lo esencial, en la poesía elocuente, es que siga siendo poesía; sus escollos serán distintos, pero no más temibles que los de la poesía íntima. Esta puede caer en la trivialidad, donde aquella puede ser hueca.

En Las Rosas de Hércules hallamos genuina,

entusiasta, resonante poesía. Avanzando en la lectura, pronto nos damos cuenta del tono espiritual predominante en ella. Tomás Morales, alumno de Darío sólo en lo superficial, tiene sus profundos antecesores entre los poetas latinos: en Catulo, en Ovidio, en los tardíos Ausonio y Claudiano. Aquí una fragancia de rústico huerto, enriquecido por la estación en maravilla de frutos; allí una pomposa alegoría, en que vuela un ser mitológico sobre exuberantes jardines, entre arquitecturas opulentas. De ahí viene la elocuencia, que es cualidad cardinal en la poesía de Tomás Morales, de su abolengo latino que, seguramente sin proponérselo, le lleva a acertar en su vocabulario con la palabra evocadora, concreta, apretada de zumo clásico, a sugerir con su alejandrino la andadura del pentámetro y a acentuar en exámetro la amplitud de sus versos mayores.

Las piezas más significativas de la colección, la «Oda al Atlántico», la «Balada del Niño Arquero», la composición «A Néstor», el «Canto a la Ciudad Comercial» y, sobre todo, la «admirable «Alegoría del Otoño», son reveladoras de esta modalidad especial, de este puro abolengo latino, casi desaparecido de nuestra poesía, que da a los versos de Tomás Morales su imponente profusión barroca».

Esto no lo contradicen, sino que lo confirman, los poemas que dan novedad a la edición de este libro primero de Las Rosas de Hércules y lo articulan en la totalidad de la obra: singularmente el «Canto inaugural» y el «Himno al Volcán»,

escrito en Agaete, tal vez pensando ya en lo que había de ser un libro tercero.

* *
*

No le faltó a Tomás Morales, entre los hombres de su tierra, la consideración que se debe al espíritu. Esa consideración iba indisolublemente unida al cariño que en todos despertaba su bondad perfecta, la irradiación cordial de su persona. Sus lecturas públicas, más que lecturas recitaciones, en que, echada atrás la cabeza y entornados los ojos, iba Tomás con su pastosa voz enronquecida cantando puramente los versos, eran triunfales. Más de una vez se reunieron para rendirle tributo de admiración y cariño sus amigos y émulos de Madrid, sus paisanos de Canarias. En uno de estos homenajes, Claudio de la Torre propuso fundir en bronce el busto del poeta, que modeló Victorio Macho. «El busto podría colocarse —decía— en un rincón grato de la ciudad, un rincón de flores y de sol, donde quedara dulcemente perpetuado el recuerdo del poeta insulario. «Sin otra intervención oficial que el permiso de colocarlo en un lugar público para larga memoria del poeta».

Vivía él entonces. Lo que era aspiración entusiasta de un grupo de amigos, se ha trocado, por obra de la muerte, en consagración necesaria. Ya está en vías de ser un hecho. Así vivirá la figura de Tomás Morales frente al mar que cantó, «frente

al sonoro Atlántico», la eternidad del bronce. Pero también aquí vive. Aquí, en estos dos libros de versos en que está todo él, desde sus primeras rimas de muchacho sentimental hasta los cánticos de su madurez inspirada; en estas Rosas de Hércules, uno de cuyos ramos pudo él atar, dejando el otro al cuidado de un religioso amor que hoy cumple aquí su postrer deseo.

ENRIQUE DÍEZ-CANEDO

EL POETA FUTURO



L POETA FUTURO

TOMÁS MORALES

¿ERES tú el de la nueva generación riente
que llegas con las manos unguidas de armonía,
y que cual ígneo faro conduces en la frente,
para guiar las almas, la luz de la Poesía?

¿Eres tú el venidero, magnífico profeta,
de Dios galardonado con inmarçhitas palmas,
que en un alto cordaje de lírico poeta
cante de todo un siglo las luchas y las almas?

¿Eres el inspirado futuro evangelista,
el Genio que interpreta los hechos inmortales;
y, con gigante pluma de inspiración no vista,
los grabe en sus estrofas lo mismo que en misales?

Mirando al horizonte tropiezo con tu frente,
cual si a su fin te alzaras como un sublime faro,
y miro el parpadeo de tu cerebro ardiente
cual órbita de un cíclope de ardor perenne y claro.

Como los regios buques de máquinas grandiosas
van hacia el faro vivo cruzando el mar extenso,
lo mismo que si fueran gigantes mariposas
que huyeran, fascinadas, a un candelabro inmenso:

Así, se me figura, que irán como un torrente,
si fueses el sublime poeta del mañana,
las almas, hacia el faro radioso de tu frente,
donde rutila un disco de lumbre soberana.

Haz de tu cuerpo un arpa con nervios de tu vida;
la red de tus arterias te sirva de cordaje;
sé un hombre prodigioso de frente embravecida
lo mismo que un humano y espléndido oleaje.

Llora con los que sufren sin porvenir ni nombre,
lucha con los que gimen para alcanzar la palma;
que tú y todos los hombres parezcan sólo un hombre,
que tú y todas las almas parezcan sólo un alma.

Tiende la vista errante por cima del planeta,
mira las grandes vías que enlazan las ciudades;
y esparza, fecundante, tu antorcha de poeta,
por todos los caminos, sus altas claridades.

Canta el enorme tráfago de los tronantes puertos;
las cajas como témpanos, las grúas resistentes,
los largos rompeolas cual brazos siempre abiertos,
adonde llegan razas y pueblos diferentes.

Cante tu amor humano las redes de amplias vías,
que cruzan por los mares, que van tras de los montes;
descorre cual telones las vastas lejanías,
repliega cual cortinas los grandes horizontes.

Infla, sobre las aguas de móviles estelas,
los lienzos de los barcos como alas prodigiosas,
y cual gigantes pájaros se romperán las velas,
rompiendo los confines, en brumas milagrosas.

Llave tu lira sea, llave de oro fundida,
que desabroche mares y términos sin nombres;
y, atónita, descubra que en todo el orbe hay vida,
en todas partes luchas y en todas partes hombres.

Describe las mil flotas de bélico heroísmo
que atravesando piélagos sembrados de negrura,
derrumben sus cañones al fondo del abismo,
en medio del Atlántico, bajo un alba futura.

Pinta cómo la industria que de la China es gala
hace un mantón de seda que fulge y encandila,
y un barco que lo coge y haciendo va su escala,
deja en España el mágico pañuelo de Manila.

Describe cómo Persia, que teje los tapices,
carga en solemne buque la tela esplendorosa,
y en el Tonkín distante desdobra sus matices
o en Nueva York despliega la trama prodigiosa...

Las cinco grandes cuerdas de tu proteica lira
del mundo entero sean los cinco Continentes,
o telescopio inmenso que a todas partes gira
y enfoca soles, mares, espíritus y frentes.

Todas las razas junte tu mágico renombre
como una tribu bíblica, bajo una inmensa palma;
que tú y todos los hombres parezcan sólo un hombre,
que tú y todas las almas parezcan sólo un alma.

Borra a las cordilleras sus altas cresterías,
aparta cual barreras los muros de los montes,
descorre cual telones las vastas lejanías,
repliega cual cortinas los grandes horizontes...

Y si, teniendo un arpa sublime y soberana,
no cantas de los hombres la lucha sempiterna:
¡Baje sobre tu pecho la execración humana!
¡Caiga sobre tu frente la Maldición Eterna!

SALVADOR RUEDA

Marzo de 1908

A
LA MEMORIA
DE
DON MANUEL MORALES Y GONZALEZ
Y
DOÑA TOMASA CASTELLANO VILLA,
MIS PADRES,
ESTE PRIMER LIBRO
DE
LAS ROSAS DE HÉRCULES
DEDICO

CANTO INAUGURAL



ANTO INAUGURAL

LAS ROSAS DE HÉRCULES

BAJO las rubias ondas del estío inclemente,
por apacibles cuencas y huyentes peñascales,
Hércules recorría las tierras de Occidente.

Eran las venturosas épocas iniciales
cuando los sacros númenes de bondadoso ceño
solían su apariencia mostrar a los mortales.

Iba alegre, poseo de un desmedido empeño;
el loco aturdimiento tronchaba los arbuostos,
vagando a la ventura, bárbaro y zahareño.

Cantaba: el vago viento prendía los augustos
sonidos, y los ecos lejanos repetían
la franca explosión de los pulmones robustos...

Unánimes, al paso del semidiós, rendían
vegetales y bestias admiración conjunta;
ya los preclaros hechos las famas elegían,

y ya la prestigiosa celebridad, presunta
del avatar paterno los épicos azares.
La clásica belleza, gloriosamente, ayunta

lo ingrave de Dionysos con el vigor de Ares:
bajo su piel nevada de adolescente griego,
proyéctanse los recios contornos musculares...

Pesaba el mediodía como un airón de fuego;
y, gloria del verano, la cigarra cantora,
narraba en lengua delia, con monocorde juego,

bélicos episodios de alguna acción sonora;
y, en excelente exámetro, su perennal suplicio:
¡la leyenda patética de Titón y la Aurora!

Ardían las montañas como en un sacrificio;
y la Tierra, preñada de gérmenes violentos,
ofrendaba a los cielos el corazón nutricio...

Del calor estival los acometimientos,
sobre las desnudeces del héroe, punzadores,
eran cual un enjambre de tábanos hambrientos.

Molesto, el Numen, siente remover sus furoros
y la ínclita soberbia requiere arco y aljaba
contra los ofensivos, celestes resplandores.

En el cenit, magnífico, el Magno Ardor brillaba;
fulminando en un raptó de paroxismo ardiente,
sobre el mar y la costa, la cabellera brava...

Tiende la cuerda el ágil mancebo; de repente,
del curvado artificio por la sutil garganta,
parte la aguda flecha vertiginosamente.

¡Fué tan fiero el impulso, fué la violencia tanta,
que al recobrar el arco la primitiva hechura,
sintió el arquero, un ápice, ceder la firme planta!

Enojado el profuso monarca de la altura,
ante el enorme agravio del argólida fuerte,
cubrió la faz pletórica con densa nube oscura.

Por vez primera en toda su iluminada suerte,
un estremecimiento y un hálito glaciales,
correr los duros miembros, el temerario, advierte...

Vuelve la vista en torno; cabe los matorrales,
trazando una ancha faja de penumbra olorosa,
corría un largo seto de silvestres rosales.

Sobre el azul calcando su plenitud umbrosa,
la voluntad turbada del nómada atraía
con atracción jocunda, fresca y maravillosa.

Insólito entusiasmo promueve su energía;
y arrojando las armas, prendas de su coraje,
hacia el vergel lozano los rectos pasos guía.

Ya sus pisadas huellan la linde del bosque;
ante sus ojos se abren millares de corolas
esmaltando la alegre frondación del follaje:

unas en sangre tintas como las amapolas,
otras de gamas breves y tonos apagados;
todas de ensueño plenas, de luz y de aureolas...

Frente a frente, de extraños prodigios animados,
cogidos en el pasmo de hipnótica influencia,
los dos contrarios símbolos se miran fascinados.

Opuestos arquetipos de paz y de violencia:
las peregrinas rosas, floral aristocracia,
y el vástago de Júpiter, todo supervivencia.

¡Delicadeza y fuego, fragilidad y audacia:
los dos rosados vértices de la Sabiduría;
la conjunción suprema de la Fuerza y la Gracial...

.....

Lleno el pecho gigante de honda melancolía,
odia el hijo de Alcmena las furias desatadas
y el inmortal orgullo de su soberanía.

Ahora, pesaroso de las glorias pasadas,
refrenando el orgasmo de los instintos duros,
intenta tocar, tímido, las urnas perfumadas:

Sus manos se entrometen por los brotes maduros,
y al temblor de los dedos, los pétalos radiantes
dilucidan la sombra con sus matices puros;

Pululan en el oro solar leves instantes;
y, ante el crecido asombro del destructor despótico,
al caer, multiplican los filtros penetrantes.

Dilata el dios las fauces ante el effluvio exótico,
y el bálsamo enervante penetra en sus sentidos
al igual que los zumos de un hidromiel narcótico.

Apriétanle el cerebro los vahos encendidos;
y, borracho de aromas, deja doblar, incierto,
sobre la oliente alfombra los músculos vencidos...

Serenidad... Triunfaba del horizonte abierto,
de nuevo, el Sol magnífico; y, en el silencio, daba,
más estridente ahora, su pertinaz concierto

la cigarra sonora, y el Cosmos caldeaba
en su crisol el vasto designio de las cosas...
¡Frente al joven dormido, el claro mar, sonaba!

Tal, olvidando, un punto, las gestas azarosas
—crepuscular paréntesis en las heroicas lides—,
bajo un cielo del Lacio y en un lecho de rosas,
soñó su primer sueño de amor el gran Alcides...

VACACIONES SENTIMENTALES

.
*De toda la memoria sólo vale
el don preclaro de evocar los sueños.*

ANTONIO MACHADO

I



ORTIJO DE PEDRALES, EN LO ALTO
DE LA SIERRA,

con sus paredes blancas y sus rojos
tejados;

con el sol del otoño y el buen olor a tierra
húmeda, en el silencio de los campos regados.

Bajo la dirección tenaz de los mayores
se fomentó la hacienda y se plantó la viña;
y más tarde sus hijos, que fueron labradores,
regaron con su egregio sudor esta campiña.

Todo está como ellos lo dejaron: la entrada
con su parral umbroso y el portalón de encina;
aún la vieja escopeta de chispa, abandonada,
herrumbroso trofeo, decora la cocina.

Allí los imagino, con ademán sereno,
bajo las negras vigas del recio artesonado,
al presidir la mesa, partiendo el pan moreno,
sus diéstras, que supieron conducir el arado;

o en la quietud benigna del campo bien oliente,
mientras el agua clara corre por los bancales,
de codos sobre el mango de la azada luciente
e inclinadas a tierra las testas ancestrales...

¡Oh, el perfume de aquellas existencias hurañas,
que ignoraron, en medio de estos profusos montes,
si tras estas montañas habría otras montañas
y nuevos horizontes tras estos horizontes!

La casa blanca al borde de las espigas rubias,
la conciencia serena y el hambre satisfecha,
los ojos en las nubes que han de traer las lluvias
y el alma en la esperanza de la buena cosecha...

Y así fueron felices... De toda su memoria
sólo quedó esta página inocente y tranquila:
¡Vivieron largamente, sin ambición ni gloria,
su vida fué una égloga dulce como una esquila!

II

LAXITUD soñolienta de la noche aldeana,
en la paz encantada del viejo caserío,
cuando, para el ensueño, buscamos la ventana
de nuestro cuarto, abierta sobre el campo en estío.

La luna, que esta noche brilla más transparente,
parece enamorada del silencio rural;
la quietud de los álamos en el tranquilo ambiente
y el agua de la acequia dentro el cañaverál...

La música del agua, plañendo cristalina,
estos días de junio, fluye más melancólica;
oculto entre unas piedras, en su flauta prístina,
un grillo silba una serenata bucólica.

Y con el viento, vienen los más tenues aromas
que labora el milagro de los dulces rosales;
el viento que nos cuenta de las fragantes pomas
y que ha dormido en medio de los verdes maizales...

Y algo que es como un sueño, que con el aire viene
a buscar nuestras almas, que acaso es comprensivo.

sólo para nosotros, ésta noche que tiene
la quietud oportuna que hace el recuerdo vivo...

Mas en tanto evocamos los ayeres soñados,
con tal ansia aguardamos un mañana más puro
que daríamos todos los ensueños pasados
por la clarividencia del ensueño futuro...

Para olvidarla luego, pero que nuestro olvido
sea una voz que diga muy quedo: —No te pierdas
en la memoria, espera; sé un recuerdo querido,
al que se le pregunta con lágrimas... ¿Te acuerdas?

III

Y he recordado... El breve rincón de un pueblecillo;
una casa tranquila inundada de sol;
unas tapias musgosas de encarnado ladrillo
y un jardín que tenía limoneros en flor.

Una pequeña 'rubia como un fruto dorado,
cuyas pupilas eran de una apacible luz,
y un audaz rapazuelo de correr alocado
vestido con un traje de marinera azul.

Primavera era el hada de sus juegos pueriles...
En la huerta sonaban los gritos infantiles
que callaban, de pronto, bajo la tarde en paz;

cuando una voz llegaba, serena y protectora,
desde el balcón, donde una enlutada señora
llamaba dulcemente: Guillermina... Tomás...

IV

ENTONCES era un niño con los bucles rizados:
a la tarde, solía jugar por el jardín;
feliz con mi trompeta, mi caja de soldados,
sin más novelerías que los cuentos de Grim.

Había algunas niñas, amigas de mi hermana:
Leopoldina era rubia con oros de trigo;
Carmencita, morena como una sevillana;
¡Lucila era tan pálida!... Y la traviesa Juana
reía en el crepúsculo su risa de cristal...

Ésta era la alegría: en cuanto era llegada
se poblaba de trinos el amplio caserón,
con su vestido blanco, su carita rosada
y aquellos labios, rojos como una tentación...

De todas las muchachas era la preferida:
ella fué mi primera visión sentimental...
Al recordar ahora su silueta querida,
siento que mi alma tiene dulzuras de panal...

Yo estaba enamorado de mi amiguita... Un día
en que el sol de su risa brilló más retozón,
eché a correr tras ella por ver si la cogía;
y la cogí... Y, entonces, como ella se reía,
yo besé aquella risa, que era mi tentación...

V

POR fin se terminaron aquellas vacaciones.
Otra vez el colegio con su péndulo lento;
los empolvados mapas de los largos salones
y los eternos días llenos de aburrimiento...

A últimos de Septiembre, una mañana fría,
nos recogió el vetusto coche de la pensión.
¡El primero de Octubre! ¡Poco piadoso día,
que era tan detestado por nuestro corazón!...

Entre besos y lágrimas nos hemos despedido...
Una tenue llovizna que empaña los cristales,
desciende finamente sobre el campo aterido
empapando las hojas de los cañaverales...

Vamos cruzando el pueblo que duerme sosegado:
algunas puertas se abren; algunos labradores
que van al campo, pasan fumando a nuestro lado,
y al saltar de las ruedas sobre el tosco empedrado,
despiertan los primeros gallos madrugadores.

Llegamos a la plaza. De la fragua al abrigo,
miramos, inundados de un profundo pesar,

al hijo del herrero, nuestro excelente amigo,
que en el umbral asoma para vernos marchar.

Y al llegar al colegio, vemos sin alegría
nuestro uniforme y nuestra gorra galoneada,
que el alma, entonces niña, con gusto trocaría
por el trajín sonoro de la vieja herrería
y la carilla sucia de nuestro camarada...

VI

A FERNANDO FORTÚN

ESTA tarde he leído a Rodenbach. El día
ha sido el más propicio que hubo en todo el Verano...
La quietud casi triste de este salón antiguo
de un amigo que espero; el misterioso encanto
de esas altas ventanas que tienen muselinas:
la quietud de los viejos espejos biselados
y este vaso con flores nuevas sobre la mesa...
En la mesa hay un libro: El del poeta amado.

Les Chambres, qu'on croirait d'inanimés décors
han, sin embargo, un alma; pero que es necesario
sorprender en el seno de los grandes silencios...
Y yo, con el poeta, la sorprendí: Fernando.

En estas horas buenas de exaltación de espíritu,
la inquietud de las cosas descende a nuestro lado,
y al indagar sus almas frente a frente al misterio,
sentimos que las nuestras se van sutilizando
y miramos y vemos, y escuchamos y oímos,
algo que en nuestra vida ni vimos ni escuchamos...

¿No has sentido una noche, cuando a casa volviste,
al abrir a deshoras la puerta de tu cuarto,

agitarse en un vuelo ligero las cuartillas
y temblar los cristales con pasajero espanto?...
Creíste que fué el viento de la puerta al abrirse...
¡Creíste que fué el viento... y no fué el viento acaso!...

Yo he visto en un espejo de Trianón una tarde,
la aparición de un rostro inmensamente pálido,
y el cuello de una Reina, sobre el que florecía,
ciñéndolo, la púrpura de unos corales trágicos...
Y fué una momentánea visión, y fué tan brusca,
que yo pensé fué un sueño... y no fué un sueño acaso...

Douceur du soir! Douceur de la chambre sans lampe!
Dulzura del crepúsculo soñador y romántico,
de los viejos salones de muebles silenciosos,
de las alcobas dulces y los pasillos largos...
Dulzor íntimo y suave, para pensar a solas;
para repetir sueños, que ya fueron soñados,
y forjarnos tristezas, porque somos felices,
dejando la alegría para los desgraciados...

La cámara está a oscuras... apenas en el hueco
de la ventana abierta hay un difuso cuadro
de claridad cernida; y junto a él en penumbra,
los arcaicos sillones de solemnes respaldos,

y el borde de una mesa, con pulidas molduras,
por donde corre un hilo de luz encandilado...

Y las sombras avanzan: ya apenas en el fondo
se perciben los amplios cortinones plegados,
y el cristal de un espejo que brilla fugitivo,
mientras en la penumbra, junto a un rincón, callado,
enseña en un bostezo de silencio y de hastío
su blanca dentadura de marfil el piano...

Y de pronto, campanas... Un repique sonoro
se difunde en la quieta meditación del *ángelus*,
llegando hasta nosotros ledamente, impreciso;
y en este único instante, como a un conjuro mágico,
tiemblan las muselinas imperceptiblemente,
unos pétalos mueren de inquietud en un vaso,
y del piano en éxtasis surge una melodía
tan severa, tan pura, de un sollozar tan plácido
cual si una mano en sueños, desmayada de olvido,
dejara una tristeza vagar por el teclado...
Después... nada; penumbra, vaguedad, quietud... nada.
El silencio prosigue...

Un antiguo criado
de la casa ha encendido la lámpara, y se ha ido;
se escuchan en la calma del corredor sus pasos,
alejarse seniles, en el crujir del suelo,

y perderse a lo lejos...

El salón alumbrado
ha perdido el misterio; la sombra huye medrosa,
y se oculta vencida, tras los viejos retratos,
debajo de los muebles, junto a las muselinas
y entre las plegaciones de los portiers pesados...
Y como con la lámpara se ha extinguido el ensueño
acudí a la ventana. Sobre la paz del campo
va muriendo el crepúsculo... Esta noche de julio
tendrá para mi espíritu la placidez de un bálsamo...
Pensé unos versos tuyos: *Parece que mi alma
salió de mí, y se ha hecho el alma de este ocaso...*
He encendido mi pipa que rima con la luna
y he contemplado el humo...

 Mi amigo ha regresado...

VII

Y como se ha quedado la ventana entornada,
la estancia se ha llenado de claridad lunar;
y nosotros pensamos: es nuestra bien amada
la luna, que esta noche nos viene a consolar...

VIII

Y con la luna ha vuelto la visión de mi hermana
en el plácido ambiente de los primeros años;
aquel verano vino de la pensión, ufana;
ya era una mujercita con sus catorce años.

Vino también tía Rosa, ya un poquito arrugada,
cuyas viejas historias gustábamos oír;
sobre todo las que eran de aquella temporada
tan célebre: dos meses pasados en Madrid...

Cuando viera a la reina una tarde de Enero
en la carroza regia por la Puerta del Sol;
y pintorescos cuentos de aquel rey jaranero
caballero perfecto, simpático español.

Cual buena provinciana, no se le quedó nada
por ver, y recordaba con deleite especial
cuando a primera hora, de maja disfrazada,
fué con unas amigas al baile del Real.

Las máscaras estaban, a su decir, divinas,
con el rostro cubierto por el negro antifaz;
los palcos encantaban llenos de serpentinas...
¡Las mujeres tan lindas y los hombres de frac!

Mas todos los requiebros se dijeron por ella
—de algunos recordaba la picaresca sal—
quizás por ser más tímida, no por ser la más bella,
¡las había tan bellas en ese carnaval!

Y nosotros quisimos ver el disfraz preciado
que por aquel buen tiempo fué toda su ilusión
y que ahora dormía sus glorias, olvidado
en el apolillado misterio de un arcón...

Del que ella fué sacando con cuidadoso anhelo
entre cintas marçhitas y deslucidos trajes:
la cumplida basquiña de negro terciopelo,
y la mantilla blanca tembladora de encajes...

Un escaipín de raso con un bordado alterna
y unas medias rosadas, tras una falda grana,
dignas de haber ceñido la torneada pierna
de la gentil Rosario Fernández, La Tirana...

Mi hermana ha recogido todos éstos primores,
ha salido y ha vuelto poco rato después;
y ya era una Manola de los tiempos mejores,
hija de Maravillas, del Rastro o Avapiés...

Y adoptando un gracioso talante pinturero,
nos miraba con una sonrisa picaruela:
yo entusiasmado entonces le arrojé mi sombrero
diciéndole un piropo de una vieja zarzuela.

Y benévolamente tía Rosa sonreía,
acaso recordando el donaire jovial
con que el Rey don Alfonso la llamó: ¡Reina mía!
aquel inolvidable Martes de Carnaval...

IX

CUANDO a mi alma interrogo sobre el ensueño ido
y viene a mí el encanto de aquella buena hora:
entre caras brumosas empañadas de olvido
hay una, que recuerdo cual si la viese ahora.

Fué un nuestro buen amigo; sus miradas errantes
daban a sus pupilas una visión inquieta,
y por sus aficiones todos los estudiantes
llamábanle, con tono desdeñoso, el poeta.

Mientras los camaradas juegan indiferentes,
él solía leerme sus versos inocentes
con voz emocionada y en tono muy formal.

No sé lo que habrá sido de ese buen compañero:
yo que entonces hubiera querido ser torero
sentía por él una compasión fraternal...

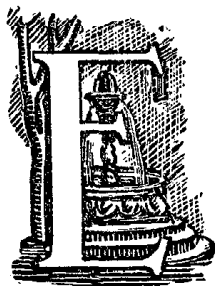
X

TARDE de oro en Otoño, cuando aún las nieblas densas
no han vertido en el viento su vaho taciturno,
y en que el sol escarlata, de púrpura el poniente,
donde el viejo Verano quema sus fuegos últimos.

Una campana tañe sobre la paz del llano,
y a nuestro lado pasan en un tropel confuso,
aunados al geórgico llorar de las esquilas,
los eternos rebaños de los ángeles puros.

Otoño, ensueños grises, hojas amarillentas,
árboles que nos muestran sus ramajes desnudos...
Sólo los viejos álamos elevan pensativos
sus cúpulas de plata sobre el azul profundo...

Yo quisiera que mi alma fuera como esta tarde,
y mi pensar se hiciera tan impalpable y mudo
como el humo azulado de algún hogar lejano
que se cierne en la calma solemne del crepúsculo...



LOGIO DE LAS CAMPANAS

CUANDO en la noche reina la quietud silenciosa,
y hasta es callado el viento que mueve las espigas,
desciende hasta mi alma una voz afectuosa...
Las campanas del pueblo son mis buenas amigas.

Pero hay una entre todas que tiene mis amores,
porque tienen sus sones más infantilidad,
yo la amo más que a todas sus hermanas mayores
y aún más que a las campanas grandes de la ciudad...

Esquilón de la aldea que eres como un hermano
que sabes tantas cosas queridas para mí,
cuando alegre repicas con tu lirismo vano
volteando en la torre travieso y parlanchín.

Y eres como un chicuelo alocado y violento
que aprovecha un descuido para ser decidor,
mientras su madre espera tras un trepidamiento
el golpe del pesado martillo del reloj.

Tu abuela sabidora fué una vieja cigüeña
que sólo te hizo cuentos de los que hacen reir;
por eso, aunque eres viejo, tienes la voz risueña,
y hasta tu son cascado tiene un dejo infantil.

Por lo mismo te he dado mis afectos mejores,
por ingenuo y por fútil en tu sonoridad...
Yo te amo más que a todas tus hermanas mayores
y aún más que a las campanas grandes de la ciudad...



A VOZ DE LAS CAMPANAS

Su lenguaje es sencillo como su alma que es buena,
para los funerales tienen un triste son,
en Primavera ríen, cantan por Nochebuena,
parece que en los *ángelus* invitan a la cena
y después nos anuncian la plática serena
tan huecas y tan graves las noches de sermón...

POEMAS DE ASUNTOS VARIOS

A
FRANCISCO VILLAESPESA

*And in peaceful hour doth cry, kill, kill
Distemp'ring gentle love in his desire.*

SHAKESPEARE



ANTO SUBJETIVO

Yo amo el sol en el triunfo de la Naturaleza,
los ensueños heroicos de las eras triunfales
y las tardes de otoño, que tienen la tristeza
de las cosas ingenuamente sentimentales.

El rumor de los élitros y el agua de la fuente
—la eterna letanía de las viejas quimeras—
que con amor, a veces, y otras indiferente,
voy uniendo a mis rudas canciones marineras.

El mar tiene un encanto, para mí, único y fuerte;
su voz es como el eco de cien ecos remotos
donde flotar pudiera, más fuerte que la muerte,
el alma incnarrable de los grandes pilotos...

Alma de los turbiones y del grueso oleaje
que el misterio marino de iniciaciones puebla;
que silba con la lira sonora del cordaje
y calla en el silencio de los días de niebla...

Yo sé de los piratas de homérica osadía,
y aprendí sus historias, más grandes que ninguna,
cuando, viajero en sueños, pasé en su compañía
las noches del Adriático, claras como la luna.

¿Y después? —Fueron brumas y fué un ignoto abismo
de incomprensibles seres y extraña arquitectura;
y ahondando en su misterio y en mi profundo mismo,
divisé el aquilino perfil de la locura...

Él me guió hasta el seno de un raro firmamento:
horizontes al brillo de una imposible aurora,
donde caí; mas, luego, pasó el enervamiento
y olvidé, y olvidando, volvió a tomar mi acento
la serena tersura del agua fluidora...

Como tras la blasfemia viene el remordimiento...

Ellos me redimieron, y así mi fantasía
juzga a todos los hombres de un uniforme modo:
para aquellos que no aman en mi filosofía
tengo el gesto benévolo que lo perdona todo...

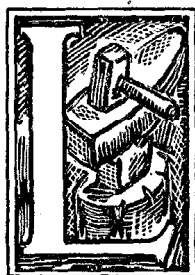
Y si veis que mi alma, a menudo, comete
el pecado de ingenua, no os burléis, se concibe:

soy como un buen abuelo que ha robado un juguete
por contentar al niño que en nuestras almas vive...

¿Y el amor? —Fué el más noble de mis cantos añejos:
yo ensalcé de los besos el manantial sonoro,
el cinabrio escarlata de los labios bermejos
y el lunar espectáculo de los cabellos de oro...

Sé que han de ser crueles los venideros días,
porque, en el breve espacio de mis veintidós años,
desbordé del espíritu todas las alegrías
para que en él cupieran todos los desengaños.

Por eso sé ser triste y, en ocasiones, fuerte;
y en medio de mi escudo pondrá mi fe ilusoria:
el hacha de abordaje que sabe de la Muerte
y el bandolín de plata que espera de la Gloria...



A ESPADA

A SANTOS CHOCANO

Yo he forjado mi acero sobre el yunque sonoro,
al musical redoble del martillo potente;
y he adornado, en mis noches de trabajo paciente,
con líricos emblemas su cazoleta de oro.

Su rica empuñadura vale todo un tesoro,
y su hoja, fina y ágil, pulida y reluciente,
al girar en el aire vertiginosamente,
brilla al sol con la ráfaga fugaz de un meteoro...

Yo quise que en mi verso, como en mi espada, hubiera
románticos ensueños y cánticos triunfales
—la gloria por escudo y el amor por cimera—

como aquellos famosos hidalgos medioevales,
que acoplaban los hilos de una gentil quimera
al épico alarido de las trompas marciales...



A HONDA

A AMADO NERVO

NOCHEs de la Naturaleza,
hechas de sombra y de grandeza,
todas misterio y emoción;
para ser grande o valeroso
y tener fuerzas de coloso
o tener garras de león...

O débil ser como la espuma
y preferido de la bruma
en los silencios de la luz;
cuando levanta en el espacio,
la media luna de topacio,
su melancólico testuz...

El bosque en sombra es el santuario
donde algún genio milenario
savias eternas descubrió;
la luna plena es un diamante
que lanzó la honda de un gigante
y en la alta noche se clavó...

Y quise ser un sol de plata
o la encantada serenata
del nocherniego ruiseñor,
como la estrella que relumbra
o tener alas de penumbra
como el misterio y el dolor...

Y quise ser como el hondero:
busqué un diamante en el sendero,
mas no lo pude descubrir;
y lo busqué en mi fantasía
y lo encontré: con energía
se alzó mi brazo para herir...

Y una quimera, mi tesoro,
como un relámpago de oro,
mi honda a los aires despidió;
pero no sé lo que fué de ella...
¡Acaso sea alguna estrella
que en el silencio se clavó!



ERENATA

UN cantar enamorado
vibra en la alegre floresta;
el parque en luna bañado
está, esta noche de fiesta.

Fiesta de orgullo y quimera
que se celebra en honor
de ser esta la primera
noche de la Primavera,
tan buena para el amor...

Ya los pajes han servido
el vino, ya los bufones
su carcajada han reído;
ya lleno de insinuaciones
está el bosque florido...

Por las sendas asombradas
de plátanos y laureles
se oyen perdidos rumores:

parejas enamoradas
de doncellas y donceles
van diciendo sus amores.

Y a lo lejos, en la umbría
misteriosa del jardín,
la dulce melancolía
de un amable bandolín
dice una galantería:

*—Tiene el Conde tres doncellas
rubias como el sol de mayo,
sus pupilas son estrellas
mensajeras de fortuna;
cada cabello es un rayo
tembloroso de la luna...*

*Ojos claros, ojos claros, ojos claros;
blanca tez...
La una es rubia, la otra es rubia, la otra es rubia...
¡Oh, que rubias son las tres!*

Calla la voz; a distancia
responde otra dulce voz,
envuelta entre la fragancia
de los jazmines en flor:

—*Las doncellas
son las bellas
azucenas del jardín:
y son ellas
las estrellas
que una noche en que la luna se moría
se asomaron a la vida, sonrientes,
evocadas por las notas transparentes
de un violín...*

De las quiméricas glosas
callan los dejos sutiles
y se pierden, vagarosas,
las parejas juveniles...

Sólo se escuchan perdidos
rumores en las desiertas
sendas al amor abiertas;
tras los macizos floridos,
algunas risas despiertas
y algunos besos dormidos.

Luego, la voz, a lo lejos,
repite su languidez:
—*La una es rubia, la otra es rubia, la otra es rubia...*
¡Oh, qué rubias son las tres!

Y el eco leve, sonoro,
lejano, del bandolín:
—*Las doncellas*
son las bellas
azucenas del jardín...



ROMANCE DE NEMOROSO

ROMANCE de Nemoroso,
vieja historia no sabida,
oyérala yo a un cabrero;
bien veréis, que aquí principia:

Por hacer llorar la flauta
Nemoroso le decían;
como era muy bondadoso
por Nemoroso atendía...
¡Mañana de Primavera,
de abril era mañanita!
Por las riberas de Tajo
su rebaño discurría,
cuando del agua, llorosa
viera salir a una ninfa:
triste llevaba la cara,
de gran pena se dolía.
—¿Qué mal habedes, señora?
Nemoroso la decía.
—Cuitada busco una ajorca
que mis tobillos ceñía;

toda de oro es compuesta
y de esmeraldas guarnida;
perdiérala yo esta noche
cuando mi tocado hacía...
—Yo buscaré vuestra ajorca,
Nemoroso respondía.
Ella le miraba atenta;
Nemoroso enrojecía.
Él, buscaba y rebuscaba,
ella, miraba y reía;
y él buscando y ella riendo
se pasaron todo el día...

Cansáranse de este juego,
ya la tarde anochecía;
al ver la primera estrella
el pastor se despedía;
la bella, al verle dispuesto,
de este modo le decía:
—No tengas pena ninguna,
no la tengas, por tu vida,
que la prenda que buscaba
en tí sólo era perdida,
y al encontrármela, dóime,
dóime por muy complacida...
Al oír estas razones
Nemoroso sonreía:

—Muy mal habedes obrado,
mi dueña y señora mía;
si antes hubierais hablado
de otra manera sería,
que aunque soy pastor de ovejas
también sé de galanía...

Cuatro horas se pasaron
platicando, en compañía...
Al finalizar las cuatro,
media noche era venida.
A la claror de la luna
el pastor se despedía;
recogiera su ganado,
por el monte se metía.
Ella en el río se entraba,
por el amor dolorida.
¡La flauta cantaba amores,
llorando en la serranía!
La ninfa, sobre las aguas
suspirando, se dormía...

¡Romance de Nemoroso!
Ya está la historia sabida,
oyérala yo a un cabrero;
bien veréis, que aquí termina...



RISELEFANTINA

UNGE tu cuerpo virgen con un perfume arménico,
muéstrame de tu carne juvenil el tesoro
y rueda sobre el mármol de tu perfil helénico
la cascada ambarina de tus bucles de oro.

Eres divina, ¡oh reinal, tu carne es nacarina;
y tienen tus contornos olímpicos, los bellos
contornos de una estatua. ¡Oh reina, eres divina,
desnuda, bajo el áureo temblor de tus cabellos!

Nuestro tálamo espera bajo un rosal florido,
donde una leve luna trémulamente irradia
aquel claror tan plácido que iluminara un nido
en un vergel recóndito de la amorosa Arcadia...

También un nido aguarda a los nuevos esposos:
es un tálamo blanco de blancas flores lleno;
de olorosos jazmines y nardos olorosos,
casi tan albos como la albura de tu seno...

Serás reina entre flores, serás la compañera
de las rosas más blancas; la más fragante y pura.
Ya el lecho que te ofrenda la dulce Primavera
suspira por la breve carga de tu hermosura.

Yo amaré, entre las flores, tu perfume abrileno,
y al verte entre mis brazos, ilusionada y loca,
yo te daré el rimado búcaro de un ensueño
a cambio de las mieles de tu exquisita boca.

El cielo será un palio sobre nuestra fortuna;
un surtidor lejano dirá una serenata,
y al sentirnos dichosos, bajo un rayo de luna,
abrirá nuestras venas un alfiler de plata...

Yo besaré tus labios tierna, cupidamente
—tus senos en mis manos, con languidez opresos—;
su plegaria nocturna suspenderá la fuente
para aprender el ritmo de tus últimos besos.

Un salmo acariciante preludiarán las hojas;
y moriremos viendo cómo las albas flores,
al fluir de la sangre, se van tornando rojas
como el lecho de púrpura de los emperadores...



ODAS ALDEANAS

ZAGALA: de tus labios deja que pruebe
el vino. Hoy que tu cuerpo potente ciño,
quiero que en sus corales tu boca lleve
el calor de los besos de mi cariño...

Gustaré de tu aliento la esencia leve
y sentiré, en tus brazos, ansias de niño
al ver cómo levanta tu seno breve
el azul terciopelo de tu corpiño...

Mi juventud hoy quiere sangre morena;
tras la carne rosada, la tuya es buena...

Lejos de nuestra mente penas y engaños:
al amor y la vida fieles seremos,
y en bien de nuestras nupcias inmolaremos
el más dulce cordero de tu rebaño...



ALINODIA

Yo soy aquel buen juglar
que de un pretérito amar
guardó una piadosa herida;
yo soy aquel rimador
que entre el amor y el amor
rimó, cantando, su vida.

Aquel que en su serenata
creyó la luna de plata
y de cristal la laguna;
y, en noche de primavera,
confundió una cabellera
con el oro de la luna.

El que embocó sus destinos
por mentirosos caminos,
ebrio de augustos venenos,
pues creyó que, milagrosas,
eran las mejillas rosas
y eran de nácar los senos.

Aquel que loco de anhelos,
por la rabia de los celos,
se sintió un día cruel;
e hizo, por causarla enojos,
un madrigal a otros ojos
que no eran azules... y él

que era niño y no sabía
sino cuentos de alegría,
mas luego de un triste amor,
sus rimas siguió tañendo,
pero las fué entretejiendo
con historias de dolor...

De aquel buen tiempo pasado
me queda como un legado,
en mi lírico saber:
un ensueño florecido,
un corazón dolorido
y unos ojos de mujer...

Más que los nácares buenos,
hoy me parecen los senos,
las ojeras más brumosas,
las venas más azuladas,
y las mejillas rosadas
más rosadas que las rosas...



RECUERDO DE LA HERMANA

HERMANA: tras el tiempo del olvido
que en nuestro alejamiento puso mano,
mi corazón vuela hacia ti, dolido,
en esta prima-noche de verano...

Mi corazón que de ternura lleno
busca el cobijo de tu hogar dichoso
y que añora romántico el sereno
sueño feliz del familiar reposo...

Veo la casa nuestra, tan lejana,
medio borrada en la penumbra quieta
y en el cuadro de luz de la ventana
recortada y en sombra tu silueta.

Tus ojos miran los senderos vanos
que pinta el claro mar bajo la luna
por donde nos partimos los hermanos
cuando salimos a correr fortuna.

Y envuelta en la sutil hora de encanto
que la quietud de los silencios crea
tal vez por ellos rogarás, en tanto
la noche puebla de ánimas la aldea.

Tristes en su orfandad, meditabundas
vagan por los senderos descubiertos;
hazlas entrar, que son las vagabundas
almas de tus ausentes y tus muertos.

Estamos todos: de diversos puntos
llegamos al calor de tus consuelos,
y como antaño nos hallamos juntos
rodeando a tus rubios pequeñuelos.

Y mi alma se siente bien hallada
en este tibio ambiente de delicias,
y en el corro infantil acurrucada
te reclama su parte de caricias.

Te reclama su parte; está a tu lado
el más pequeño y de menor fortuna:
hazle dormir al eco regalado
del lugareño cántico de cuna:

*Duerme, niño mío, duerme;
duérmete que viene el coco,
a llevarse a la montaña
los niños que duermen poco...*

¡Hermana, hermana! Tu tranquila gloria
fué para mi dolor piedad divina,
y el bálsamo cordial de tu memoria,
para todas mis llagas, medicina...

Que tú y los tuyos son puerto seguro;
y en este andar entre extranjera gente
vuestro recuerdo peculiar, tan puro,
brotó en mi alma con rumor de fuente.

Y término de todos mis caminos
veo al final como una luz de oro
perdido entre las copas de los pinos
el ventanal de nuestra casa: y lloro...

POEMAS DEL MAR



SALVADOR RUEDA

AGUA y cielo, borrascas, muelles abarrotados...
Toda una recia vida procuré troquelar
para ti, en éstos bravos poemas impregnados
con los acres olores de las brisas del mar.

Mis rudos marineros de semblantes torrados
y almas casi infantiles, conocen tu cantar;
y en mis amplios velámenes al viento desplegados,
has puesto tú un brochazo del bermellón solar.

Monarca de poetas, alma al amor forjada;
tu solio es una roca de una playa dorada
desde donde el misterio de lo Infinito ves;

y adonde, coronada de espumas seculares,
te lanza como ofrenda este hijo de los mares
la ola de sus estrofas que se rompe a tus pies...

LOS PUERTOS, LOS MARES
Y LOS HOMBRES DE MAR



L MAR ES COMO UN VIEJO CAMARADA
DE INFANCIA

a quien estoy unido con un salvaje amor;
yo respiré, de niño, su salobre fragancia
y aún llevo en mis oídos su bárbaro fragor.

Yo amo a mi puerto, en donde cien raros pabellones
desdoblan en el aire sus insignias navieras,
y se juntan las parlas de todas las naciones
con la policromía de todas las banderas.

El puerto adonde arriban cual monstruos jadeantes,
desde los más lejanos confines de la tierra,
las pacíficas moles de los buques mercantes
y las férreas corazas de los navíos de guerra.

Y amo estos barcos sucios de grasientos paveses,
de tiznadas cubiertas y herrumbrosos metales,
a cuyo bordo vienen marinos genoveses
de morenos semblantes y ojos meridionales.

Y a esos pobres pataches, tristes, desmantelados,
de podridas maderas y agrietado pañol;
más viejos que estos lobos que en un huacal sentados,
al soco de los fardos, están tomando el sol.

Y en tanto humean sus pipas, contemplan las viajeras
naves, que hunden sus torsos de hierro en la bahía,
y relatan antiguas andanzas marineras
en las que acaso fueron los héroes un día:

Gaveros atrevidos y patrones expertos
que en la noche sondaron los más distantes lares,
que se han tambaleado sobre todos los puertos
y han escuchado el viento sobre todos los mares...

Y oyeron de las olas los rudos alborotos
golpear la cubierta con recia algarabía,
entre los crujimientos de los mástiles rotos
y las imprecaciones de la marinería.

Y luego, cuando el barco navegaba inseguro,
y era la noche negra como un ceñudo arcano,
miraron, en el fondo del horizonte oscuro,
aparecer la luna como un fanal lejano...

¡Oh gigante epopeya! ¡Gloriosos navegantes
que a la sombra vencisteis y a la borrasca fiera,
gentes de recios músculos, corazones gigantes;
yo quisiera que mi alma como las vuestras fuera!

Y quisiera ir a bordo de esos grandes navíos,
de costados enormes y estupendo avanzar,
que dejan en las nubes sus penachos sombríos
y una estela solemne sobre el azul del mar.

Y el timonel sería de esa griega corbeta
que hincha sus velas grises en el ambiente azul;
o el capitán noruego del bergantín-goleta
que zarpó esta mañana con rumbo a Liverpool...

¡Hombres de mar, yo os amo! Y, con el alma entera,
del muelle os gritaría al veros embarcar:
¡Dejadme ir con vosotros de grumete siquiera,
yo cual vosotros quiero ser un Lobo de Mar!

I

PUERTO de Gran Canaria sobre el sonoro Atlántico,
con sus faroles rojos en la noche calina,
y el disco de la luna bajo el azul romántico
rielando en la movible serenidad marina...

Silencio de los muelles en la paz bochornosa,
lento compás de remos en el confín perdido,
y el leve chapoteo del agua verdinosa
lamiendo los sillares del malecón dormido...

Fingen, en la penumbra, fosfóricos trenzados
las mortecinas luces de los barcos anclados,
brillando entre las ondas muertas de la bahía;

y de pronto, rasgando la calma, sosegado,
un cantar marinero, monótono y cansado,
vierte en la noche el dejo de su melancolía...

II

LA taberna del muelle tiene mis atracciones
en esta silenciosa hora crepuscular:
yo amo los juramentos de las conversaciones
y el humo de las pipas de los hombres de mar.

Es tarde de domingo: esta sencilla gente
la fiesta del descanso tradicional celebra;
son viejos marineros que apuran lentamente,
pensativos y graves, sus copas de ginebra.

Uno muy viejo cuenta su historia: de grumete
hizo su primer viaje el año treinta y siete,
en un bricarca blanco, fletado en Singapoore...

Y, contemplando el humo, relata conmovido
un cuento de piratas, de fijo acaecido
en las lejanas costas de América del Sur...

III

Y volvieron, al cabo, las febricantes horas;
el sol vertió su lumbre sobre la pleamar,
y resonó el aullido de las locomotoras
y el adiós de los buques, dispuestos a zarpar.

Jadean, chirriantes, en el trajín creciente,
las poderosas grúas; y a remolque, tardías,
las disformes barcazas, andan pesadamente
con los hinchados vientres llenos de mercancías.

Nos saluda, a lo lejos, el blancor de una vela,
las hélices revuelven su luminosa estela;
y entre el sol de la tarde y el humo del carbón,

la blanca arboladura de un bergantín latino,
se aleja, lentamente, por el confín marino
como un jirón de bruma, sobre el azul plafón...

IV

ESTA noche, la lluvia, pertinaz ha caído,
desgranando en el muelle su crepitar eterno,
y el encharcado puerto se sumergió aterido
en la intensa negrura de las noches de invierno.

En la playa, confusa, resonga la marea,
las olas acrecientan en el turbión su brío,
y hasta el medroso faro que lejos parpadea,
se acurruca en la niebla tiritando de frío...

Noche en que nos asaltan pavorosos presagios
y tememos por todos los posibles naufragios,
al brillar un relámpago tras la extensión sombría;

y en que, al través del viento clamoroso, resuena,
ahogada por la bruma, la voz de una sirena
como un desesperado lamento de agonía...

V

LLEGARON invadiendo las horas vespertinas;
el humo, denso y negro, manchó el azul del mar,
y el agrio resoplido de sus roncadas bocinas
resonó en el silencio de la puesta solar.

Hombres de ojos de ópalo y de fuerzas titánicas
que arriban de países donde no luce el sol;
acaso de las nieblas de las islas británicas
o de las cenicientas radas de Nueva York...

Esta tarde, borrachos, con caminar incierto,
en desmañados grupos se dirigen al puerto,
entonando el *God save*, con ritmo desigual...

Y en un ¡*Hurrab!* prorrumpen con voz estentorosa
al ver, sobre los mástiles, ondear victoriosa
la púrpura violenta del Pabellón *Royal*...

VI

MARINOS de los fiordos, de enigmático porte,
que llevan en lo pálido de sus semblantes bravos
toda el alma serena de las nieves del Norte
y el frío de los quietos mares escandinavos.

En un invierno, acaso, por los hielos cautivos,
en el vasto silencio de las noches glaciales,
sus apagados ojos miraron, pensativos,
surgir las luminosas auroras boreales...

Yo vi vuestros navíos arribar en la bruma;
el mascarón de proa brotaba de la espuma
con la solemne pompa de una diosa del mar;

y los atarazados velámenes severos
eran para el ensueño cual tímpanos viajeros
venidos del misterio de la noche polar...

VII

ESTA vieja fragata, ducha navegadora,
que luce en nuestro puerto su aparejo cansino
y, bajo el botalón, enriñando la prora,
policromado en roble, un caballo marino...

Esta vieja fragata portuguesa, en la rada
reposa su ventruda vejez de cachalote;
navegó tantos años y está tan averiada,
que es un puro milagro que se mantenga a flote...

Acaso —¡pobre nave!— recuerde en su porfía
la irreflexiva pompa con que un lejano día
zarpó del astillero, velívola y sonora;

y en este puerto extraño, de pesadumbres llena
hoy, valetudinaria, sobre estribor se escora
buscando el tibio halago del sol en la carena...

VIII

ESTA vieja fragata tiene sobre el sollado
un fanal primoroso con una imagen linda;
y en la popa, en barrocos caracteres grabado,
sobre el LISBOA clásico, un dulce nombre: *Olinda*...

Como es de mucho porte y es cara la estadía
alija el cargamento con profusión liviana:
llegó anteayer de Porto, filando el mediodía,
y hacia el Cabo de Hornos ha de salir mañana...

¡Con qué desenvoltura ceñía la ribera!
Y era tan femenina, y era tan marinera,
entrando, a todo trapo, bajo el sol cenital,

que se creyera al verla, velívola y sonora,
una nao almirante que torna vencedora
de la insigne epopeya de un combate naval...

IX

HOY es la botadura del barco nuevo: *Luisa-María*.—LAS PALMAS: lo han bautizado ayer; su aparejo gallardo sabrá correr la brisa.
¡Por San Telmo, que es digno de un nombre de mujer!

Es blanco y muy ligero, de corto tonelaje
para darle más alas a su velocidad;
directo a las Antillas hará su primer viaje
al mando del más grande patrón de la ciudad.

¡Buen piloto!, valiente, sesenta años al cuento
de la mar; diez naufragios, y, como complemento,
alma de navegante procelosa y bravía.

No hay temor por su barco; saben sus compañeros
que antes de abandonarle, con él perecería:
que así han obrado siempre los buenos marineros...

X

Es todo un viejo lobo: con sus grises pupilas,
las maneras calmosas y la tez bronceada.
Solemos vagar juntos en las tardes tranquilas;
yo le estimo, él me llama su joven camarada...

Está bien orgulloso de su pasado inquieto;
ama las noches tibias y los días de sol;
y entre otras grandes cosas dignas de su respeto,
es una, la más alta, ser súbdito español.

En tanto el mar se estrella contra las rocas duras,
él gusta referirme curiosas aventuras
de cuando fué soldado de la Marina Real;

de aquel famoso tiempo guarda como regalo,
la invalidez honrosa de su pierna de palo
y su cruz pensionada del Mérito Naval...

XI

FRENTE a Los Arenales hay un buque encallado...
El arribar sin práctico fué grave desacierto:
al entrar, por la noche, tomó, desorientado,
las luces de la costa por el fanal del Puerto.

Funesto fué el engaño; la arremetida, fiera;
tratar del salvamento, esperanzas fallidas:
tiene la enorme proa clavada en la escollera
y la hélice en el aire con las aspas hendidas.

Nadie acierta a explicarse las causas del siniestro:
el capitán John Duncan, viejo marino diestro,
ha su veintena de años que hace la travesía...

¡Qué horror! Alguien afirma que el místico John famoso,
ama las veleidades del *whisky* espirituoso...
¡En el puente han hallado su garrafa, vacía!

XII

NOCHE pasada a bordo, en la quietud del puerto.
Ahora mismo amanece: la claridad escasa
va invadiendo los fardos del espigón desierto;
se oye el son fugitivo de una barca que pasa...

Frescor acariciante de la brisa marina,
muelles que se despiertan; apagados rumores
de velas que trapean en la paz matutina,
y lejanos silbidos de los remolcadores...

Alguna voz de mando que llega, amortiguada,
carruajes que se alejan entre la madrugada
y la franja de púrpura del sol que va a nacer;

mientras en los albores de la ciudad, humea
la torre de ladrillo de alguna chimenea,
como un borrón vertido sobre el amanecer...

Santa Cruz de Tenerife.

XIII

NAVEGAMOS rodeados de una intensa tiniebla:
no hay un astro que anime la negra lontananza;
y nos da el buque, en medio de la noche de niebla,
la sensación de un monstruo que trepida y avanza.

Baten las olas lentas su canción marinera,
el piloto pasea, silencioso, en el puente;
y un centinela, a popa, junto al asta-bandera,
apoyado en la borda, fuma tranquilamente...

Tiene un no sé qué indómito su mirada perdida,
el resplandor rojizo de su pipa encendida
en la toldilla a oscuras pone un candente broche:

y al mirar su silueta de rudo aventurero,
sueña que viaja a bordo de algún barco negrero,
nuestra alma, que es gemela del alma de esta noche...

XIV

VAMOS llegando en medio de un poniente dorado;
el Océano brilla como una intensa llama,
y poco a poco, lenta, la noche se derrama
en la paz infinita del puerto abandonado.

Nada perturba el seno de esta melancolía;
sólo un falucho cuelga su velamen cansado,
y hay tal desesperanza en el aire pesado
que hasta el viento parece que ha muerto en la bahía...

Entramos lentamente; a nuestro lado quedan
algunas lonas blancas, que en la noche remedan
aves de mar que emprenden una medrosa huída;

y a lo lejos, en medio de la desierta rada,
del fondo de la noche, como un soplo de vida,
va surgiendo la blanca ciudad, iluminada...

Puerto de Cádiz.

XV

¡OH, el puerto muerto! Lleno de una ancestral pereza,
arrullado al murmullo de un ensueño ilusorio,
que aún guarda un visionario perfume de grandeza
sepulto entre las ruinas de su pasado emporio...

Éstas ondas, antaño florecidas de estelas,
hoy murmuran apenas un quejumbroso halago
añorando la pompa de las hinchadas velas
y las gloriosas naves de Atenas y Cartago...

La ciudad, a lo lejos, a su sopor se entrega;
sólo en las tardes tristes, cuando el ocaso llega
y el sol poniente incendia los vesperales oros,

reclinada en sus fueros, majestuosa, espía
la vuelta de los viejos galeones, que un día
llegaban de las Indias cargados de tesoros...

Cádiz, 1908.

XVI

PUERTO desconocido, desde donde partimos
esta noche, llevándonos el corazón opreso;
cuando estamos a bordo, y en el alma sentimos
brotar la melancólica ternura del regreso...

Silencio; tras los mástiles la luna, pensativa,
en las inquietas ondas su plenitud dilata;
y en el cielo invadido por la pereza estiva,
las estrellas fulguran como clavos de plata...

¡Oh, sentirnos tan solos esta noche infinita,
cuando, acaso, un suspiro de nuestra fe marchita
va a unirse al encantado rumor del oleaje!...

Y emprender, agobiados, la penosa partida
sin que un blanco pañuelo nos dé la despedida
ni haya una voz amiga que nos grite: ¡buen viaje!

Lisboa.



FINAL

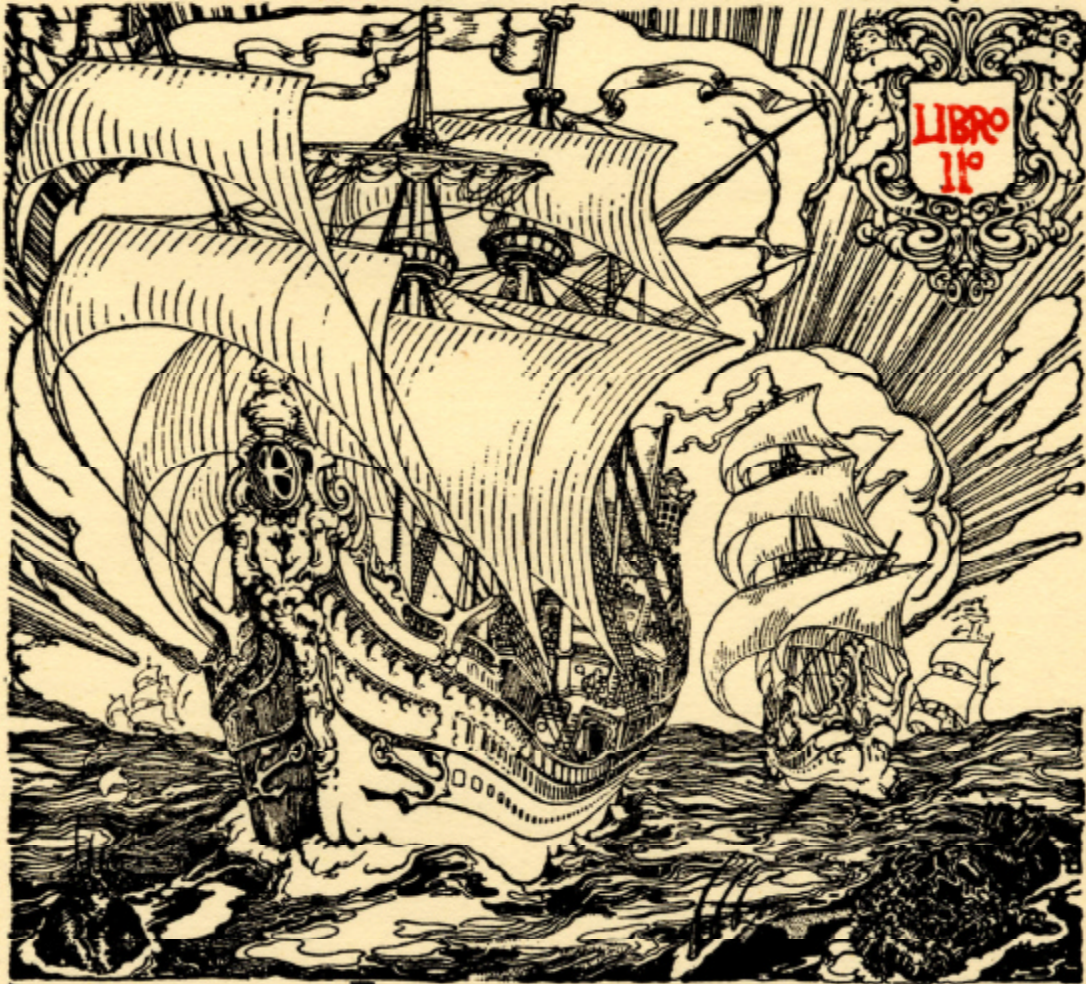
Yo fui el bravo piloto de mi bajel de ensueño;
Y argonauta ilusorio de un país presentido,
de alguna isla dorada de quimera o de sueño
oculta entre las sombras de lo desconocido...

Acaso un cargamento magnífico encerraba
en su cala mi barco, ni pregunté siquiera;
absorta mi pupila las tinieblas sondaba
y hasta hube de olvidarme de clavar la bandera...

Y llegó el viento Norte, desapacible y rudo;
el vigoroso esfuerzo de mi brazo desnudo
logró tener un punto la fuerza del turbión;

para lograr el triunfo luché desesperado,
y cuando ya mi brazo desfallecía, cansado,
una mano, en la noche, me arrebató el timón...

**LAS ROSAS
DE HERCULES**



TOMÁS MORALES

LAS ROSAS DE HÉRCULES

LIBRO SEGUNDO

PRELUDIO



E S Í M I S M O

MUSA: Por el sendero florecido
vuelvo a buscarte al íntimo paraje;
para ti, en desagravio de mi olvido,
tímido portador, traigo un mensaje.

Él te dirá mi vuelta a tu reposo
con ardimiento nuevo y nueva hornada;
y el cálido entusiasmo, y el miedoso
temor de hallarte esquiva a mi llamada.

Te dirá que el espíritu apocado
quiere volver a ser lo que fué un día;
para labor de tu mansión, criado,
a prestar servidumbre en tu alquería.

Que arrepentido ya, busca anhelante,
bajo tu protección mejor empleo;
que el pasado vagar no fué bastante
a colmar la medida del deseo...

Me puso en derrotero el oleaje;
más que un alejamiento fué una huída;
no hubo en la expedición del largo viaje
ni la ternura de una despedida.

Iluminado de rubor interno,
me da vergüenza de la acción liviana
y vuelvo a ti, como al hogar paterno
el hijo en la parábola cristiana...

Por exóticos lares atraído
me figuré en morada deleitosa.
Mi espíritu en pereza adormecido
era como una abeja silenciosa.

Enervado de pólenes florales
caza le dieron en floresta ajena;
se arregostó a la miel de otros panales
y el camino olvidó de su colmena.

Hoy que del vuelo indagador retorna
llora el afán que trajo la mudanza
y al buen trabajo, abandonado, torna
trémulo de inquietud y de esperanza...

Y ensancha de emoción al pecho ardido
la alegría del acto recobrado:
¡Dulce es la posesión del bien perdido,
cuando se daba por perdido, hallado!

¡Oh pensamiento mío aventurero!
¿Por qué estás, dí, tan temeroso y mudo?
Tal un amante que al querer primero
vuelve otra vez, de otros cariños viudo.

¡Oh ensueño mío, servidor de antaño!
Tu antiguo brío a la ocasión apresta,
y sírvenme leal y bien: hogaño
mi casa inmaterial está de fiesta...

Ponle la vestimenta más lujosa,
que hay huéspedes que vienen de jornada
y he de ofrecerla limpia y olorosa
como para mis bodas arreglada.

Pon brezo perfumado en la glorieta
y pámpanos de vid en los umbrales:
¡El hada inspiradora y el poeta
celebran unos nuevos esponsales!

¡Repican las campanas interiores!
¡Tiembla mi alma en tanto ardor confusa!
¡Sea esta gran renovación de amores
rehén de paz entre nosotros, Musa!

LOS HIMNOS FERVOROSOS

A
ENRIQUE DÍEZ CANEDO



CANTO EN LOOR DE LAS BANDERAS ALIADAS

BAJO el trueno brutal de la guerra,
bajo el miedo y el hambre y el odio que agobian la tierra,
el poeta se dispone a cantar.
Y su voz temblorosa quiere hacerse vibrante y humana
sobre el magno dolor de la suerte,
ante el hosco segar de la muerte,
tirana
de los aires, la tierra y el mar.

Los tonos reposados
han de fundirse en épico desnudo
y han de ser sus acentos hondos y apasionados.
Sus palabras proclaman una opinión y un credo,
y ante sus ojos arden los colores aliados.

¡Cuatro gloriosas castas forman la nueva Casta;
y estrechamente unidas, hacia la nueva Era
van las cuatro banderas en una sola asta
como si fuesen una y universal bandera!

¡Neptúneos Britanos de audacia sobrehumana!
¡Galos maravillosos de la Francia del lis!
¡Íncultas Democracias de la urbe americana
e Italos que en las ubres de la loba romana
mamasteis de la leche genitriz!

¡Graves, nobles, austeros!
Supremamente dignos, soberbiamente fieros.
Por el honor amigos, por la idea entrañable;
por la familia y el hogar, fervientes;
en actitud de dioses combatientes
ante la expectación innumerable...

¡Innumerables gentes que vuestro triunfo ansían!
¡Innumerables pechos que en vuestros brazos fían!
¡Innumerables ojos que esperan ver surgir,
tras la purpúrea noche, el blanco sol naciente,
libre y resplandeciente,
que ha de alumbrar la eterna fiesta del porvenir!

Y el poeta, con paso seguro,
incorpora su espíritu puro
a esta ardiente y humana ascensión;
y al común ideal, palpitante,
vehemente y anhelante,
ofrece en holocausto su propio corazón.

¡Oh cuádruple esperanza!
Un entusiasmo mutuo y una mutua confianza
en el Triunfo, que es prenda de una dicha eficaz.
¡No será la paloma la que porte la ofrenda pacífica!
¡No será la paloma! ¡Será el Águila heroica y magnífica
la que traiga, en sus garras, los olivos de paz!

Sobre el trueno de espanto que aterra,
sobre el odio y el hambre y la muerte que agobian la tierra,
sobre el magno dolor de la guerra,
el poeta se ha atrevido a soñar.
¡Y vió cómo surgía de un oriente de gloria,
flamígera y eterna, la olímpica Victoria,
las dos alas abiertas sobre la Humanidad!

1917



RITANIA MÁXIMA

DIEU ET MON DROIT

UN clamor que viene de las sempiternas nébulas del Norte,
donde un sol de gloria vierte floreciente simbólicos dardos:
tropel proceloso de una fascinante bárbara cohorte
que lleva en su escudo la heroica divisa de los tres leopardos.

Nuevo sol que alumbra con sus duros rayos cien generaciones,
y ve en el misterio del tiempo como una floración extraña,
del antiguo culto surgir las modernas civilizaciones,
al golpe rotundo del cetro glorioso de la Gran Brctaña.

Los doctos varones de Oxford antaño prestáronte ayuda,
y mientras tus hijos te daban por base sus hombros gigantes,
fervorosamente, bajo las arcadas de Westminster muda,
pedían el logro de tus altos fines los reyes orantes.

Fué un día en que el viento tronaba los mares con sus bataholas,
aquel en que viste quedar la tormenta de tu aliento esclava,
cuando se encontraron sobre el lomo henchido de las verdes olas
—odio contra odio— Felipe el sombrío e Isabel la brava.

Shakespeare a tus plantas en hora solemne ciñera el coturno;
Milton en la noche llora las nostalgias de un cielo perdido;
y envuelto en las sombras, Oliverio Cronwell pasa taciturno
como si le hablara la musa de Lady Macbeth al oído.

Y en un regio parque, sobre un fulgurante plafón de verdura,
la noble silueta de Lord Byron fuerte; el divino bardo,
digno cuatro veces de llevar sangrando sobre la armadura
la cruz escarlata de los Capitanes del Primer Ricardo.

Tus hombres de entonces sobre el mar trazaron las rutas primeras,
hincharon sus lonas con el vasto orgullo de olímpicas aves,
y bajo el asombro zodiacal, flotantes las rojas banderas,
como una bandada de monstruos marinos pasaron tus naves.

Y otra vez, dejando las ondas salobres del sonoro piélago,
vibrantes los pechos donde el triunfo enciende sus sacros furores,
al son de clarines, cruzaron las puertas del gran Archipiélago,
manchadas las armas en sangre caudilla, pero vencedores.

Sonoras las marchas llenaban los aires con su algarabía;
el sol incendiaba los enguirnaldados pendones de guerra,
donde entre entusiasmos y entre aclamaciones la turba leía,
bajo un resonante temblor de campanas, un «¡Hurra Inglaterra!»...

!Son ellos, los bravos! Las fuertes columnas del sajón criterio,
los que presenciaron, ardientes las almas en fuegos patriotas,
el postrer flameo de los estandartes del vencido Imperio
y el ronco alarido que al caer lanzaron las águilas rotas.

Hoy, en el transcurso de la paz, tus fastos descansan rendidos;
plegadas las alas reposan un punto las nobles victorias,
mientras los caudillos en sus guanteletes sostienen ardidós
los áureos hachones que alumbran perennes tus máximas glorias.

Y en tanto renuevas con épico alarde tu esfuerzo fecundo,
para la gran Era se aprestan marciales tus fuertes soldados;
los gestos de estatua de tus marineros recorren el mundo,
e imponen silencio con fiero prestigio tus acorazados.

Bajo ellos florecen y duermen tranquilas tus viejas ciudades;
bajo ellos al tiempo se impone imperioso tu orgullo civil;
a su sombra ¡oh libre! —que la fuerza es madre de las libertades—
en Londres los muelles de hierro desatan su ardor mercantil.

¡Britania! ¡Britania! Mientras tus ensueños de ambición perfilas
tus hijos laboran la nueva simiente de fruto inmortal,
y en la planetaria redondez clavadas las hoscas pupilas
miran ensancharse de Oriente a Occidente tu acción colonial.

¡Y bien! es tu lema, el propio que un día mi España ostentara:
«Reina de los mundos, sobre cuyos pueblos no se oculta el sol...»
¡Salve, oh vieja patria guerrera y artista, Britania preclara!
¡Salve, raza nueva, temible heredera del brazo español!...

1909



LEGÍA DE LAS CIUDADES BOMBARDEADAS

A TOMÁS GÓMEZ BOSCH

GRAVITA en torno al espectral paisaje
una inverniza claridad muriente:
bajo la lenta majestad del orto
surge el fracaso.

Son las ciudades de la guerra, heridas
en un terrible y militar encono;
torvas siluetas fantasmales trazan
sobre la niebla.

¡Villas del Norte, hasta el ayer ruidosas,
ebrias del oro de sus claros vinos!
Hoy sólo otorgan el prestigio augusto
de lo pasado.

Mas no hay pasado en sus bastiones rígidos
ni en sus sillares la labor aquella
—tan femenil— con que las buenas Horas
bordan las ruinas...

Más generoso que el cañón, el Tiempo,
y más artista, en el legado antiguo
colgó el misterio, e hizo en las juntas
crecer la hierba...

Ahora, en el tedio polvoroso hundidas,
sus inquietantes equilibrios guardan;
acribilladas, humeantes, vivas
de horror moderno:

las altas casas, vecinal albergue,
—rotos los muros, los tabiques rotos—
en el dolor, ennegrecidas muestran
sus interiores.

Los dulces muebles familiares, aptos
para el diario menester pacífico,
humildemente, su miseria asoman
por los escombros.

¡Ansias secretas del hogar violadas!
¡Minas de amor o de piedad deshechas!
¡Todo un ensueño peculiar quebrado
súbitamente!

Hablan las ruinas: «—La fatal Discordia
»de hermano a hermano concitó las iras.
»Sobre esta bruta pesadilla enorme
»pasó la Guerra.

»¡Huíd, nacidos! La sevicia humana
»muestra sus dientes al botín espléndido.
»Los negros potros del terror relinchan
»encabritados.

»Asid las crines que el espanto criza
»y hacia otras zonas cabalgad ligeros.
»Donde no asista la señal del hombre
»plantad la tienda...»

Callan... Y al pronto, la explosión temida
su claudicante trabazón remueve:
tras la voluble polvareda mírase
todo cambiado.

Y el bardo aleja con temor los ojos
del lamentable panorama y llora
—¡villas del norte de la dulce Francia!—
vuestra elegía...



DA A LAS GLORIAS DE DON JUAN DE AUSTRIA

FUIT HOMO MISSUS A DEO,
CUI NÖMEN ERAT JOHANNES.

TAL fué el resumen que, como ejemplo de altas jornadas,
se dió a los hombres para recuerdo de tus conquistas;
y así tres razas para tu empeño coaligadas
te saludaron con las palabras evangelistas.

Por vanagloria del magno triunfo imperecedero
Marte y Neptuno se congraciaron en tu aventura:
Mano de Numen fué la que entonces filó tu acero
y esmaltó en oro los hipocampos de tu armadura.

¡Sol de Corinto! Tus resplandores su frente ornaron;
la isla Trinacria viera el ilustre vuelo aquilino
cuando a su orden trescientas gavias se desplegaron
obscureciendo la azul llanura del Mar Latino.

¡En marcha! Y lentos, cabeceando, pasan flotantes
nobles escudos, doradas proas, recias amuras,
bajo un revuelo de gallardetes altisonantes,
suntuoso ornato de las soberbias arboladuras.

¡Son las de Roma! Sus vigorosas leyes severas
al sol pregonan los orgullosos fastos papales:
bordadas llevan en el jacinto de las banderas
la Tiara augusta sobre las Llaves pontificales...

¡Son las Duxarias! En sus carenas de ébano y plata
las venecianas pompas cimentan su gloria pública:
el aire signan con su estridente triunfo escarlata
los pabellones galardonados de la República...

¡Son las del César! Mástiles llenos de gonfalones
donde Felipe grabó la empresa de maravillas:
cabe el severo color morado de los pendones
el columnario «PLUS ULTRA», emblema de las Castillas...

¡Para tres Flotas, tres Capitanes! Y a su gobierno,
Marco Colonna, de quien las famas guardan memoria;
el Marqués bravo, de los Bazanes orgullo eterno,
y el condotiero, pavor de mares, Andrea Doria...

Y en la alta nao, que a todas vence por su apariencia
y el estandarte de la Gran Liga tremola ufana,
Tú, que al donarle la aristocracia de tu presencia,
sólo por eso, nombrada fuera «La Capitana»...

Llegó la noche. Tu alma, abarcando futuras huellas,
glorias soñaba sobre el alcázar donde arrogante
vió tu silueta la muchedumbre de las estrellas:
¡tal vez prendadas de la belleza del Almirante!

Ellas sirvieron de luminares a tu fortuna;
mientras, solemne, la vía láctea de blancos velos
era la estela de un gran navío, del que la luna
—áncora rota— fué abandonada sobre los cielos.

Y en la alta noche, cuando en el sueño todo callaba
—único digno de ser consorte de tus acciones—,
otro soldado que era poeta, también dejaba
viajar su ensueño por las doradas constelaciones...

Amanecía: tras el misterio de las neblinas
se vió a lo lejos la poderosa flota sultana
como un pasmado volar de ingentes aves marinas,
partiendo en plata la raya de oro de la mañana...

¡Son las Turquescas! Bajo la libre racha sonora,
sus recias quillas la mar dividen de orgullo plenas:
son como alfanjes resplandecientes bajo la aurora,
las medias-lunas en el remate de las antenas...

Se acercan... Fieras para el combate se alzan las manos.
¡La alta epopeya dará al triunfante palma completa!
¡Santiago el Grande guía la rabia de los cristianos,
y en el coraje del otomano lucha el Profeta!

Y frente a frente para el supremo trance violento,
la artillería retumbó torva su voz salvaje,
y el mar fué sangre, y el cielo incendio, y horror el viento
que unió las jarcias para la furia del abordaje.

Y en el momento de más fiereza de la jornada,
¡florón invicto sólo guardado para tus glorias!,
las enemigas naves se hundieron bajo tu espada,
que era en tu mano la del Arcángel de las Victorias...

¡Don Juan de Austria! ¡Sol de caudillos! Hispania avara
de ti recibe su más sonora pompa guerrera:
tu heroico nombre, cuya grandeza Carlos legara
para decoro de la alta popa de una galera...

¡Yo al Mar invoco para éstas honras a sus derechos,
y obscuro hijo de aquel Imperio que hoy se derrumba,
un ditirambo pone mi alma sobre sus Hechos,
y un estandarte negro, mi mano, sobre su Tumba!



QANTO CONMEMORATIVO

11 DE NOVIEMBRE DE 1918

¡VICTORIA!
La palabra flamígera,
plena de trascendentales renuevos,
ha resonado insólita:
voz juzgadora de los tiempos nuevos...
Magnífica de gloria,
vibrando hasta el cimiento soterrado,
con eléctrico grito
al espacio infinito
la gran torre metálica de París, la ha lanzado.

Estremecido el éter, recoge las vibrantes
palpitaciones, giran los átomos radiantes
y en círculos celéricos su ondulación extienden;
las antenas enhiestas de tierra y mar las prenden
y en medio de la intensa pesadilla macabra
cae, poblando el aire de imperativos nodos;
sobre los pueblos todos
y en todos los idiomas, la divina palabra...

!La Paz, la Paz...! La expectación ansiosa
se resuelve en un júbilo ferviente;
la humanidad dichosa
torna su faz al repentino oriente.
La idea arde impetuosa
del entusiasmo en la sagrada pira
y desopreso de la angustia ambiente,
libre, el pulmón universal respira...

Es la vida que vuelve por su cauce extinguido
purificada y nueva de un robusto poder;
liberta la cadena del eslabón hendido,
el mañana se enlaza, feliz, con el ayer...
Viejas actividades renuevan su confianza,
modalidades nuevas preparan sus baluartes
y como una humareda de triunfo y de esperanza
al cielo puro elevan su incienso azul las artes...

Las vulcánicas forjas y talleres babélicos
que acaparó Mavorte para sus fines bélicos
tornan a sus fueros pacíficos
y adaptanse a las nuevas circunstancias
para rendir mayores ganancias
por más modernos y por más prolíficos.

La misma tierra con sangre transfusa
será más productiva y feraz
y se verá engalanada y profusa
por su hija predilecta: La Paz.

¿Quién operó el milagro? ¿Do está el brazo fornido
que detuvo la maza de Thor enfurecido?
Mirad hacia la Europa occidental:
ved las cuatro banderas de mi canto
retorcer sus colores en este día santo
de escalofrío universal.

Ved, a su augusta sombra, los emblemas bravíos:
el britano unicornio de reposados bríos
asaeta el ambiente con su dardo heridor,
y aterrizando, síntesis de las proezas galas,
copia el gallo simbólico, a quien nacieron alas
aquilinas, la pauta de un Bleriot vencedor.

Erguida la ancha cresta, sangriento airón de raza,
al Septentrión asesta su clarinazo duro,
mientras la mano ilusa de Woodrow Wilson traza
las líneas generales del planeta futuro.

Y saluda a la estirpe de Rómulo preclara
que mira tras diez lustros de nacional congoja
hecho carne el empeño de ambición que animara
el perínclito abuelo de la camisa roja...

Y también a los pueblos de liberal entraña
que débiles o víctimas de un numen impropicio
aportaron su grano de arena a la montaña
y sus pechos mejores al cruento sacrificio.

El sol cobija a todos bajo su inmensa clámide;
y como ayer Belona temeraria y hostil,
hoy decora Minerva la emocional pirámide
trocada la armadura por la toga civil...

ENVÍO

Y el poeta ignorado que siguió la contienda
y consagró su espíritu como votiva ofrenda
por las armas amigas en la pugna tenaz,
mira al fin, fascinado por su lumbre radiosa,
cómo integran conjuntas la unidad armoniosa
de un insigne trofeo: La Victoria y la Paz.

Y muy hijo en un todo de la etapa naciente,
viendo el Cenit futuro tras la Aurora presente,
se descubre en un raptó de entusiasmo y de fe;
y saluda a los héroes de la hazaña inaudita
con el himno y la lengua de la Francia infinita:
le jour de gloire est arrivé!

ODA AL ATLÁNTICO

A
RAFAEL CABRERA

I



EL MAR: EL GRAN AMIGO DE MIS SUEÑOS,
EL FUERTE

titán de hombros cerúleos e
imponderable encanto:

En esta hora, la hora más noble de mi suerte,
vuelve a henchir mis pulmones y a enardecer mi canto...
El alma en carne viva, va hacia ti, mar augusto,
¡Atlántico sonoro! Con ánimo robusto,
quiere hoy mi voz de nuevo solemnizar tu brío.
Sedme, Musas, propicias al logro de mi empeño:
¡Mar azul de mi Patria, mar de Ensueño,
mar de mi Infancia y de mi Juventud... mar Mío!

II

ERA el mar silencioso...
Diríase embriagado de olímpico reposo,
prisionero en el círculo que el horizonte cierra.
El viento no ondulaba la bruñida planicie
y era su superficie
como un cristal inmenso afianzado en la tierra.
En lucha las enormes y opuestas energías,
las potencias caóticas, sustentaban bravías
el equilibrio etéreo
—a la estática adicto y al Aquilón reacio—
en un inmensurable atletismo de espacio:
lo infinito del agua y el infinito aéreo...

III

A sí pasaron cientos de centurias iguales,
soledad y misterio... Las potencias rivales
sin abdicar un punto, mantenían su puesto
con su actitud de siglos y su forzado gesto.
Mas, de pronto, una noche claudican los puntales;
se anuncian cosas nuevas y sobrenaturales.
Primero es un menguado claror alucinante.
Ronco rumor distante
se acerca presuroso por el azul sereno;
un diamante de fuego raya el éter, un trueno
repercute en la clara concavidad de un monte
de la tierra cercana... y en el brutal desgarro
de una nube, aparece, llenando el horizonte
—áureo de prestigios— Poseidón, en su carro...

IV

Es una inmensa concha de vívidos fulgores;
cuajó el marismo en ella la esencia de sus sales
y en sus vidriadas minas quebraron sus colores
las siete iridiscentes lumbreras espectrales.
Incrustan sus costados marinos atributos
—nautilos y medusas de nacaradas venas—
y uncidos a su lanza, cuatro piafantes brutos
con alas de pegasos y colas de sirenas.
Vedlos: ¡cómo engallardan las cabezas corníferas!
Ensartadas de perlas vuelan las recias crines,
y entre sus finas patas, para el galope alígeras,
funambulescamente, rebotan los delfines...
El agua que inundara los flancos andarines
chorrea en cataratas por el pelo luciente.
¡Oh, cuán abiertamente
se encabritan y emprenden la carrera, fogosos,
los ijares enjutos, los belfos espumosos,
al sentir en las ancas las puntas del tridente...!

V

Y en medio, el Dios. Sereno,
en su arrogante senectud longeva,
respira a pulmón pleno
la salada ambrosía que su vigor renueva.
Mira su vasto imperio, su olímpico legado
—sin sendas, sin fronteras, sin límites caducos—;
y el viento que a su marcha despierta inusitado,
le arrebató en sus vuelos el manto constelado,
la cabellera de algas y la barba de fucos...
Tiende sobre las ondas su cetro soberano;
con apretada mano,
su pulso duro rige la cuadriga tonante
que despide en su raptó fugaces aureolas
o se envuelve en rizadas espumas de diamante...

¡Así miró el Océano sus primitivas olas!

VI

QUEDÓ el hechizo roto: las aguas se curvaron
flexiblemente, y raudas, en amoroso allego,
por toda la llanura gloriosa se buscaron
con langor de caricia y agilidad de juego.
Llenó un rumor vehemente los ámbitos difusos;
los gérmenes profusos
a actividad trajeron sus faces vibratorias
y describieron, plenos de estímulos vitales,
maravillosos peces, sinuosas trayectorias
moviendo apresurados sus aletas caudales.
Y el impulso fecundo se transmitió uniforme:
aves de aliento enorme
rasgaron los espacios con repentino vuelo,
y a lo lejos, tocados de súbitos ardores,
tropheles de gigantes cetáceos en celo,
lanzaban imponentes hasta horadar el cielo,
con ímpetu de tromba, líquidos surtidores...

VII

Y apareció la aurora vibrante de energía;
una aurora de fuego, más bien un mediodía.
Todo era formidable e infantil: sonriente,
Apolo se ofrecía coronado de rosas;
y con gracioso anhelo,
sobre el arco del cielo
galopaban las horas atropelladamente.
Las nubes sus vellones hilaban presurosas,
mientras que cual un cíclope de fenecidas castas,
tocado del conjuro,
agigantaba el aire sus dimensiones vastas,
cada vez más glorioso y cada vez más puro...

VIII

¿Y el mar? Omnipresente,
se exaltaba en el júbilo de su vigor naciente,
en el festín radioso de la estival mañana,
retador e inconsciente con su barbarie sana.
Sintiendo sus enormes poderes dilatados,
desperezaba alegre, los flancos liberados,
rizándose al entorno de emergentes bajíos,
o entrenaba sus bríos
asaltando el granito de los acantilados.
El sol, en llamaradas rotundas, destilaba
su radiación actínica;
al monstruo la excitante caricia espoleaba
y el lomo azul fugaba
esquivando la acerba persecución lumínica...

IX

Y el hombre, fascinado por el prodigio inmenso,
desde los roquedales del litoral, suspenso
contemplaba el milagro. Su presencia añadía
un elemento nuevo a la gracia del día.
Inmóvil, en las redes del estupor prendido,
sobre la costa brava,
no era más que un resalte de la roca, perdido
en la extensa vorágine que antes sus pies rodaba.
Mas era osado y fuerte: Juvencia florecía
sobre su cuerpo virgen a plenitud logrado;
sus fibras un extraño temblor estremecía,
y, tácito, asumía
el momento de oscuras inminencias preñado...
Poco a poco, su ceño se aborascaba, inquieto;
el mar le salpicaba con su espuma liviana,
y el héroe, sojuzgado por instinto secreto,
miraba en cada ola un agravio indiscreto,
y en cada gota un reto:
Un enemigo... ¡Oh bella temeridad humana!

Y pasaban las horas ante su empeño altivo.
Con ímpetu agresivo
medía atentamente los límites adustos,
cuando hirió sus potencias, brioso y hazañero,

el deseo inmediato de encadenarlo, fiero,
entre los eslabones de sus brazos robustos...

X

Y se adentró en la tierra pensativo: su mente
al designio absoluto se plegaba; convulsos,
jadeaban sus miembros, y como pez hirviente,
con ritmo persistente
botaba en sus arterias la fiebre de sus pulsos...
Su instinto le guiaba a la montaña, arriba;
la montaña armoniosa, virgen y primitiva,
donde, al vaho fecundo de las vastas praderas,
los titanes selváticos
hierguen la fortaleza de sus troncos hieráticos
y asoman a la costa las verdes cabelleras...

XI

Y penetró en la selva misteriosa. Al acaso,
iba avanzando, lento, por la extensión arcana
con el naciente orgullo de colocar el paso
donde antes que él ninguno fijó la planta humana...
Salmodiaban las frondas profundas cantinelas.
Ante sus pies, saltaban menudas bestezuelas
que le miraban, tímidas, con sus pupilas rojas,
y se hundían, reptantes, entre las muertas hojas...
Todo invitaba al grato reposar... Cristalina,
una fuente vertía la vena de su entraña;
y él, sintiéndose preso por la ocasión divina,
se recostó al amparo de una robusta encina,
por reemplazar sus fuerzas y meditar su hazaña...
(Al aire el amplio tórax de músculos perfectos,
cruzaba sobre el pecho los antebrazos rudos;
y su alentar profundo de intervalos correctos
hinchaba los macizos pectorales velludos...)
El sueño le tendía sus redes, misterioso,
mas no eran los momentos propicios al reposo:
que entre los mansos ruidos,
venciendo de las copas el trémulo vibrar,
cada vez más pujante, llegaba a sus oídos,
como un alerta heroico, la furia de la mar...

XII

EL aviso oportuno le despertaba. Irguióse,
asíó un robusto cuerno que pendía a sus flancos,
y al embocarlo diestro, bronco clamor partióse
rebotando estridente por cumbres y barrancos...
Respondiendo al conjuro, por todos los linderos
de la selva, aparece y el límite rebasa,
al fuerte varonío de la tribu, severos
mozos de ojos de lumbre y corazón de brasa.
Ya todos le rodean indagando el motivo.
Y él, sereno y altivo,
con elocuencia noble, les inicia en su intento,
señalando a cada uno su labor; al momento
por todos los confines dió comienzo la lucha
y, lleno de temores, el ámbito sagrado,
suspenso y azorado,
los golpes de la tala por vez primera escucha...

XIII

EN sucesivos días, la turba dedicóse
a extraer de la selva los despojos austeros;
y en hacinadas pilas, cubierta de maderos
de magnitud distinta, la roja playa vióse...
Y el ajetreo humano se trasladó a este punto.
Con un afán conjunto,
ya presintiendo la futura maravilla,
se comenzó el alzado
sobre un roble escuadrado...
Fundación milagrosa; base, cimiento o quilla...

XIV

CRECÍA por momentos el ingenioso aliño:
progresaba la obra; y por diversos modos,
en un común esfuerzo de ilusión y cariño,
por lograrla perfecta rivalizaban todos...
Cada cual aportaba su aptitud más segura
y su destreza o gracia iba dejando en ella;
y así, cada mañana, la noble arquitectura
brotaba con el alba más acabada y bella.
Uno mide en la escala la altura de su paso;
otro en las altas vergas las gavias acomoda;
y alguien, quizás poeta o enamorado acaso,
talla un desnudo torso de mujer en la roda...
Dióse por ultimada la construcción ingrave:
—una mitad es ave;
la otra mitad, sirena—
Y al fundar sólo un cuerpo, velamen y carena,
surgió definitivo el ensueño: LA NAVE...

XV

¡L A Nave!... Concreción de olímpica sonrisa;
vaso maravilloso de tablazón sonora,
pájaro de alas blancas para vencer la brisa:
amor de las estrellas y orgullo de la aurora...
El sol iluminaba las jarcias distendidas;
el coro dió los hombros a las bandas pulidas;
y al deslizarse grave por la arena mojada
—galardón infinito de la empeñada guerra—
de aplauso coreada,
en inverso prodigio, iba hacia el Mar la Tierra...

XVI

¡HONOR para el que apresta los flotantes maderos,
para los calafates, para los carpinteros
de ribera, nutridos de las ráchas eternas
de la playa sonora!...
¡Y para aquel, más hábil, que trazó las cuadernas,
la caricia del aura de la fama armadora:
las condiciones náuticas del casco celebrado
nacen de su acertado
promedio entre la manga, el puntal y la eslora!

XVII

¡HONOR para vosotros, y gloria a los primeros
que arriesgaron la vida sobre los lomos fieros
del salvaje elemento
de la mar dilatada:
nautas sin otro amparo que la merced del viento
y sin más brujulario para la ruta incierta
que la carta marina de la noche estrellada,
sobre sus temerarias ambiciones abierta!...

XVIII

¡TRIPULANTES! ¡La llama
del entusiasmo prenda vuestras almas bravías!
la custodia del barco que os entregan, reclama
la actividad conjunta de vuestras energías.
En vosotros se afianza la utilidad del flete.
Todos sois necesarios, todos: desde el grumete
recién nacido apenas a la brisa salobre,
hasta el contraмаэstre de pómulos de cobre
y cana sotabarba
que en el túrgido vientre de las nubes escarba.
Los que en la negra noche hacen de centinelas,
los que tienen las jarcias para largar las velas,
el que en la labor dura del baldeo trajina
y los estibadores de carga en la sentina.
Los que trepan a lo alto de las largas entenas
y los que desentornan las chirriantes cadenas
de las anclas combadas...
¡Amigos, camaradas!
¡Impávidos muchachos ante el acaso ignoto!...
¡Que vuestra quilla siempre taje un mar en bonanza!
Y fiad la esperanza
al arte del piloto,
que cual un dios en la alta plataforma del puente,
dirige con voz cruda
la sabia maniobra; y al timonel prudente

que con mano membruda,
imprime al gobernalle seguros derroteros...

¡Recios trabajadores de la mar! ¡Marineros!
¡El Tritón, con su rúbrico caracol, os saluda!

XIX

Os saluda y alienta por la emprendida senda,
soberbios luchadores de estirpe soberana,
héroes arrojados en singular contienda
sin saber por la noche del día de mañana.
Nobles exploradores, argonautas valientes,
descubridores de islas, pasos y continentes...
Íncultos balleneros, prodigio de la casta,
que, con cuerpo desnudo,
exponéis vuestras vidas al coletazo rudo
y blandís los arpones como el guerrero el asta;
y a vosotros que fuera de las leyes, un día
dictasteis leyes propias y os arrogasteis fueros
e impusisteis a príncipes y navales guerreros
la profesión airada de la piratería...

XX

¡DE allá vino la práctica del valiente ejercicio!
Las gloriosas columnas del Hércules fenicio
vieron la subitánea
invasión con que, ebrias de bravura indomable,
hollaron impetuosas con viento favorable
la onda midacritánea
—con tan fastuoso orgullo que a la soberbia enoja—
las corsarias galeras de Haradín Barbarroja,
para quien era estrecha la mar mediterránea...

XXI

Y a vosotros, ¡osados!
que escudriñáis los fondos del piélago inseguro,
pescadores de perlas o buzos ponderados;
los que hacéis el trabajo más peligroso y duro:
Cuando exploráis naufragios de indicios fabulosos,
entre limosas cuencas y huyentes arenales,
o perseguís madreporas de orientes luminosos
por entre aurirramosas florestas de corales.
No hubo para vosotros inquebrantable obstáculo:
ni la feroz mandíbula, ni el constrictor tentáculo,
a detener bastaron el ímpetu genuino;
mientras se desplegaba, magnífica y despierta,
ante el cristal redondo de la escafandra, abierta,
la maravilla enorme del mundo submarino...

XXII

QUE a todos la Victoria
teja, en buen hora, olímpica guirnalda,
los que del mar sobre la hirviente espalda,
ganáis el pan o perseguís la gloria.
Vosotros sois del agua los genios redivivos,
porque, en su amor cautivos,
vigor, empeño e ilusión pusisteis;
porque en la mar nacisteis
y en la mar moriréis... es vuestro sino.
Y cuando ya el destino
cumpla obediente la presión del hado
y vuestro cuerpo ahogado
sea movable pasto de la deidad nocturna,
os tenderá sus brazos en fiero remolino
y os llevará a su fría morada taciturna
la mar, la sola urna
para guardar los restos sagrados del marino...

XXIII

¡TÚMULO extraordinario!
¡Reposo inquebrantable sin temporal medida,
para el que alzó, arbitrario,
a tan supremo aspecto de dignidad su vida!
Murmurarán las olas sus rezos indolentes;
y por velar la noche de vuestros esponsales,
derivarán eternas sus círculos ardientes
las multimilenarias igniciones australes...
De los confines últimos arribarán veloces
voces terrenas, voces
cargadas de oraciones, de terror y lamentos
que harán batir las puertas de los audaces vientos:
la que domina al Norte y al Bóreas cautiva;
las que a Occidente giran, y al Meridión y al Este;
y cual inmenso domo cobijador, arriba
—temblorosa de nubes— la bóveda celeste...

XXIV

¡A TLÁNTICO infinito, tú que mi canto ordenas!
Cada vez que mis pasos me llevan a tu parte,
siento que nueva sangre palpita por mis venas
y a la vez que mi cuerpo, cobra salud mi arte...
El alma temblorosa se anega en tu corriente.
Con ímpetu ferviente,
henchidos los pulmones de tus brisas saladas
y a plenitud de boca,
un luchador te grita ¡padre! desde una roca
de estas maravillosas Islas Afortunadas...

ALEGORÍAS

A
ANGEL VEGUE GOLDONI



ALADA DEL NIÑO ARQUERO

I

EL rapaz de los ojos vendados golpea mi puerta
y su golpe atraviesa temblando la casa desierta:

—Voy, Amor... ¡Con qué afán mis deseos bajaron a abrirte!
Entra, Amor; francas tengo mis puertas para recibirte...

¡Todo el día arreglando mi casa, desde muy temprano,
porque en todo resultara digna del gentil tirano!

Las estancias recogen el ánimo de pulcras y olientes.
He colmado los viejos tiboires de flores recientes

y por dar a su carne rosada reposo y provecho,
con plumón y con cándidos linos esponjé mi lecho...

¡Como un ascua reluce esta noche mi vieja morada,
cual si lleno la hubiesen de estrellas, toda iluminada!

El rapaz de los ojos vendados golpea mi puerta
y su golpe estremece de gozo la casa desierta...

—¡Te esperaba! A mi ruego devoto fué blando el Destino;
con las rosas primeras del año te alfombré un camino

y en la arcada de piedra musgosa que marca el lindero,
bajo un verde festón de follaje, colgué este letrero:

«¡Caminante que llevas por báculo un arco encantado
»y a la espalda, supliendo la alforja, tu carcaj dorado!

»No prosigas tu viaje más lejos, que estás en tu casa.
»Jovencito: ¿Si Eros o Cupido te llames? ¡Pasa!»

El rapaz de los ojos vendados franqueó mi puerta:
¡su visita dejó perfumada la casa desierta!

II

¡CUATRO veces fuí muerto, cuatro veces, Amor, me has herido!
¡Más de cuatro pasaron tus flechas silbando a mi oído!

¡Cuatro heridas sangrientas que el Arquero causó, envenenadas!
¡Oh dolor! Cuatro duras saetas en mi alma clavadas:

La primera en la frente descargó su artificio violento...
¡Su ponzoña hizo presa en la llama de mi pensamiento!

La segunda en los ojos. ¡Ciego soy, mas me sirve de guía,
en la ruta, una mano que siento temblar en la mía!

La tercera en la boca. ¡Mi mal tiene delirio sonoro:
repetir de continuo las cifras de un nombre de oro!

Y la cuarta en el pecho... ¡Oh, mal haya la punta homicida
que, a la par de causarme la muerte, dejóme la vida!

¡Cuatro veces fuí muerto, cuatro veces, Amor, me has herido;
más de cuatro pasaron tus flechas silbando a mi oído!

¡Oh tristeza! Mi alma que un pacífico sueño envolvía,
por tu causa salmodia la pena de esta letanía:

«¡Duro Amor veleidoso... Simulacro de eternos ardores;
»te juzgamos propicio tan sólo para nuestras flores!

»¡Breve Amor lisonjero... Decidor de una paz no turbada:
»tu licor en mis labios sedientos fué sed renovada!

»¡Cruel Amor fatalista... Olvidar tus cadenas no es dable;
»tienes toda la inmensa amargura de lo irremediable!»

De tal modo mi queja a los aires lanzó tus rigores...
¡En mi ser batallaban conmigo los cuatro dolores!

¡Cuatro veces fuí muerto, cuatro veces, Amor, me has herido...
más de cuatro pasaron tus flechas silbando a mi oído!

III

¡HE cerrado la verja de hierro que guarda la entrada
y he arrojado después al estanque la llave oxidada!

Por trocar en olvido apacible mis duros enojos
he atrancado las puertas del patio con dobles cerrojos,

y he clavado las altas ventanas que vieron al frente
los lejanos pinares dorados al sol del poniente...

¡Estoy solo; mi espíritu es lleno de un algo inefable!
Mal curado de amores, ya pronto estará saludable...

De las viejas cenizas mis manos hurtaron el fuego
y en el vivo y cruel sobresalto pusieron sosiego...

¡Oh qué bien este encanto sereno que en mi alma se vierte!
¡Oh cuán grande este dulce reposo que es casi una muerte!

¡Oh temor! En el harto silencio se escucha un ruido:
¡alguien anda crujiendo la arena del parque dormido!

¡Han hablado; oigo voces perdidas al pie de la fuente!
Voy a ver... ¡Es tan sólo un capricho de convaleciente!

Abriré los maderos, no abriré los velados cristales.
¡Nadie puede forzar de mi empeño los firmes umbrales,

que he cerrado la verja de hierro que guarda la entrada
y he arrojado después al estanque la llave oxidada!

¡Nada veo! El misterio nocturno de mi alma se adueña...
¡El jardín en la noche de plata parece que sueña!

Abriré; sólo vanos temores turbaron mi aliento:
Son fantasmas que fingen los pinos mecidos del viento...

El silencio del alma al silencio del parque se aúna.
¡En el cielo se abrió, toda blanca, la flor de la luna!

En las sombras un pájaro arrulla quejoso remedo.
Un temblor que renueva mi angustia, me llena de miedo...

¡Algo cruza en un rápido vuelo rozando mi oído!
Un silbido atraviesa la noche... ¡Gran Dios, me han herido!...

*¡He cerrado la verja de hierro que guarda la entrada,
y he arrojado después al estanque la llave oxidada!...*

ENVIO

¡OTRA vez, dura flecha, por matarme saliste traidora
de la aljaba de los ojos negros de la flechadora!

¡Otra vez en mi carne te clavaste con alevosía
y tu hierro gustó el dejo amargo de la sangre mía!

Dí a la mano de nieve que te lanza contra mi ventura
que al tú herirme respondió mi pecho con ciega locura:

«¡Bienvenida saeta, mensajera de males de amor!
¡Si hay dolor en tu punta acerada... divino Dolor!...»



LEGORÍA DEL OTOÑO

A NICOLÁS MASSIEU

POR honrar mis vendimias, el otoño ha enviado
un gentil mensajero de olímpico atributo.
Hoy, al bajar al huerto, me lo encontré apoyado
en un peral que hogaño rindió su primer fruto.

Desnudo bajo el húmedo verdor de la espesura
la rubia sien corona con detonantes flores,
y un sarmiento flexible que arrolla su cintura
deja caer un pámpano que cubre sus pudores.

Un encendido bozo sobre su labio ufano
anuncia una jocunda nubilidad precoz;
una naranja es gala de su siniestra mano;
su diestra empuña un gladio curvo como una hoz.

A mi saludo amigo ambas prendas me ofrece.
—Toda su savia joven me transmitió con ellas—.
Sobre la tierra blanda, donde el peral florece,
los blancos pies descalzos han impreso sus huellas.

Y al marchar a mi lado floreciente y desnudo,
por descubrir su esencia se afana mi lirismo,
y, atento a las sagradas metamorfosis, dudo
si es sólo su emisario o es el Otoño mismo...

*Su cinturón rosado
desciñe la mañana.
El día ha despertado
flechando en la solana.*

*El gallo el ható anima
con su clarín de alerta,
y se apresta a la opima
recolección la huerta.*

*El padre Sol retoza,
robusto semental:
la granja se alborozó,
y se entrega gozosa de su victoria anual...*

EL huésped, a mi vera, recorre los maizales,
inquiere las colmenas, revisa los graneros,
palpa las prietas ubres de las vacas lechales

y los frutos exóticos de los invernaderos.

Con reposado tono todas las cosas nombra
y, complaciente, elogia dirección y trabajo;
mientras los servidores, bajo el parral en sombra,
diligentes, disponen un rústico agasajo.

Sobre la fresca hierba tienden un lienzo fino
tan aplanchado y blanco como mantel de altar,
que hechura recibiera de nuestro propio lino
y en nuestra propia casa carda, rueca y telar.

En canastas de mimbres y anchas hojas de higuera
todos mis frutos muestran sus gayas carnaciones;
desde el ámbar lústroso de la uva sanjuanera
a la pelusa mate de los melocotones...

En profusión joyante de colores amigos
se agrietan y acarician las pulpas tentadoras,
y se mezcla el rezumo lechoso de los higos
con la sangre virgínea de las profusas moras.

Y exultan las manzanas de carrillos rientes,

las granadas que enseñan su encarnado tesoro,
los limones que fingen senos adolescentes
y los plátanos, regios, como falos de oro...

Y el misterioso amigo la colación festeja
y huélgase gustoso con nuestra compañía,
bajo la fronda amable que por sus mallas deja
filtrar la ignipotente fertilidad del día...

*Suenan las campanillas
jubilantes e inquietas;
cargadas de gavillas
retornan las carretas.*

*Y lucen sus corolas,
entre las astas finas,
guirnaldas de amapolas
las testuces bovinas.*

*Y pregonan la entrada
del reino cereal
la avena perfumada,
la cebada perlada,
la mazorca dorada y la espiga candeal...*

A MIGO —dice el huésped—: Por pacto de esta cita
daré a un deseo tuyo realidad concreta;
será como una tierna señal de mi visita.
Pídeme cuanto quieras, buen amigo, poeta...

El pecho va a romperse de la emoción; el fuego
de un insensato orgullo mi voluntad aloca.
La lengua, temblorosa, va a formular su ruego
y el alma mía entera se escapa por mi boca:

»Quiero que en este punto feliz mi vida quede,
»cual rueda de fortuna clemente, detenida,
»y en este propio ritmo perennemente rueda
»—prolongación eterna de este instante— mi vida...

»Quiero que en mis sembrados, con brillantez de esmalte,
»la milagrosa espiga no cese de granar,
»y una continua vena de mis toneles salte
»mientras un mosto nuevo se pisa en el lagar...

»Que siendo el pensamiento ligero como el humo,
»cabal ponderamiento del pensamiento sea;
»que sin fatiga brote, cual de la fruta el zumo,
»de la ardua consonancia, la sangre de la idea.

»Y tienda sobre el verso con gesto soberano
»la armónica medida su igualador nivel,
»y la ilusión lo llene como a la vaina el grano
»y a la celdilla exágona del buen panal la miel...

»—¿Pides para tu arte?...— ¡Es mi arte el que implora!
»Bajo su escudo pongo la gloria de mis días...
»Sólo que Amor guiaba mi súplica de ahora,
»y el amor gustó siempre de las alegorías...»

*El Sol se ha deslizado
por la celeste vía;
el véspero ha brillado.
¡Qué pronto se fué el día!*

*Aun quedan en la granja
sus últimos puñales.
Su irradiación naranja
rebota en los cristales.*

*El celestial sendero
se empieza a iluminar,
y aparece, el primero,
como propicio agüero,*

el sideral Boyero con su arado estelar...

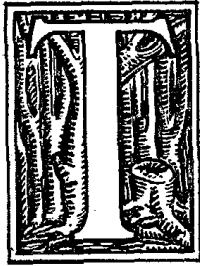
EL huésped, pesaroso, me toma de la mano,
y, al hablarme, su acento se torna dolorido,
como aquel que dispone su oferta de antemano
y mira que no puede cumplir lo prometido.

«—¡Amigo: es incurable el mal que te compunge!
»Con ambición tan grande, no encontrarás sosiego;
»la perfección que buscas ni aun a los dioses unge,
»pues que Vulcano es cojo, y el mismo Amor es ciego...

»Mas a tu lado tienes los más ciertos oráculos:
»cual rosa de los vientos desgrana tus sentidos,
»y atiende a los variados y eternos espectáculos
»con claridad de ojos y claridad de oídos...

»Y salga tu palabra, tras de molienda dura,
»por el tamiz más fino, cribada de impureza;
»y siendo trino y uno con tu interior hechura
»sé, a la par, uno y trino con la Naturaleza...»

EL mancebo se aleja con pasos candenciosos;
sus flancos se arrebolan a los astros fulgentes;
entre sus bucles áureos apuntan impetuosos,
como dos bayas jóvenes, dos pitones nacientes...



ARDE EN LA SELVA

A LOS HERMANOS MILLARES

TARDE en la selva. Agreste soledad del paisaje,
decoración del rayo de sol entre el ramaje
y lento silabeo del agua cantarina,
madre de la armoniosa tristeza campesina.
¡Tarde en la selva! Tarde de otoño en la espesura
del bosque, en el triunfo de la arboleda oscura,
bajo la advocación de las copas sonoras
y el plácido consorcio de las dormidas horas...

¡Oh paz! ¡Oh último ensueño crepuscular del día!
El ambiente era todo fragancia; atardecía,
y la lumbre solar en fastuosas tramas
quemaba en las florestas su penacho de llamas.
Todo el bosque era un hálito de aromas peculiares;
las hojas despertaban sus ritmos seculares,
y bajo ellas, soñando y a su divino amparo,
la música frescura del riachuelo claro
que el salto de una roca transformaba en torrente.
(Cabellera brumosa, donde, divinamente,

ilustró el arco iris con siete resplandores
la fugaz maravilla de sus siete colores.)

Y el alma se hizo copia de esta virtud silente;
por su influjo, el ensueño tornóse transparente
e iba hundiéndose en una renunciación discreta.
La soledad y el ocio, amigos del poeta,
vestían mis quimeras con ropajes corpóreos
y eran trasuntos vivos los efluvios arbóreos...

¡O PORTUNA la hora! De entre los matorrales
surgen, tímidamente, los genios forestales
y mi presencia espían, avizores e inquietos,
tras los olmos rugosos y los blancos abetos.
Remisos, un momento, se consultan dudosos,
y en un punto, en el claro, penetran tumultuosos.
Y hacen, desorbitados como frutos gigantes,
columpio de las ramas los elfos trashumantes;
giran los blandos silfos de carnes sonrosadas
con sus alas de insectos tibiamente irisadas;
trenzan ralas piruetas los gnomos casquivanos,
chafando la hojarasca con sus cuerpos enanos,
y los lares acuáticos croan sus voces ruines
viscosos y adobados de lacústres verdines...

Rondan, danzan, simulan fieras acometidas
y entre sí se apedrean con las bayas caídas;
armando una algazara jovial y volandera;
que, caprichosa, rapta la brisa pasajera
y el eco desbarata tras la arboleda honda
entre murmullos de agua y susurros de fronda...

Y el alma, arrebatada de ascensional destreza,
ingrvida, abandona la temporal corteza
y se suma a la ronda, milagrosa y liviana,
y en el coral divino pone su nota humana...
¡Oh alma ma, he escuchado tu jubiloso acento
sensible en la suprema calidad del momento!
Ahora gozan mis ojos de la vctoria cierta
de verte, enteramente, absoluta y liberta.
¡Cuanto ms disgregada, ms en mi compana;
fuera de m, y, no obstante, tan sumamente ma!
¡Alma que recobraсте la original limpieza:
s, una parte, en el Todo de la Naturaleza!

DE pronto, en el silencio, un golpe temeroso
atraviesa el recinto de la selva en reposo;
son cobarde, en el viento, persistente y salvaje,
que llena de profundos terrores el bosque.

¡Es el hacha! Es el golpe de su oficiar violento
que, bruscamente, llega, desolador y cruento,
de la entraña del bosque, donde un tilo sombrero
yergue su soberana magnitud de coloso...

¡Oh dolor! El monarca de la selva suntuosa,
el patriarca de verde cabellera gloriosa
que preside el sagrado misterio de la umbría,
mira llegar su muerte con la muerte del día.
Y hay un grave silencio meditabundo, inmenso,
y es tan grande la duda y el temor tan intenso
que callan, espantados, hojas, lares y fuentes
para escuchar medrosos... y oyen, intermitentes,
en el dolor tremendo, los redobles del hacha
prendidos en el pasmo de la encalmada racha
donde triunfan lo breve de un estallido seco
y mueren duramente, sin amor y sin eco...

Y los viejos del bosque, los viejos de alma fuerte,
temen, presentidores de una uniforme suerte;
y hay en sus copas trémulas como un sollozo humano,
como un plañir de preces por el perdido hermano
que a cada golpe arguye con un mortal gemido
y tiembla, y se estremece, como un titán herido...

Súbitamente, un grito hiende la selva, ronco;
creyérase el lamento postrimero del tronco
que al ceder maldijera... Y el coloso vacila,
y la enorme silueta, pesadamente, oscila.
Heridas por la muerte sus savias vigorosas,
ved, cómo el triste extiende sus ramas temblorosas
como brazos que quieren asir, inútilmente,
la ramazón cercana, que cruje sordamente.
Aun en el aire, un punto, gira alocado, incierto,
y raudo cae de bruces sobre el camino: ¡muerto!

EPITAFIO

GRAVE señor del bosque, que sobre el verde prado,
inmóvil y maltrecho, yaces abandonado:
no abatieron tu frente gloriosos capitanes,
sino el golpe pechero de los ruines jayanes.
Ya, sobre tus cabellos, no volarán los ruidos
propicios al geórgico misterio de los nidos.
Tus frondas, que escucharon los silvestres cantares,
caldearán, ahora, los ahumados llares
de la pobre cocina o el salón solariego
y estallarán dolidas a los besos del fuego.
Mientras tanto, en el seno de la selva sombría,
tu cuerpo mutilado flagelará la fría
caricia del invierno... Pero el tronco marchito
volverá a fecundarse con el calor bendito,
y, activamente henchido de vitales renuevos,
cubrirá sus arrugas con los retoños nuevos,
cuando llegue en el carro del aura mensajera,
precedida de un rayo de sol, la Primavera...



RUBÉN DARÍO EN SU ÚLTIMA PEREGRINACIÓN

*Et lorsqu'il eut donné son
obole à Charon...*

BAUDELAIRE.

EN el fatal transcurso de la noche homicida
han quebrado las parcas la hilaza de una vida;
prestigio de los dioses, de las musas amor.
Las cenagosas aguas del lívido Aqueronte
cruza entenebrecida la barca de Caronte,
llevando el simulacro corporal del Cantor.

Sereno va. No arredra su espíritu lo arcano.
Ya, en juveniles horas, el Griego y el Toscano,
por gracia de los númenes, descendieran con él.
Ya el óbolo debido pagó al fatal barquero,
y en las abiertas fauces del triple Cancerbero
ha arrojado los panes de adormidera y miel.

Es tan hondo el silencio, tan profundo el misterio...
La soledad se arroga su temeroso imperio
y las tinieblas hielan un funeral sopor:

silenciosa la noche, silenciosa la charca,
silencioso el bichero que da impulso a la barca...
¡Ni el oído más brujo percibiera un rumor!

La oscuridad redonda su aparato nocturno.
Adivínase el pálido rebaño taciturno
de sombras impalpables, en vagoroso errar.
El aire subterráneo, del vacío remedo,
tiene las inquietantes frialdades del miedo
y hasta al poeta mismo se le ha visto temblar...

Mas, al momento, el germen original le inspira,
y sus dedos recorren la multicolorde lira
que arrebatada vibra con elocuente son.
Nace una forma nueva del estro siempre encinto
y vuela por los ámbitos del avernal recinto
el fugaz aleteo de una alucinación.

Despiértanse los manes del eternal reposo,
y trémulos acuden al foco melodioso
presos del bebedizo violento del cantar.
Y la palabra aédica rueda en las soledades,
riza sobre las aguas, truena en las oquedades,
y en las soturnas bóvedas se estrella como un mar...

¡Oh sortílego hechizo del lírico momento!
¡Oh poder formidable del mágico instrumento
y Normas inviolables que urdisteis la canción!
Por vez segunda vieron las ondas del Leteo
desarrollarse el mito plutónico de Orfeo
y operarse en sus antros una transmutación:

Y es encendida, ahora, la mansión tenebrosa;
por el influjo rítmico, tórnase luminosa
y amplias sonoridades por el espacio van.
Del universo antiguo surge un nuevo universo,
a sus cubiles hoscos huye Carón adverso
y el remo, ahora florido, bate el divino Pan...

La quimérica nave trasunto del destino,
al arranque animoso del remero caprino,
surca el agua, ligera cual esquife sutil;
y más que hacia el Averno, naufragio de los seres,
parece que acomete la ruta de Citeres
a una venérea fiesta, dionisiaca y gentil.

Los verdinosos juncos, las negras espadañas,
los limos corrosivos y las infectas cañas,
reviven a una vida fragante y floreal.

Y dicen, robledales y hayedos, su prestancia;
las mazorcas de Ceres pregonan la abundancia,
y el triunfo de Pomona canta el árbol frutal...

Y acuden a las márgenes bandadas de palomas;
los satirillos jóvenes muerden las verdes pomas,
regustando, golosos, su agridulce acidez;
y en el baño, sorpresa por la voz extrahumana,
olvidando sus velos, la cazadora Diana
muestra a todos los ojos su intacta desnudez.

—¿Dónde van los viajeros? ¿Hacia qué sirtes bogan?
Bestezuelas y genios, curiosos se interrogan,
puestas sus inquietudes en la interrogación.
Y un fauno milenario de melenas espesas
que aun gusta de las vides y de las satiresas:
—¡Por Baco, que es insólita tal peregrinación!...

Y la pregunta cunde por el haz dilatado:
—¿Busca la húmeda gruta o el jardín perfumado
donde acampan las dríadas en setos de arrayán?
¿Va en pos de las adelfas donde Edgardo reposa,
o al prado de esmeralda que cubre el laurel rosa
donde, ha tiempo, le esperan Hugo y Pobre Lelián?

—¡Yo sé el gentil secreto!—dice una ninfa bella—
Sabed: que este adamita del corazón de estrella
concurrió en el enojo del divo Flechador,
por yo no sé qué cuento de una musa raptada
y de un viril ensayo sobre la yerba hollada
sin miedo a las saetas de Apolo vengador...

—¡La sangre primigenia del floral sacrilegio
le dió del armonioso poder el privilegio!
—dicen— mientras la nave se hunde en la eternidad.
Detrás quedan el tedio, la tristeza y el lloro;
mas vaga en los silencios como un temblor sonoro
y flota en las tinieblas una astral claridad...

ORACIÓN

¡RUBÉN, arca del sacro pensamiento latino!
Tu índice iluminado nos señaló un camino,
mas era sólo tuya la inmaterial virtud.
Ritos y formas nuevas buscó tu poesía...
¡Maestro! Al fin hallaste la perfecta Armonía.
¡La última pauta lírica reposa en tu quietud!

Perdón si es que el poeta, loco o irreverente,
puso un pagano mirto sobre tu helada frente
y vertió, en vez de lágrimas, rocío, vino, miel...
Que, al exprimir la viña sabrosa de tus días,
vió cómo a los cipreses las rosas preferías,
y al funerario sauce, los brotes del laurel.

Llore el ciprés al muerto, no al que es eterno y fuerte:
la pena de los dioses es no alcanzar la muerte
—clamó tu boca un día, soberbia de ideal.
No fué tuyo el destino de los demás humanos:
—Thanatos y el Olvido son logaritmos vanos—
El Verbo, la substancia del Dios, te hizo inmortal.

Febrero de 1916



A CAMPANA A VUELO

A FRANCISCO GONZÁLEZ DÍAZ

I. INITIUM

EN medio de la clara quietud de la mañana
resonó como un treno la voz de la campana...

Volteó, lentamente, con ásperos chirridos,
hirió el mazo de hierro los bordes musicales
y cruzaron el aire los vibradores ruidos
en un sonoro vuelo de alondras matinales.

Atropellaron, trémulos, los claros elementos,
chocaron en las duras murallas de los montes
y el eco, desgranado sobre los cuatro vientos,
desgarró, en cuatro puntos, los patrios horizontes.

Y su clamor tremante que un anatema encierra,
lo oyó, el sabio, en el seno de sus cuidados graves;
el labrador, curvado sobre la madre tierra,
y el nauta, en el peligro de las cóncavas naves.

También lo oyó el poeta; y a su gigante arrullo
se incendiaron sus iras en un rubor violento,
mientras atravesaba los campos de su orgullo
una saeta aguda como un remordimiento...

II

LA CAMPANA

DE lo alto de la torre que alza dominadora
su cúpula hasta el seno mismo de los nublados,
difunde ella el prestigio de su lengua sonora:
alto florón de nuestros históricos legados.

El tiempo holló en el bronce su oxidada elegía
y en el contorno, emblema de sus atribuciones,
labró el cincel artista como alta alegoría
un festón, alternando castillos y leones.

Grande en su fortaleza, con cólera o halagos,
supo hacerse señora suprema del momento;
y a todos los sucesos, ya prósperos, ya aciagos,
puso con sus sonidos un augural comento.

Ella clamó indignada, con épica fiera
—coto a las demasías de los predios reales—
y aunando los poderes del Clero y la Nobleza
convocó los prudentes Concilios Nacionales.

A su voz se forjaron los fueros y las leyes,
mas su justa violencia tuvo acordes severos
cuando, arbitrariamente, por mano de los reyes
airados, se violaron las leyes o los fueros.

Ella, en el cumplimiento de sus designios altos,
dió en los días de lucha, con palabras seguras,
magnífica y tronante, la voz de los asaltos
y, sigilosamente, la voz de las conjuras.

Ella, de las antorchas al temeroso brillo
vibró, cuando, escarmiento de futuros terrores,
al toque de rebato, domesticó el cuchillo
la cerviz indomable de los conspiradores.

Ella, en fin, en el triunfo de su vigor sonoro,
tras el recio tumulto que trajo la victoria,
coronó con las hojas de sus laureles de oro
a los fuertes soldados, alumnos de la Gloria.

Y así, con la conciencia total de sus derechos
mantuvo, en los innúmeros azares de la plaza,
siempre verdes los lauros de los antiguos hechos
e incólumes los altos principios de la raza...

III

INVOCACIÓN

¡MUSA hispana, hija insigne de la inmortal belleza!
Madre, reina, maestra del admirable oficio;
ya no corona el bulto de tu ideal grandeza
la serena cornisa del clásico edificio.

Ya en el refugio verde de tus frecuentes lares
no se oye la encendida canción de tus devotos,
ni se ve la olvidada piedra de tus altares
florida, como antaño, por los rituales votos.

Talados son los parques, encanto tuyo un día.
¡Entre tantos rigores no alienta la esperanza!
¿Qué fué del palio rojo de tu soberanía
y de tu tirso agudo lo mismo que una lanza?

Hoy, bajo el fatalismo de tus calamidades,
ni un solo timbre el gesto de dignidad abona
y en el legajo, escrito de antiguas propiedades,
te resta sólo el título de la solar casona.

Encerrada en su triste silencio doloroso,
esquivada de todos, por las vastas crujiás,
con el cabello suelto y el paso tembloroso,
cruzas como una sombra las estancias vacías.

Hasía que, al fin, rendida de ver tanta tristeza
en la mansión que templo fuera de tu reinado,
se doblan tus rodillas e inclinas la cabeza
sobre el portón que cierra las glorias del pasado.

De adentro viene un vago murmullo deleitoso;
una acordada música matiza un claro ensueño;
y mientras tus sentidos se aduermen en reposo
tu alma revuela en torno del olvidado sueño...

¡Evocación!... Los muertos fantasmas se levantan
en una luminosa y alada teoría
y las ocultas liras, en el misterio, cantan
un himno incomparable de gracia y energía.

Súbito, rebasando por agrestes senderos,
comienzan el desfile tus grandezas activas:
un relinchar de potros y un trepidar de aceros
con cuyo son concuerdan las gestas primitivas.

Pasan, se desvanecen en una leve bruma.
Gentes son que supieron, en su virtud romana,
al ocio de la guerra, desempolvar la pluma,
y al ocio de la pluma blandir la partesana...

Aquí, un jardín mecido por brisas aurorales:
hay un montón anónimo de mudos jardineros;
sus manos recortaron, pacientes, los rosales
y las rosas llenaron de luz los romanceros.

Allá, el casto silencio que el crucifijo mura
—dulce renunciamiento de las terrenas cosas—
donde a la alucinante quietud de la clausura
se abren, supersticiosas, las rosas milagrosas...

Donde, desordenando las blancas oraciones,
Satanás petulante, de ropilla y espada
—galán de altos mostachos—sembró de tentaciones
los éxtasis de alguna novicia iluminada...

El clásico molino, bajo la enredadera,
donde escuchaste un día con infantil rubor
la plática sabrosa que hubo la molinera
rubia, pícaramente, con el corregidor.

Las ninfas que descogen su cabello luciente,
tejiendo con sus juegos el cristalino encaje
con que el gran Tajo ilustra su lírica corriente...
Y dominando el fondo tranquilo del paisaje,

pastoras de los valles, mozas descoloridas,
vaquerillas zagalas guiando sus ganados;
los regatos umbrosos, las sendas escondidas,
los oteros floridos y los silvestres prados...

Todo un plantel glorioso, para darte consuelo,
ante ti se levanta y por tu amor suspira...
¿Lloras?... Sobre tu frente la aurora tiende el vuelo
y a tus pies, enlutada, yace la antigua lira...

IV

ELEGÍA

¿Y no es dolor hallarte sin los pasados bríos?
¿No es dolor el estado de tu moderna suerte?
¡Mirándote en los claros cristales de tus ríos
acaso ni tú misma podrías reconocerte!

Tal, que si un día abrieras la gran puerta cerrada,
al verte, te hablarían con expresión severa:
—Pasad dentro, señora, que se os dará posada.
Si no es descortesía, decid: ¿Sois extranjera?...

Acércate, sin miedo; que aquellos hombres rudos,
más bien gente de guerra que adamados señores,
fueron de las hermosas adoradores mudos
y con las nueve Hermanas bravos conversadores.

Verás cómo de todos se acuerda tu mirada:
unos visten la férrea loriga militar;
alguien ciñe corona; quién levita ajustada;
los más de ellos ostentan el hábito talar...

Y tú, con voz mendiga: —¡Oh nobles corazones,
dadme amparo en el trance de esta cruel herida;
mi mano os abrió el claro jardín de las visiones
y os enseñó los blancos senderos de la vida!

—¡Impostura, impostura! —diría una voz severa—.
Nada el convencimiento de su existir delata:
Nuestra Reveladora fué una virgen guerrera
que ocultó sus encantos bajo un arnés de plata...

Y otra voz: —Fué amorosa; su carne era ambrosía,
y al abrir de sus fuentes el sensual venero
no hubo en sus liviandades sabia coquetería
y al entregarse, toda, se entregó por entero.

Que si desnuda acaso vino a la lira un día,
bien apreciar pudimos, bajo el recato austero,
sus carnes sonrojadas al sol del mediodía
y el cabello encrespado como un airón guerrero.

Y un verso dice: —Su alma gustó de los rediles
y de las soledades del campo rumuroso...
Y un suspiro, volando de unas tocas monjiles:
—¡Ella vivió en las muertas pupilas del Esposol...

—Idos... —repetirían las lenguas rencorosas—
y ¡oh ancestral resonancia de los tristes destinos!
a emprender volverías las rutas dolorosas,
desorientada y sola, por todos los caminos...

V

RENOVACIÓN

¡POBRE mujer doliente que en lo más hondo herida,
en rebusca de amores, vas a tierras lejanas!
No será sin que mi alma se oponga a tu partida
con un verbal tributo de rimas castellanas:

—¡Sé fuerte: aun hay orientes para el destino humano;
arroja de tu casa la herencia fatalista
y con un amplio gesto de rebelión, tu mano
dirija sus guerreros hacia la Reconquista!

Sé fuerte, que entretanto tus hijos no desmayan;
amasaron su hornada sobre el calor del nido,
y las novicias alas que el primer vuelo ensayan
hacen temblar las ramas del roble carcomido.

No han caído en desuso tus nobles potestades,
se aviva en sus carbones la llama sibilina
y derrama tu antorcha seguras claridades
para los que aun practican la fe de tu doctrina.

Ellos serán tu ayuda, su brazo te mantiene;
valientes, aunque pocos, bastan a tu cuidado.
No es el mejor caudillo quien más soldados tiene:
¡el más lleno de heridas, es el mejor soldado!

Templo tendrás, ¡oh diosa! La regia investidura
reclama el viejo voto y el moderno ejercicio:
¡levantemos en alto la nueva arquitectura
cavando los cimientos en el solar patricio!

Y ya que de tus sienes, el huracán adverso
arrebato en tu noche tus insignias gloriosas,
del lírico tesoro toma un florido verso
y cíñelo a tu frente cual corona de rosas...

VI

FINAL

¡MUSA nuestra! ¡Alma nuestra!... Vuelve a nos: un divino
resplandor se dilata por el oscuro cielo
y, a lo lejos, retumba su clamor argentino
la voz anunciadora de *La Campana a Vuelo...*

1909

EPÍSTOLAS, ELOGIOS,
ELOGIOS FÚNEBRES

A
AGUSTÍN MILLARES CARLÓ

...di uomini illustri e di uomini oscuri.

GABRIELE D'ANNUNZIO



PÍSTOLA A UN MÉDICO

LUIS MILLARES CUBAS

Tú, que en el silencioso apartamiento
de tu casa, contemplas el pasado,
y haces vagar el grave pensamiento
por el haz de su campo sosegado;

escucha: que en mi plática de ahora
quiere decir mi voz sencillamente,
aquella mocedad, tuya, sonora,
que fué como un caudal de agua corriente.

Había en tu alma, entonces, primavera
y en tu ambición el ansia de renombre;
e incrédulo y creyente, a tu manera,
eras, en fin, lo que se dice: un hombre.

Curioso de vivir, el puro aliento
de la estirpe, en tu espíritu hizo plaza;
y eras, en corazón y entendimiento,
ejemplar de tu siglo y de tu raza.

Y así tenías la visión inquieta
en paridad con el cerebro sapio;
y eras, siendo anatómico y poeta,
honra de Apolo y honra de Esculapio.

El áspid que a tu vaso cristalino
se enroscaba, nutriste de laureles;
y a la vendimia lírica, tu vino
tenía la virtud de ambos toneles.

Mas la razón pidiendo hegemonía,
fijó a tu meta un ideal austero;
y entre el Dolor, la Fiebre y la Agonía,
creyó encontrar su natural sendero.

Que fatalmente actuando en tu sensorio,
malograron los libres ideales,
las frialdades del laboratorio
y la tristeza de los hospitales.

Si alguna vez, en su inquietud jocunda,
tu corazón alzóse en rebeldía,
impuso a su volar dura coyunda
la seriedad de tu filosofía.

Y educador severo de ti mismo,
la Voluntad creó tu voluntad,
conforme con el clásico aforismo:
Omnis cellula e cellula... ¡Es verdad!

Lo irreal y lo cierto, en la partida
se encarnizaron con tenaz denuedo;
y en la ruda polémica, la Vida,
árbitro fué del inmanente credo.

Pues cuando flaqueaba tu conciencia,
fortaleza te dieron, interior,
la verdad positiva de tu ciencia
y el clínico contacto del dolor...

Hoy, sanado de estériles porfías,
te sometes sereno a tu ejercicio,
combinando las sabias teorías
con la noble virtud del sacrificio.

Que en tu función están las dos sentencias
marcando el resultado perdurable,
y hay que tener la fe de ambas creencias
para lograr el triunfo saludable:

¡La salud! Pura fuente, campo en flores,
maza de oro para la tristeza;
triacá-magna de todos los dolores
y parangón de toda la Belleza...

¡Honor a tu alma, que en los campos yermos
del padecer, halló la augusta vía!
Y a tu mano, que cura los enfermos,
con la suprema abnegación que un día,

renunciando a los líricos empeños,
abandonó el camino visionario
y hundió la blanca rosa de los sueños
entre las mudas hojas del herbario...

Adiós, doctor y amigo; en una hora
tu ciencia nos unió con lazo fuerte.
Que ella salga de entrambos fiadora,
robándole jornadas a la muerte...



OR EL PRIMER CENTENARIO
DE UN ESCULTOR,
DE IMÁGENES

JOSEF LUXÁN PÉREZ

¡CIUDAD de nuestra cuna!
¡Mi ciudad insular!
¿Por qué viestes de fiesta?
¿Por qué ese inusitado murmullo popular?
¿Por qué están hoy de gala tus corazones todos,
y pasa por tus calles una brisa cordial?

Hoy cumple una centuria,
un siglo cuentan ya,
que se fué de nosotros un prestigio evidente,
una virtud sin tacha y una vida ejemplar,
que ostentaba por norma la fe de sus mayores,
y por mejor diamante de su alma, la humildad.
Y la ciudad que guarda la fecha memorable,
hace presente al pueblo la deuda secular,
y festeja al ausente por la voz de sus hijos,
por la acción de sus hombres de buena voluntad;
y ante el clamor unánime se enciende el entusiasmo
tocado de un solemne fulgor de eternidad...

EN el taller modesto, lleno de apariciones,
lleno de encarnaciones de la Divinidad,
el escultor se entrega dulcemente al trabajo.
Sus fervorosas manos, plenas de unción genial,
van tallando un madero, que, al ser cortado, llena
la estancia de un mirífico olor de santidad.
La inspiración descende de la altura en un rayo
de sol y su cabeza nimba de claridad,
mientras el alma ausente, transportada, sonríe
flotando en un lejano paraje espiritual...

Y ve el imaginero
que en una teoría de azul diafanidad,
bajo un supersticioso rumor de muchedumbres,
marchan en una lenta ruta procesional
las polícromas tallas que con amor labrara
su corazón de niño, todo idealidad.
Y las lágrimas fluyen de sus ojos serenos;
el taller se ha llenado de una luz celestial,
y resuenan campanas de iglesias, repicando
como en la dulce fiesta de la Natividad..
Y sus ingenuas vírgenes, y sus ángeles rubios,
y su Cristo enclavado, y su Pedro y su Juan,
dejan tras sí un sendero florido y luminoso:
el sendero de rosas de su inmortalidad...

¡El sueño milagroso del estatuario oscuro,
al cabo de cien años se hizo realidad!

¡Y tú, Ciudad Atlántica,
lírica y comercial!
Por tu patricio empeño,
por este rasgo lleno de seria dignidad,
por el cívico gesto renovador y limpio,
y este amor centenario, respetada serás.

Serás magnificada, pues tu prestigio guarda
para el Bueno el estímulo de una posteridad,
porque avara conservas la sacra levadura
del recuerdo, que es gracia; porque sabes juntar
los fundamentos prácticos con los espirituales,
y el cálculo económico con el vuelo ideal;
porque sabes ser rica, porque sabes ser justa:
¡porque guardas el culto de tus muertos, Ciudad!



N LA MUERTE DE
FERNANDO FORTÚN

6 DE MAYO DE 1914

ESPIRITU apacible,
fino mancebo de la faz hermosa,
¿a qué lugar sensible
se partió, milagrosa,
tu juventud, que era como una rosa?

Te esperaba a mi parte,
mi hogar estaba a tu llegada abierto;
cuando salí a encontrarte
hallé el sitio desierto:
¡te esperaba en la vida, y eras muerto!

A la ocasión terrible
en sombra funeral quedé anegado;
fué el fallo ineludible,
al ánimo azorado,
más doloroso por inesperado.

Vino el golpe tan recio,
que al abatirte a ti me dejó herido:
que en mi interior aprecio,
siendo tú el preferido,
mi gusto por el tuyo fué medido.

Fuiste en cada momento,
para mi sed, bebida confortante,
al pesar y al contento,
camarada constante,
tu ánima hallé dispuesta en todo instante.

Tu superior hombría
dió a mi amistad hospitalario abrigo:
¡feliz yo, que podía,
al platicar contigo,
llamarte, en toda su hermosura, Amigo!

¡No oír ya más tu verbo,
tu amada voz que cercenó el agravio
de algún hado protervo!
¡No escuchar más el sabio
don, sosegado y noble, de tu labio!

Cuando grave fluía
en la disertación de lo diverso;
o cuando florecía,
armonioso y terso,
al iniciarse en la oración de un verso...

Fueron reveladoras
éstas palabras tuyas que han quedado:
¡Ah, vivir muchas horas,
y dejar mi legado,
en mi vida y mis obras acabado!

Tu ambición fué cumplida:
perfecto fuiste en condición extrema;
que en nuestra pobre vida
ser bueno es el sistema,
y es la bondad la perfección suprema.

Esta virtud sagrada
dió a tu existencia dúctil maniobra,
y a la mente, adueñada
de espiritual zozobra,
paz, para la armonía de tu obra...

Era forzoso el viaje,
y el bajel negro del nocturno rito
alistó tu pasaje.
Ya, en estelar circuito,
tu alma desnuda huella el infinito.

¡Alma errante, alma etérea
ida a pacer en la celeste grama!
Tu claridad sidérea
fué abrasadora flama;
tu corazón quemóse en esa llama.

Era vaso precioso,
lleno de viva sangre hasta la orilla.
Mas ¡ay! que a su reboso
fué carcomida astilla,
débil substancia, la terrena arcilla.

Cristal inconsistente
para diáfanas cosas construído,
el frágil recipiente
por lo Fatal, herido,
se quebró derramando el contenido.

Fueron a su rotura
sujeción parca tus inertes brazos;
y ya sin la atadura
de los humanos lazos
disgregó, silencioso, sus pedazos.

Y el líquido, en hermosos
giros de clara luz, dió sus destellos;
y en los quebrados trozos,
cual indelebles sellos,
dejó una roja mancha en todos ellos...

Así en tu poesía:
cada momento tuyo enciende un voto;
dispersados un día,
al unirse en lo ignoto,
volverán a integrar el vaso roto.

Contendrá la segada
floración de tu vida meritoria,
y será, consagrada
lámpara a tu memoria:
urna votiva en que encerrar tu gloria

tranquila, sin honores
aclamatorios, ni aparatos vanos;
y, como guardadores,
los espíritus sanos
de unos pocos poetas, tus hermanos...

La gloria así es más bella,
así al olvido, ¡cuán mejor resiste!
Tú aprobarás, con la sonrisa aquella
que en el mundo tuviste,
y a un mismo tiempo, era cortés y triste...

Nosotros, aturdidos,
el equipaje vamos preparando,
y por Ella, dormidos,
hacia el oscuro bando,
uno tras otro iremos desfilando.

Emplazados nos tiene
y huír su encuentro es ilusión villana:
nadie su amor previene,
la juzgamos lejana,
y a nuestro lado está. Tal vez mañana...

Una cita tenemos
que es blanca luz en medio de mi espanto:
¡moriré y nos veremos!
No secará entre tanto
la vena dolorida de mi llanto...



OR LA MUERTE DE
UN EDUCADOR

DON DIEGO MESA DE LEÓN

SE ha dormido el maestro de la faz venerable,
divaga ya en la sombra su intelecto robusto;
al igual que su vida, su muerte fué admirable:
¡La muerte de este anciano fué la muerte del justo!

El Rector ha dejado su sitial: la longeva
figura cruza el aula de lo desconocido;
ha terminado el curso que nunca se renueva
y en pos de unas eternas vacaciones se ha ido...

El salón silencioso y el péndulo parado
la deserción pregonan del patronato egregio;
y hay como un misterioso pacto que ha unificado
el duelo de los hombres y el dolor del Colegio.

La vida de este recto varón de alma desnuda
al público renombre se hace merecedera,
pues, siendo activa y alta, se hizo apagada y muda
como aquel que provecho ni ditirambo espera...

En decidida lucha, sus nobles enseñanzas
tenían la raigambre de un encinar maduro,
y artífice de métodos y cultor de esperanzas
entregaba, creyente, su labor al futuro.

El saber luminoso y el odio a la ignorancia
hizo perenne pasto de sus meditaciones;
y dócil, en sus manos, la espiritual substancia,
modeló la conciencia de tres generaciones.

Predestinólo el hado desde el materno origen.
¡Ah, poderoso esfuerzo de voluntad humana!
Entre las grandes testas que nuestro aplauso rigen
es una hermosa cumbre esta cabeza cana...

Fundó sus pedagógicos deberes tutelares
en las seguras pautas de un amoroso altruismo,
y vió en las sucesivas figuras escolares
como una derivada sucesión de sí mismo.

Tal fué su vida, espejo de racional sosiego.
Para sus hombrecitos no tuvo nunca hiel,
y hacia él íbamos todos en infantil allego,
presintiendo una nueva paternidad en él.

¡Padre es quien nos transfunde la educadora gracia,
paternal es la mano que nos lleva a lo cierto.
Más allá de la tumba perdura su eficacia
y en nuestro ser hay algo del corazón del Muerto!

Con poder de vidente mis ojos han pasado
la cineraria losa que su sepulcro cierra:
¡Se ha dormido el Anciano con el tranquilo estado
del hombre que ha cumplido su misión en la tierra!

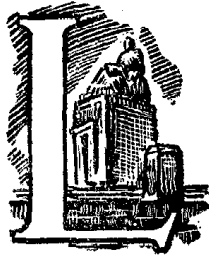


N EL TRÁNSITO DE BERNARDINO PONCE

ESTE excelente amigo que está ya tan lejano,
aunque ha tan breve espacio que se rindió a la muerte,
lamentará en su vida del más allá ultrahumano
la postrera ironía que le jugó la suerte.

Él, tan sutil y vario, guardaba cuidadoso,
en el rincón más íntimo de sus estimaciones,
un juvenil secreto rosado y armonioso,
que aguardaba el momento de las revelaciones.

Pero la inmensa niebla se adelantó en la ruta:
el verdecente prado trocó en abismo escueto,
y el alma, en el silencio, se cobijó impoluta
—irreparablemente— llevándose el secreto...



A OFRENDA EMOCIONADA

A DON BENITO PÉREZ GALDÓS

ESTE luchador insigne de la apostólica traza;
ayer el árbol más recio de cuantos nutrió la Raza
y hoy en su sillón hundido, tímido, infinito y pobre,
vedle arribar a las lindes de la vejez macilenta:
símbolo fiel de esta España en donde todo se cuenta
—Honor, Belleza y Dineros— todo, en monedas de cobre...

Él, que llevaba en su mente incalculables tesoros;
que vistió miles de ensueños con el valor de sus oros
y vertió en obras eternas su gran liberalidad...
Todos pasar le hemos visto por el urbano espectáculo,
la gruesa bufanda al cuello y el recio bastón por báculo,
encorvado bajo el noble peso de su ancianidad,

Peregrino de una Meca quimérica, el Pensamiento
desentrañaba sus pliegues como una orillama al viento
esclareciendo su siglo con su luminosidad;

y todos, también, leímos su alto pregón de batalla
que al nimbar la reciedumbre de su perfil de medalla
decía en exergo: *Arte, Naturaleza, Verdad...*

Su genio mezcló en un solo crisol las tres Unidades;
prestóle el Verbo el apoyo de todas sus facultades
y el Sueño, carbón ardiente, verificó la fusión.
El Arte daba la pauta con su instinto soberano;
la Naturaleza el vaho cálido, cordial y humano,
y era la Verdad la síntesis final de su religión...

Tras ella corrió afanoso desde sus años primeros;
su fe cruzó imperturbable los más distantes senderos,
y escudriñó en los hogares y se unió a la multitud;
y adondequiera que el sino guiaba su planta austera
iba prendida a su brazo, dulcísima compañera
toda vestida de blanco como un niño, la Virtud...

Al no topar en la ruta con la deidad perseguida,
dejó las cómodas sendas donde florece la vida
y descendió a los suburbios del humano muladar;
y entre el negror pestilente de tanta lacra saniosa
se vió la llama furtiva de su piedad religiosa
con la sagrada eminencia de una custodia brillar...

Cuerpos deformes e impuros, almas de infamia y desdoro:
¡todos los frutos podridos del árbol humano! a coro
con lenguas atormentadas dábanle su parabién;
y él, entre tantas lacerias, pasaba humilde y hermoso,
aplicando a las heridas vendas de amor generoso
y enderezando conciencias con la ortopedia del Bien...

Y un día creyó encontrarla en el dolor de su raza,
y puso de manifiesto su corazón en la plaza,
mas sus hermanos no oyeron o no supieron oír:
y es que nuestro pensamiento es actual y limitado
mientras la voz de los dioses o del Profeta Inspirado
desciende desde una nube y suena en el porvenir...

Y al fin sus ojos cegaron de mirar tanta impureza;
él, que juzgaba la vida como un raudal de belleza
inagotable, cerróse a todo halago ulterior
y se sumió, quebrantado por los golpes de la liza,
en esa actitud sedente que ya la piedra eterniza:
¡esperando que se cumpla la voluntad del Señor!

¡Oh, don Benito! Si el alma fuera lo bastante pura
para asumir el reposo de vuestra inmensa figura,
yo os la entregaría —débil y amilanado sostén—

porque os contara al oído, con infinita cautela,
—¡lazarillo emocionado cual la dolorosa Nela!—
las maravillas del mundo que ya esos ojos no ven.

Ella os pintara la vida como una flor sin mancha,
os dijera que del odio desapareció la semilla,
que al fin la Verdad Eterna ha puesto en fuga al dolor;
y mi acento fuera, entonces, impetuoso y exaltado,
porque llegar no pudiera, hasta el oído afinado
de qué manera, los hombres, van imponiendo el Amor...

Abuelo glorioso y santo, definidor de energía;
tan claro y tan melodioso que erais como el propio día
y hoy vais con la sombra auestas como una pesada cruz,
¡Dadme, ciegucecito bueno, dadme las manos piadosas
y ascienda mi alma a la eterna revelación de las cosas
por la rampa iluminada de vuestros ojos sin luz!



N EL «LINO DE LOS
SUEÑOS» DE ALONSO
QUESADA

HERMANO Rafael: Desde tu mente
cálida de esa luz del mediodía,
tu canto llega a mí sonoramente,
en un desbordamiento de armonía.

Viene de lejos, trae la hermosura
de mis cielos magníficos y claros,
y el rumor de ese mar que, azul, murmura
los salmos que a mi espíritu son caros...

Poeta apacentado en las maestras
lecciones de las brisas y las olas,
con un hondo querer de cosas nuestras
y líricas vejeces españolas.

De ingenio agudo y señoril gracejo;
de romántico hablar, en donde brilla
y suena —brillo y ritmo de oro viejo—
esta adorable lengua de Castilla...

Trompa de plata, música armoniosa
que las traillas métricas engalga;
ingenua voz leal, voz amorosa,
voz infantil, sentimental e hidalga...

¡Oh dolorida voz, la voz amada!
Cuando, nutrida de alta fortaleza,
con una mansa humillación honrada,
habló de la orfandad y la pobreza.

Y en la familia el pensamiento fijo,
cuerda mostróles el camino llano,
y en ti encontraron natural cobijo:
amigo y preceptor, padre y hermano.

Que al ver su ruta de inquietudes llena,
puro caudal de fuente generosa,
abrióse tu alma a la Piedad, serena,
como se abre en un búcaro una rosa...

Luego, el dolor más fuerte: despiadada,
la tortolice del futuro nido,
te dió a beber la copa acibarada
donde escanciaron Desamor y Olvido.

Mas, para alivio tuyo, quedó entero
—millonario desdén y bolsa escasa—
el gesto despectivo y altanero,
que no aplastó la ruina de tu casa...

Más tarde, la oficina. ¡Cuántas veces
tropezó tu mirada en rebeldía
con la mirada gris de esos ingleses
llenos de mercantil filosofía!

Y aquella exaltación de tus maneras
que recabara locos ideales,
se abatió, pesarosa, en las hileras,
sin emoción, de libros comerciales.

Pediste esfuerzo al pensamiento esquivo,
y dócil, la razón, a tu demanda,
con la resignación te dió el motivo
para ganar el pan como Dios manda.

Y al par que en los guarismos cotidianos
pensaste en las retóricas doctrinas:
así tienen tus versos castellanos,
sonoridad de libras esterlinas...

¿Y tu ejemplar pereza? Torcedura
que este sol africano fundamenta;
aunque tema tu réplica segura,
quiero que salga a general afrenta.

De flores tu interior pulcro vestiste,
y en una eterna espiritual sonata,
al pasivo ensoñar adormeciéste
la voluntad, a la labor ingrata.

Como esa vida fueron tus canciones:
desidia mora y arrogancia hispana,
con lujos de proyectos e ilusiones
y aquel fiarlo todo en el mañana.

Y aquel todo dejar para otro día,
derrochando en orgías tu tesoro,
y olvidando la gran sabiduría
del britano decir: «El tiempo es oro».

Presente ten, que el matinal reflejo
en cerrazón las vagas horas mudan.
(No tomes mis palabras por consejo,
que ni mi edad ni mi saber lo escudan).

Pero te digo: El Tiempo abre su mano,
y laborar debemos a la aurora,
que en la temprana siembra tiene el grano
una mayor virtud germinadora.

Y el tiempo nos azuza: toda huella
de ayer, debemos rebasar mañana:
cuando se llega a la soñada estrella
hay que partir hacia otra más lejana...

Hoy el agua del nuevo regadío
corre por tus sembrados satisfecha,
y dice ya tu campo en labrantío
lo que será la próxima cosecha:

cosecha de tu amor, donde revienta
la ópima fuerza del solar latino:
fecundidad de sol y de tormenta,
de carne, de dolor, de sangre y vino...

Ya el aromado fruto de tu empeño
cobra en su madurez plena sazón:
sobre la tierra fértil del ensueño
la simiente inmortal: el corazón...



N EL LIBRO DE LUIS DORESTE
«LAS MORADAS DE AMOR»

HACIA el recinto oloroso de esta heredad cultivada,
hacia estas nobles moradas de amor y serenidad,
emocionada se acerca y abre la puerta entornada
con la discreta confianza que da el uso, mi amistad.

El alma el umbral doméstico tranquilamente traspasa,
y vaga por las estancias como por su propia casa
sintiendo el antiguo afecto lozano reverdecer;
y tu alma sale al encuentro por darle la bienvenida
y se repite la escena, con su cordial acogida,
como cuando, de estudiantes, nos volvíamos a ver...

¿Cómo no amar tus Moradas,
si en ellas están habidas
tan bellas cosas pasadas,
por mi ingratitud borradas
y por tus finas memorias a corporeidad traídas?
Ellas, de nuestros consorcios el equilibrio mantienen:
bienhadadas, apacibles, para mi espíritu tienen

el imponderable aprecio de una audición familiar;
y al atacar de tu nota en la cuerda vibradora
oigo dentro de mi pecho cual una caja sonora,
con un unísono acorde, la misma cuerda vibrar...

Y vuelve el ayer guiado por inefable transporte:
para el ingenuo muchacho recién llegado a la Corte
tuviste amables frecuencias y orientaciones de amor.
Era el consejo excelente y era el consejero llano
y alentadora, tu mano
sobre mis hombros, tenía presión de hermano mayor.

Juntos hicimos entonces la vida universitaria.
Las guardias del internado en la sala hospitalaria,
entre dos filas de camas que ordenara la piedad;
por donde, calladamente, agitando una tisana,
iba alguna dulce hermana,
con sus engomadas tocas, sierva de la caridad.

De la tumultuosa calle los ecos sordos llegaban,
y nuestras almas amigas, nuestras dos almas, viandaban
lejos, en algún país quimérico y halagüeño;
y sobre tanta agonía

adormecedor ponía
su consolación calmante, como un cloral, el ensueño...

Y a lo largo de los claustros llenos de serio reposo,
por las clínicas austeras, con entusiasmo impetuoso
corrían nuestros lirismos... y sin poder domeñarlos:
aturdidas, soberanas,
sonaron prosas profanas
bajo las graves arcadas del hospital de San Carlos...

Y después, los comentarios al cotidiano pasaje,
y la charla bajo el techo común del limpio hospedaje,
y tus versos, que a los míos daban norma y claridad.
La vida al trasluz mirada de una pueril alegría
con el corazón radiante de «novena sinfonía»
y tu corazón, clepsidra de tu infinita bondad.

Todas tus horas rezuman por su fibra humedecida;
trémulas caen las gotas con uniforme medida,
y una tras otra, incontables, las miro yo descender;
y como siempre, sujetos a una igual acordadura,
vuelvo a sentir de improviso, desde una idéntica altura,
y a un mismo tiempo, las gotas, de mi corazón caer...

Y hoy, que delicado vivo, derramo la vista en torno.
Para estas dolencias mías ya sé el paraje mejor:
el trazo azul de tu rima limita el grato contorno,
y en tren de viaje, el Recuerdo, dispone el dulce retorno
a tus Moradas de Amor...



RINDIS EN LA GLO-
RIFICACIÓN DE UN
MATEMÁTICO

DON FERNANDO INGLOTT

BLANCA vejez de armiño immaculado,
serenidad de intelectual belleza,
conformidad perfecta con su estado,
nos dice este varón, que ha sublimado
la plata de la edad en su cabeza...

Hoy puede ya mirar plácidamente
la fecunda labor de sus antaños;
sereno el ancho campo de la frente
que no asurcó la reja de los años.
Sonrisa de bondad sobre la espuma,
toda nevada, de su barba asoma;
su invierno se perfuma
con un sutil, primaveral, aroma...

No os pido para él pompas triunfales
que tienen un fulgor perecedero;
para endulzar sus pasos temporales
toda la miel de vuestras almas quiero.

¡Espíritus cordiales:
yo os fío que tendrán más elocuencia
la ternura y el hábito filiales
para el que a falta de hijos corporales
miró en lo espiritual su descendencia!

Señor: he aquí, a tu lado,
rodeando tu asiento,
los dones que tu prédica ha allegado,
los sanos frutos de tu entendimiento.
Comparten como en bíblico dictado
discípulo y maestro el alimento...
¡Hálito peregrino
hoy reproduce la sagrada escena,
cual si la mano de Jesús divino
partiese el pan y el vino
en la santa concordia de esta Cena!

Toda una plantación armoniosa
que llegó a plenitud con tu cuidado:
y unos, tan niños, que aun su faz de rosa
el vello juvenil no ha sombreado,
otros que ostentan por su edad briosa,
largos bigotes y el mentón barbado;
cabellos grises que hacen galanura
de una segunda juventud estanca

y otros, en fin, que igualan la blancura
de sus melenas con la tuya, blanca,
están aquí para rendirte honores:
vástagos vencedores,
que la savia nutrió de tu doctrina,
forman un alto pedestal de amores
donde tu hermosa ancianidad culmina...

Es tu obra, Maestro; es tu legado.
¿Quién al volver su vista hacia el pasado
no siente su ternura removida?
¿Quién no mira su pecho emocionado?
¡Si tu nombre, señor, está marcado
con una piedra blanca en nuestra vida!

El aula oscura, el ámbito discreto;
aquella voz tranquila que explicaba
la ardua ecuación o el cálculo concreto
y aquel peculiarísimo respeto
que toda tu persona respiraba.
La norma progresiva
con la que tu palabra persuasiva
nos adentraba al templo iluminado,
mientras tu mano iba trazando activa
signos y cifras sobre el encerado.
Volcaba tu saber su cauce lleno

y marchabas directo al resultado
con el pulso sereno
de un filósofo heleno
que sabe que su ciencia es arca ignota
que más se llena cuanto más se agota.

Seguramente el alma divagaba
por riberas de paz sugeridoras
mientras en torno a tu actitud giraba
la ronda imperturbable de las horas;
sin ver que en tus jardines interiores
—poseído de extáticas quietudes—
iban sembrando pétalos de flores
las siete teológicas virtudes...

Que entre tu ciencia y Dios partiste afecto
todo el poder que en gracia te cupiera:
diste a los hombres pasto de intelecto
y a la Divinidad, el alma entera;
y de este modo tu sapiencia era
puro fervor de religioso mito,
como la luz de tu oración perfecta
era una línea recta
entre tu corazón y el Infinito...

Mas como tú querías
poseer la verdad que en ti moraba
y ver si tu existir se compulsaba
de acuerdo con tus propias teorías,
un día, entre los días,
pusiste mano al peregrino acto
y comenzaste el íntimo recuento,
prendido el pensamiento,
en la obsesión suprema de lo exacto:

y viste huir las horas encantadas,
absorto en tu problema,
con todas las potencias aplicadas
como a la solución de un teorema;
hasta que al fin tu exégesis segura
encontró este final revelador
que cual diamante vívido fulgura:
«¡Setenta años de existencia pura!»
Y el corolario: ¡Amor!



OR LA VISITA DE SALVADOR RUEDA
A NUESTRAS TIERRAS ATLÁNTICAS

¡NOBLE señor del plectro de oro y el verso todo florecido;
viajero ilustre que a una secta diste el aliento precursor:
a nuestras tierras encantadas de sol y mar, sé bienvenido!
¡Grande es, señor, el entusiasmo; pero más grande fué el honor!

Honor que todos te debemos por merecidos de tu alteza;
tú que supiste ¡oh buen caudillo! de nuestra raza, antemural
con la honradez de tus doctrinas, soldar en una sola pieza
un vasto ensueño de poeta y una virtud sacramental...

Llegas aquí cuando la tierra florece toda en armonía:
los viejos árboles se adornan con su uniforme juvenil
y en las recónditas urdimbres del arpa viva de la umbría
se fragua el eco rumoroso de los salterios del Abril.

El viento tiembla amedrentado sobre los trojes campesinos,
el agua clara entre las cañas teje su fabla musical,
todo el sendero está de rosas, todo el bosque está de trinos.
Y ayer, surgió la Primavera de la floresta de un rosal...

Gentil, parece para el acto de tu visita engalanada.
El viejo Horacio la amaría para ajustarla en su rabel;
entre sus manos resplandece, bajo la luz de su mirada,
una simbólica guirnalda de hojas de roble y de laurel.

Monologando entre las frondas pasaba el alma del Latino...
Y al sol cadente, en el alarde de su brocado vespéral,
se iban hundiendo los rebaños en las revueltas del camino
con la serena mansedumbre de una leyenda pastoral...

¡Qué gran cantar para tu lira! Ella, que ardiendo en altos bríos,
supo también de los dulzores el eucarístico fervor:
pues fué forjada a la ternura de una cantata de amoríos
que al redoblar de los martillos, iba cantando el forjador...

¡Qué gran visión para tu Musa, que al vendimiar el nuevo rito
surtió sus odres caudalosos en el hispánico tonel!
¡Oh musa tuya, musa tuya; siempre de cara al infinito,
cual la quimera que remata la aguda prora de un bajel!

Noble Señor: de su elocuencia muéstranos hoy el don superbo,
y ante el unánime concurso, como un estrépito orquestral,
con sus fastuosas sinfonías, desate al fin tu «Órgano-verbo»
la maravilla de sus flautas sobre el estruendo comercial.

Ante tu vista el gran Atlántico se extiende todo en campo abierto,
donde el sol rudo de estos climas vierte su roja irradiación:
el sol tonante que vió un día nacer hierático el desierto
de un gigantesco epitalamio entre la esfinge y el león...

En él te inspira; y cuando huídas sean las horas meridianas
y te cautive del cansancio la perezosa esclavitud;
duerme al efluvio que te brindan las claras noches africanas,
que ellas serán para el poeta como un venero de salud...

Y mientras velan las estrellas, bajo el amparo de su egida,
grave reposo halle tu cuerpo, que de la luna el puro ardor,
para inspirarte ensueños gratos vertió en su lámpara encendida
el óleo triple que engendraron la Paz, el Sueño y el Amor...

ENVÍO

·**E**STA es, Señor, la voz de todos que por mi boca se ha expresado!
¡Ahora, el amigo, te hace un ruego pleno de espíritu cordial:
¡Ven; en mi casa y en mi mesa lugar tenemos sosegado
donde gozar serenamente de la dulzura convivial!...



MANOLO GONZÁLEZ

FESTEJANDO SU REVÁLIDA

AMIGO ingeniero: fraternas razones
y afectos de siempre te van en mi esquila,
hoy que finalizan tus arduas lecciones
y das, diplomado, tu adiós a la Escuela.

¡Hagamos memoria: los gratos extremos
del pasado, encarnen su antigua apariencia!
¡Volvamos los ojos a ayer, evoquemos
las rosadas horas de la adolescencia!

Cuando el alma joven y el ingenio vivo
planeaban juntos su vuelo primero,
e iban tus miradas de hombre reflexivo
sondando el enigma de lo venidero.

Absorto mirabas cómo a un participio
de portentos daban luminosidad
los Números: gérmenes de todo principio,
claros e inmutables como la verdad.

Ellos te auguraban futuros poderes
de insólitas fuerzas, de huestes gregarias;
decían la sólida voz de los talleres
y el vital estruendo de las maquinarias.

Las causas creaban seguros efectos,
el triunfo ofrendaba cercanas preseas;
en tanto ajustaba la mente proyectos
en un engranaje continuo de ideas.

Y tú, que tenías el temple tan fino,
viste, con serena ciencia de analista,
que era el desempeño de tu alto destino
menester de sabio y opinión de artista.

La norma aritmética, tan fija, tan varia,
y estos artificios de maga destreza,
bajo su apariencia tan utilitaria,
esconden un puro canon de belleza...

¡Son bellas las máquinas, son inteligentes!
Unas, trepidantes, de enorme osadía;
otras, delicadas, finas, sonrientes;
todas, admirable fuente de energía...

La fórmula exacta que el cálculo trajo
en los materiales imprimió sus huellas;
el juego dinámico combinó el trabajo
y encarnó el ensueño teórico en ellas.

Y enseñan que toda quimera probable,
al tiempo que fluye se torna lograda
si extiende el estudio su campo admirable
y sobre él afianza, la labor, su azada...

Así, tú, nutrido de procedimientos,
dueño de una sabia percepción moderna,
fuieste introduciendo perfeccionamientos
en tu originaria mecánica interna.

Al salto opusiste la cuerda medida;
al impulso loco, sería contramarcha;
y obediente, entonces, adquirió tu vida
el ritmo perfecto de un motor en marcha...

ENVÍO

SEÑOR Licenciado: no ignora el discreto
los justos valores que animan en él.
La verdad es una, y tú en el secreto...
¡Salud y dineros, amigo Manuel!



NÉSTOR

EPÍSTOLA

BUEN amigo: ya el plectro acordado
suenan al grato calor de la holganza,
y contentos, por darte recado,
a ese viejo Madrid tan amado,
van mis versos en son de alabanza.

Es la siesta y es junio: conquista
la pereza hizo en mí con su lazo;
yo pensaba en tu triunfo de artista
cuando el sueño, anublando mi vista,
dióme cuna en su muelle regazo.

Y soñé: complicadas quimeras
inundaron de luz mi memoria;
vi una isla con vastas praderas.
Como el noble mentor Néstor, eras
el señor de esta tierra ilusoria.

No es la Pylos del clásico amada
que exaltaron viriles rabeles;
la que sólo de arenas sembrada,
con la crin a Hiperión desatada,
frecuentaban veloces corceles.

Todo el filtro del sueño ha cambiado:
ríe el agua en las bravas campiñas,
y se ve en el sarmiento granado
el racimo del fruto sagrado
que cuajaron las áticas viñas.

El ambiente de aromas llenaron
los frutales de pulpas bermejas;
plenitud las espigas lograron,
y el hipómano ardor acallaron,
con su manso rumor, las abejas.

Y es, al sol, una fiesta de olores
que presiden las brisas súaves:
los boscajes colgados de flores,
y en las ramas de frescos verdores
alborozo de músicas aves.

Hay un bello palacio; su hechura
el azul de los cielos explora
—maravilla de la Arquitectura—
el frontón de perfecta finura,
profusión estatuaria decora.

El alcázar rodea eminente
columnata de ónix bruñido
cual la adarga de Palas luciente;
y en el pórtico tú, negligente,
como en tu «Epitalamio» vestido.

A lo lejos, el mar en sosiego
de infinito y azul embriagado;
semejando el rumor de su juego
el respiro de un cíclope ciego
por la mano de Zeus castigado.

¡Noble mar de las gracias helenas
celebrado de heroicas acciones!
¡Viejo mar, cuyas ondas serenas
sonrosaron de amor las sirenas
y aclamaron los roncós tritones!

Sobre la ancha planicie ilusoria,
navegando magnífica y grave
—tan alada como la Victoria—
su enarcado aparejo de gloria
da a la racha una olímpica nave.

Canta el viento en las lonas latinas
—se diría una garza que vucla—
y tras ella, en tropel, las divinas,
las desnudas nereidas marinas,
se entrelazan danzando en la estela.

Se creyera montaña de bruma
que Tifón impetuoso arrebatara;
mas, de pronto, su vuelo se abruma
al hundirse en un salto de espuma
las unísonas anclas de plata.

Cruje armónico el casco sonoro.
El gran Sol apolónico loa
el milagro, con dardos de oro.
La quimérica testa de un toro
abre su cornamenta en la proa.

Una barca al costado; severos,
tres viajeros ocúpanla mudos;
caen los remos de un golpe, certeros:
doce negros, los doce remeros,
con los torsos potentes desnudos.

Con la borda inclinada, graciosa,
el zafir de las aguas cercena,
y al llegar a la playa, orgullosa,
con tremante embeñida amorosa,
clava su tajamar en la arena.

Toman tierra los tres pasajeros;
sus alzadas figuras violentas
se comportan con rostros severos.
Helios, niño, duplica sus fueros
en la pompa de sus vestimentas.

Por enorme equipaje abatidas
las bronceas espaldas gigantes,
en pos marchan los fieros numidas:
tienen sus complexiones fornidas
actitud fatigosa de atlantes.

Se aproximan; su astral refulgencia
les envuelve en constante reflejo;
y al llegar a tu ilustre presencia,
previo el acto de una reverencia,
se detiene el extraño cortejo.

A una seña, las manos pecheras
dan a tierra sus fuertes caudales:
sendos fardos de argénteas hileras,
y amplios cofres de raras maderas,
con herrajes de finos metales...

Se adelanta el más viejo. Es hermoso
en su gran senectud dilatada,
y la barba longeva, en reposo,
recorriéndole el cuerpo anguloso,
va a rozar su babuŕa encarnada.

«—Sé que amas —te digo— la orgía
»de las telas de gama esplendente:
»yo te traigo en mi mercadería
»la más rica fantasmagoría
»que tramaron telares de Oriente.

»Yo te ofrezco las magas labores
»que, al arrullo de las lanzaderas,
»embruaron de ardientes colores
»la destreza de mis tejedores
»y el ensueño de mis hilanderas.»

Y su mano estelada de anillos
desplegó ante tus ávidos ojos,
detonantes de fúlgidos brillos,
una loca irrupción de amarillos,
y de azules, y verdes, y rojos.

Todo un haz fibrilar complicado
que en randajes diversos se enreda;
y es ficción, en el tul encantado,
majestad, en el áureo brocado,
y sensual afrodisia, en la seda.

Todo un nimbo feliz de aureolas
que entramados polícromos junta;
y ya finge gigantes corolas
o imitando pavónicas colas
en simétricos temas se ayunta.

Y uno es lleno de grifos simbólicos;
otro pinta una escena beduina;
y hacia un templo de laca, hiperbólicos,
dan su vuelo los ibis mongólicos
en un viejo retal de la China...

El segundo, a decir su embajada
se dispone con gesto sereno:
babilónica barba trenzada,
con prolijo primor anudada,
estiliza su rostro moreno.

En sus ojos hay flechas de hechizo,
bajo el arco en tensión de las cejas,
y a los lados del cuello roblizo,
dos argollas de cobre macizo
le perforan entrambas orejas.

Y te habló: «—Soy asirio joyero
»que en profundas cavernas rocosas,
»a la voz de un conjuro hechicero,
»vi brotar en flagrante hervidero
»todo un Tigris de piedras preciosas

»Porque entiendes la altiva leyenda
»que relatan las limpias facetas,
»yo te doy mi tesoro en ofrenda.»
Y a tus plantas volcó la estupenda
variedad de sus arcas repletas:

Llamearon su ardor planetario
los berilos de agudas aristas;
y encendieron su fiel lampadario
los topacios de sueño lunar
sobre el golfo de las amatistas.

Blancas perlas de lácteos celajes,
esmeraldas de verde tan fino
y ópalos de tan puros agujajes,
como nunca los viera en sus viajes
el viajero Simbad el Marino.

Y la luz en radiante fracaso
rutilaba de vivas centellas
la efusión lapidaria, a su paso,
cual si Orión desplegara al ocaso
su infinita falange de estrellas...

El tercero su turno apresura
por donarte su propio presente:
juvenil es su bella figura,
y han un algo de ambigua hermosura
los encantos del adolescente.

Bien pudiera su gracia raptora
figurar, con iguales preseas;
como ninfa en el rango de Aurora
o guiando con pierna opresora,
un caballo, en las panateneas.

Viste un sayo de líbica hechura
que circuye una greca morada
y en el pecho de armónica anchura,
engastada en antigua montura,
fulge una cornalina ovalada.

Ya su boca la plática inicia
como son de lirado cordaje;
y la tarde, al encanto propicia,
va prendiendo la alada caricia
—una flor cada voz— al paisaje:

«—Disfrazar la verdad con mentira
»es ardid de prudente guerrero.
»¡Mi señor! Ya mi pecho suspira,
»y a más dulces victorias aspira
»puesto en su natural verdadero:

»Soy mujer... Y en mi cuerpo ingozado
»una flor estelar se cultiva
»y florece en misterio sagrado,
»como un rayo de sol perfumado
»contenido en un ánfora viva...

»¡Soy mujer!» Y sus manos radiosas
desciñeron su veste ambarina
y ofreció a tus miradas ansiosas,
como un albo milagro de rosas,
su total perfección femenina.

Concepción prodigiosa de estilo,
redujera a las Gracias a alumnas
de su enorme reposo tranquilo:
¡toda blanca sobre el peristilo
entre dos elevadas columnas!

Y con voz que es sutil melodía:
«—Ya lo ves, nada tengo que darte,
»mas te traigo en carnal ambrosía
»la razón de suprema armonía
»que hará eterno el valor de tu arte:

»Soberana de oculto sentido,
»en arreo nupcial comparezco;
»y desnuda de todo vestido
»al ensueño por ti preferido,
»como en un holocausto, me ofrezco.

»Vestirás mi figura, primero,
»con las telas de más fantasías,
»y después con solícito esmero,
»enjoyándome irás por entero
»con el fuego de esas pedrerías.

»Harán fondo jardines risueños,
»que arderás de florales matices;
»y hundirás en blandores sedenos
»la quimera de mis pies pequeños
»con tus más asombrosos tapices.

»Por remate del regio tocado,
»prenderás un diamante de hoguera
»a un rajá fabuloso robado;
»que será como un astro orbitado
»en la noche de mi cabellera...

»Yo, a mi vez, te daré el universo
»de mi amor, que es prisión y alegría:
»do hallarás, apacible o perverso,
»cada día un motivo diverso
»y una nueva emoción cada día.

»Y en los vagos momentos ociosos,
»cuando el tedio tu halago disfruta,
»yo hurtaré los diablejos celosos,
»con mis labios que tienen gustosos
»el color y el sabor de una fruta...»

Su voz calla. Y velando sus formas,
se reviste con grave nobleza,
mientras vierte el misterio sus normas
y hay un himno que elevan las Formas
en honor de la madre Belleza...

Quiere ver, mas no ve la mirada;
yerra el alma por sendas brumosas.
La virtual expresión increada
va envolviendo en su gasa dorada
la celeste inquietud de las cosas.

Huye el sueño... El solar mediodía
reverbera el añil de su fiesta;
y al abrir mis pupilas al día
se ha evadido la extraña teoría
en el oro estival de la siesta...

POEMAS DE LA
CIUDAD COMERCIAL

A
SAULO TORÓN



CANTO A LA CIUDAD COMERCIAL

EN pleno Oceano,
sobre el arrecife de coral cambiante
que el mito de Atlante
nutriera de símbolos y de antigüedad;
donde el sol erige su solio pagano
y Céfiro cuenta,
perenne, la hazaña de Alcides, se asienta
la ciudad que hoy canto: ¡mi clara ciudad!

Sobre la ensenada
que extensa culmina,
su coloreada
comba de basalto tiende la colina.
A su abrigo hicieron cavar, previsores,
sus hondos cimientos los progenitores,
y en una alborada de luz matinal
perfiló la urbe su limpio diseño
al surgir del llano solar ribereño,
siguiendo la blanda curva litoral...

Reciente está el día
del prodigio: hería
Helios tus fronteras con rayos paternos,
cuando en armonía
pactaron tu sino los dioses eternos.
Y como rehenes
de propincuos bienes,
rindieron concordes ante tus destinos
Apis, vigoroso, su frontal armado;
Demeter, su arado,
y el timón y el ancla, los genios marinos.
Miraban tus hijos los emblemas ciertos;
abiertas las almas tenaces, abiertos
los sentidos todos al feliz augurio,
cuando, milagroso, confirmó el momento,
azotando el viento
con sus voladoras talaes, Mercurio...

¡Era tu epinicio!
El áureo solsticio
de junio en su máxima cumbre fulminaba,
y el coro de islas yacentes soñaba.
Era el horizonte todo lejanía
bajo la efusiva radiación solar;
quemaban tus torres y tus miradores
y a tus pies rendía,
vibrando de amores,

la oblación ardiente de su aflujo, el mar...

Es la Plaza, el triunfo, la contienda diaria!
Es la puesta en marcha de esta maquinaria
de ruedas audaces y ejes avizores,
que el cálculo impulsa y el oro gobierna.
¡Cólquida moderna
de los agiotistas y especuladores!

Es la Plaza. Gente,
que detrás del medro corre diligente
y a tu seno el brillo de tu bolsa atrajo;
mas este tumulto que afluye y rebosa
no es el que despierta concurrencia ociosa,
sino el combativo rumor del trabajo.
Es trajín, premura,
ideal de letras, números y cuentas;
es la oportunista labor que asegura
el lucro: locura
de compras y ventas...
Son tus anchas calles y tus malecones,
en los que se agolpa y hace transacciones
esa atareada muchedumbre varia;
por donde, atestados de feraces dones,

carromatos tardos y ágiles camiones
transportan al puerto tu riqueza agraria:
¡Plátanos, tomates, naranjas! Tributos
de tu ardiente clima, caro al extranjero.
Ágapes mundiales revierten tus frutos
en inagotable raudal de dinero.
Por el gran camino que tu costa envuelve
se van a europeos, lejanos confines:
¡el mar se los lleva y el mar te los vuelve
trocados en libras, marcos o florines!

SUCINTA es tu historia:
—Todo en vanagloria
de tu puerto, entonces puerto natural—
Un barco que arriba con una avería
y halla en la bahía
refugio seguro contra el temporal.
Después, tu incremento;
un inusitado desenvolvimiento,
un infatigable sueño de grandeza
y el advenimiento
de esa soberana que llaman Riqueza.
Y a su sombra, el auge; con sus mercaderías
cauciones que afianzan el negocio osado;
casas armadoras y consignatarias

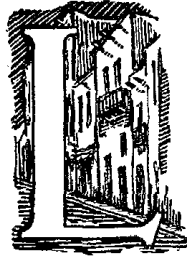
y la progresiva mina del Mercado
por el poderoso Capital creado...

Hoy, el apogeo.
¡Nunca en sus delirios concibió el deseo
esta tu opulenta, sagital, carrera
que al más ambicioso cálculo supera!
Tráfago, fragores,
ruido de motores;
hélices que mueven gigantes aletas
y rodar de carros y de vagonetas.
Palacios flotantes que llegan directos
cargados de efectos
o en busca de víveres, aguada y carbón;
que en las oceánicas derrotas situada
fuište recalada,
escala obligada,
de las grandes líneas de navegación...

¿Mañana? ¡Mañana!...
En tu meridiana
brilla el caduceo del dios tutelar...
¡Él dijo tus vastos destinos futuros;
lo oyeron tus muelles de sólidos muros,
que son como abiertos caminos al mar!

¡SOLAR populoso!
Sobre tu industrioso
fervor de fecundos faustos materiales
se informa mi cántico.
Ciudad de los nuevos ritos comerciales,
abierta a los cuatro puntos cardinales...
¡Sobre el Mar Atlántico!

LA CIUDAD Y EL PUERTO



À CALLE DE TRIANA

A DOMINGO DORESTE

LA calle de Triana en la copiosa
visión de su esplendor continental:
ancha, moderna, rica y laboriosa;
arteria aorta de la capital...

La calle del comercio, donde ofrece
el cálculo sus glorias oportunas;
donde el azar del agio se ennoblece
y se hacen y deshacen las fortunas.

Donde el urbano estrépito domina
y se traduce en industrioso ardor;
donde corre sin tasa la esterlina
y es el *english spoken*, de rigor.

El sol del archipiélago dorando
los rótulos en lenguas extranjeras,
y los toldos de lona proyectando
sombra amigable sobre las aceras.

Y por ellas profusos peatones
de vestes y semblante abigarrados;
y, cual derivación, en los balcones,
los pabellones de los consulados.

Todo aquí es extranjero: las celosas
gentes que van tras el negocio cuerdo;
las tiendas de los indios, prodigiosas,
y el *Bank of British*, de especial recuerdo...

Extranjero es el tráfico en la vía,
la flota, los talleres y la banca,
y la *miss*, que, al descenso del tranvía,
enseña la estirada media blanca...

Todo aquí es presuroso, todo es vida;
y, ebria de potestad, en la refriega,
la ciudad, cual bacante enardecida,
al desenfreno comercial se entrega...

Y al alma, que es, al fin, mansa y discreta,
tanta celeridad le da quebranto...
y sueña con el barrio de Vegueta,
lleno de hispano-colonial encanto...

Grand Canary... La gente ya comprende;
y, bajo un cielo azul y nacional,
John Bull, vestido de bazar, extiende
su colonización extraoficial...



STAMPA DE LA CIUDAD PRIMITIVA

A PEPE HURTADO DE MENDOZA

UN sol isleño vierte su claridad temprana
sobre la nebulosa madrugada otoñal.
Envuelta en la silente quietud de la mañana
despierta poco a poco la vida comercial.

Los primeros rumores de la jornal faena
difunden en la bruma su vuelo mercantil
y el agudo silbato de una fábrica, llena
la ciudad con el júbilo de su clamor fabril.

En la serenidad de las calles desiertas
los almacenes abren sus metálicas puertas
que al correrse rechinan con estridente son;

y súbito, en sus rieles de acero encarrilado,
pasa un tren humeante, negro y destartalado,
dejando en el ambiente su vaho de carbón.

1909



TIENDECITAS DE TURCOS

A CLAUDIO DE LA TORRE

BAZARES de la calle de Triana
que aportáis en un vuelo transparente,
a la febril exaltación urbana
las muelles laxitudes del Oriente.

Tiendecitas de turcos: el vedado
enigma, a ojos extraños encubierto,
por los hijos del Líbano sagrado
a nuestro asombro occidental abierto...

Mediodía: las puertas entornadas
en una perezosa oscuridad.
Fuera, el sol; avalancha desatada
sobre la actividad de la ciudad.

Y en medio de las calles febricientes,
estas tiendas de raras mercancías...
¡Tiendecitas de Turcos! Complacientes
para las más plurales fantasías...

Que ocultan en doradas soñaciones
toda una vida multiforme y quieta;
y un desfile de exóticas visiones
para mis entusiasmos de poeta:

cofrecillos de sándalo labrados,
para guardar espléndidos tesoros,
y junto a los jarrones repujados
damasquinados de puñales moros;

porcelanas de brillos irreales,
sedas en fastuosa algarabía,
recamados tapices orientales
y luminarias de bisutería...

Al braserillo brujo de los sueños
echa el alma sus gomas regaladas
y ve brotar al pronto los ensueños
que narran las leyendas perfumadas;

y evoca el soñador que en una hora,
cernida de celeste claridad,
trajo un bello navío de Bassora
todas las maravillas de Bagdad...

Bazares de la calle de Triana...
¡Valor alucinante de otra tierra!
¡Toda una ardiente historia musulmana,
de opio y amor, vuestro mutismo encierra!

Y como centro de este raro encaje,
un hombre que nos mira indiferente:
en la muñeca el bárbaro tatuaje
y el gorro griego en la incurvada frente.

¡Vendedores de rostros apostólicos,
que llevan en la boca una oración
y en los rasgados ojos melancólicos
una mirada de resignación!

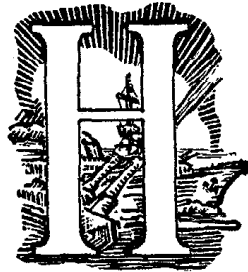
Ojos que han visto en épocas lejanas,
cargadas con los frutos del harén,
pasar las dromedarias caravanas
por los caminos de Jerusalén;

o atravesando el arenal sonoro,
vieron un día aparecer al fin,
El Cairo con sus cúpulas de oro
y los fragantes pinos de Efraín!

Hoy, alejados de la costa cara,
sus almas van, en misterioso acuerdo,
tendiendo sobre el mar que los separa
la puente milagrosa del recuerdo...

Todo, mientras se aduermen poco a poco,
y la memoria pinta en el sentido
la esclava de ojos negros, que en el zoco
vieran a un mercader desconocido...

¡Bazares de la calle de Triana!
Alma oriental que en Occidente habita:
¡Todo un fantasmagórico nirvana
en medio del vivir cosmopolita!...



A LLEGADO UNA ESCUADRA

A ELADIO MORENO DURÁN

HA llegado una escuadra: anochecido
buscó refugio al Sur de la Bocana
y a la ciudad entera ha sorprendido,
surta en el antepuerto, esta mañana.

Seis unidades de combate forman
la división, y sus guerreras trazas
sobre el ambiente mate se uniforman
con el esmalte gris de sus corazas.

Por toda la ciudad ha trascendido
la noticia, y el ánimo despierto,
por toda la ciudad se vió invadido,
en un afán de novedad, el puerto.

¡Helos allí! Con sus recién pintadas
carenas y sus fúlgidos metales,
torreados de cofas artilladas:
graves de orgullo y de vigor navales.

Y acusan sus severas proporciones,
en son de paz, una agresión latente...
Desde las explanadas y espigones
los curiosean, a su sabor, la gente...

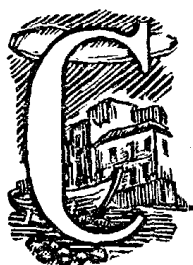
Más lejos, los de tipo acorazado;
ya en bahía, las fuerzas de crucero;
y junto al farallón, pulimentado
como un juguete lindo, un torpedero...

Brega por las cubiertas e imbornales,
en fajina, la tropa marinera;
y pasan los imberbes oficiales
con los gemelos a la bandolera.

Y pasma la premura diligente
con que ejecuta el atinado coro
las órdenes que mandan desde el puente
los comandantes de silbato de oro.

Todo está listo. Cesa el ajetreo.
Los artilleros guardan avizores.
¡Todo es prestigio, precisión y asco,
bajo los emblemáticos colores!

Y en tanto que las nubes se serenan
y la mañana perezosa avanza,
a intervalos iguales, lentos, truenan
los veintiún cañonazos de ordenanza...



ALLE DE LA MARINA

A ANTONIO A. RAMOS

CALLE de la Marina, en la tristura
neblinosa de la noche invernal.
Pobre y sin luz, medrosamente oscura,
en la desolación del arrabal.

Calle de horror. Impune encubridora
para todo lo infame o subreptico,
por donde la miseria es corredora
y se amanceba el crimen con el vicio.

Tascas, burdeles; casas que previenen
con su aspecto soez. Toda la incuria
de los puertos de mar, en lo que tienen
de pendencia, de robo y de lujuria...

De vez en vez, de una ventana estrecha
sale algún juramento destemplado,
o alguna copla obscena que nos echa
su vaho de aguardiente y de pecado.

Y se ven desfilar torvas figuras,
con trazas de asesinos y ladrones,
que esquivan sus innobles cataduras
pegadas a los sucios paredones;

y nos miran con odio o menosprecio;
mientras nos brindan un carnal banquete,
vendedoras de amor a ínfimo precio,
enfermas, bajo el vivo colorete...

La contingencia de un fortuito acaso
nos va invadiendo con espasmos ledos,
y nos acucia a aligerar el paso
el latir azuzante de los miedos.

Arrepentidos ya de nuestra andanza
ve la ilusión que espantos imagina,
tras de cada portal una asechanza
y un «la vida o la bolsa» en cada esquina.

Y hacia un oscuro callejón siniestro
se va la planta con terror llevada,
cual si nos arrastrara a pesar nuestro
la fatal atracción de una emboscada.

Donde, tal vez, por cosas de dinero,
tras el brutal ardor de una disputa,
enterró su cuchillo un marinero
en la garganta de una prostituta...



L BARRIO DE VEGUETA

A MARÍA HIDALGO

ESTE barrio tranquilo, tan diferente en todo al barrio del Comercio, es plácido y riante; junto al mar azul tiene un pintoresco modo igual que el de esas claras villas del Continente.

Fundación primitiva del genio aventurero,
brilló en pasados tiempos con propios esplendores,
y tuvo un lema, entonces, orgulloso y guerrero:
«La Ciudad del Real», de los descubridores.

La fábrica reciente de los ruidos modernos
le merma, poco a poco, su antiguo poderío.
—Entre ambas hay un seco cauce, que en los inviernos
tiene sus moderadas ilusiones de río.—

Frente a frente emplazadas las vastas construcciones;
las dos barriadas tienen hechuras diferentes;
cada cual un aspecto: tal dos embarcaciones
de países distintos unidas por sus puentes.

Esta es la paz callada; a su dormida ausencia
no llegan los rumores roncós de la urbe en celo;
junto a las torres del Seminario y la Audiencia
mejor parece el aire y es más azul el cielo...

Yo prefiero estas calles serias y luminosas
que tienen un indígena sabor de cosa muerta;
donde el paso que hiere las roídas baldosas,
el eco de otros pasos, legendarios, despierta...

Yo prefiero estas plazas, al duro sol tendidas,
que aclamaron un día los fastos insulares;
donde hay viejas iglesias de campanas dormidas,
y hay bancos de granito, y hay fuentes populares...

Y queda el pensamiento dulcemente cautivo,
si ante nosotros abre su portada risueña
alguna de esas casas, que es como un resto vivo
de aquella arquitectura genuinamente isleña.

¡Oh, la casa canaria, manantial de emociones!
Irregularidad de las anchas ventanas,
con dinteles que arañan devotas inscripciones
y pintadas de verde, las moriscas persianas...

Llena está su fachada de un superior reposo,
y bajo la cornisa que festona la hiedra,
el corredor volado del balcón anchuroso
con retorcidos fustes y gárgolas de piedra...

—Se alborozaba el espíritu ante un zaguán desierto;
de las plantas del patio viene un vaho fragante;
un descuido ha dejado el portón entreabierto,
como una insinuación a pasar adelante.—

Dentro será más bella: habrá tiestos floridos
y, soto las arcadas, colgantes jardineras;
habrá fuertes pilares de tea, renegridos,
sostén de las crujiás y amor de enredaderas.

Y en el sombroso fondo del oscuro pasillo,
una clásica «pila» con su loza chinesca,
con la destiladera llena de culantrillo
y el bernegal de barro rebosando agua fresca...

¡Ah, la mansión pacífica de los antecesores!
Tienes luz de familia, tienes paz de santuario;
claramente embebida de cosas interiores:
¡para soñar o amar, albergue extraordinario!

Pronto será un recuerdo tu gracia peregrina;
demolerán las horas tan singular semblante...
¡Hoy mismo eres hallazgo: al doblar de una esquina,
feliz e inusitada sorpresa del viandante.

Todo un ensueño vago de ternura y conseja
contigo dulce muere, mientras al mediodía
el reloj de Santa Ana sobre tus techos deja
una parsimoniosa lentitud de elegía...

Mas, a pesar de todo, ¡oh mi Vegueta!, tienes
tu peculiar ambiente de gracia provinciana,
opuesta al desarrollo novador y a los bienes
que trajo el incremento material de Triana.

Ella se extiende y triunfa; tú meditas conforme,
y en un fulgor de Estirpe se enciende tu aureola
cuando serena muestras, frente al piélago enorme
tu sello, trasmarino, de ciudad española...

ENVÍO



LEONOR

PARA ti, compañera sonriente,
que hiciste de la vida una ilusión,
y al amor te entregaste, consecuente;
toda recogimiento y emoción...

Para ti es este libro, en que he vaciado
mi sensibilidad y mi destreza;
y va como un garzón enamorado
a arrodillarse ante tu gentileza...

Y a darte gracias y a pedirte gracia,
y a ponerse al amparo de tu egida:
sabe tu protección y tu eficacia,
y que a tu voluntad debe la vida...

Tú impusiste el trabajo, y con fe sana,
por ver de estimular mis energías,
una promesa dulce y cotidiana,
para el final de la jornada, hacías...

El duende halagador de mi pereza,
por artes de tu amor, huyó vencido:
¡Mujer, para quien fuera la Belleza
un hijo más, en el hogar nacido!

Y tan amado como los carnales,
porque era carne nuestra, en cierto modo:
tú aportaste los rasgos esenciales,
y yo en la rima les busqué acomodo...

Y, al darle mi artificio y tu talante,
transparentaba, sin pensar, tu huella:
la ordenación de tu sonrisa amante
se abrió en mi corazón como una estrella...

¡Compañera ideal, amiga clara!
Todo mi ser tornóse transparencia
desde el momento aquel en que se hallara
mi edad de oro con tu adolescencia...

Sea, en memoria, el día señalado,
y hacia nosotros venga diligente;
más nuestro, cada vez, y alquitarado,
y, a cada aniversario, más reciente...

Y el verso mío, de vileza ajeno,
abra todas sus galas en tu honor;
y que perdure, clásico y sereno,
como tu nombre y tu virtud, Leonor...

LAS ROSAS DE HÉRCULES

LIBRO TERCERO

A
TOMÁS,
GRACILIANO, ANA MARÍA
Y MANUEL MORALES
ESTE LIBRO TERCERO,
ÚLTIMO,
DE LAS ROSAS DE HÉRCULES
DEDICO

**LAS ROSAS
DE HERCULES**



TOMÁS MORALES

*A*POLO te conserve la fuerza y el reposo,
nieto de labradores, que en tus estrofas juntas
el pulso del yuguero y el ritmo poderoso
con que en el campo avanzan las sosegadas yuntas.

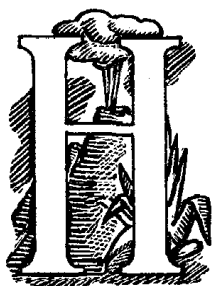
*Por ti surgiendo van, en amplios medallones,
los viejos campesinos de continente austero
y trajes que dejaban holgar los corazones
tejidos toscamente en el telar casero.*

*Allá, entre sus montañas, cumplieron su destino;
profunda fué su huella y corto su camino...
Tu pluma los evoca junto a la fuente clara*

*con que regar solían en lo alto de la sierra,
y, atávica, tu mano, en vez de escribir, ara...
Trazando sus figuras sobre la misma Tierra...*

DOMINGO RIVERO

HIMNO AL VOLCÁN



IMNO AL VOLCÁN

A CARLOS CRUZ

¡PICO de Tenerife! Titán medieval de azul loriga
que en Occidente eriges la dictadura de tu reinado,
y anuncias a los nautas aventureros la playa amiga:
¡Atalaya eminente del Archipiélago Afortunado!

De un sumergido imperio tú la más alta cumbre cimera;
hacia el Olimpo sacro dabas la comba de tu heroísmo
cual un menhir miliario que dominando la cordillera,
plantaran los gigantes en la inminencia del cataclismo.

Bajo las quietas ondas, atarecido, cientos de edades,
soñabas con los puros, cálidos, rayos de Helios vehemente,
y al emerger otrora, sellando un pacto de eternidades,
habías por raigambre la maravilla de un continente.

Desde frontera costa te ve el poeta cual si, liberto,
de dejar acabaras la transparente prisión pontina:
húmedos aún los flancos y el anchuroso cráter cubierto,
tan blanco que parece que aún está lleno de sal marina.

Ve tú imponente mole que es hipogeo, periplo y ara;
y los tajantes bloques de tus pilares, firmes y enhiestos,
protección de la sima que en tus inmersos fondos labrara
para mansión de Pluto, la propia mano del dios Hefestos...

Tú guardas el secreto de insignes fábulas y tradiciones;
aplicando el oído sobre tu costra circunvalante,
aún se escucha el gemido de las sepultas generaciones
y el resuello angustioso del devorado pulmón de Atlante.

Las brumas acarician tu inaccesible frente nivosa,
la lava de tus hombros cuenta a los siglos tus efemérides;
y a flor de mar, curvando las morbideces de carne rosa
—dóridas del Atlántico— de amor palpitan las siete Hespérides.

El femenino embate de sus alientos tu alma esclaviza,
y al cuido vigilante de tu enigmático perfil corpóreo,
los marinos rebaños de vellón blanco que Bóreas riza,
triscadores, rebasan el ondulante confín ecuóreo.

Tú presenciaste el triunfo de las antiguas divinidades:
la posesión de Europa por la cornuda bestia bovina
y la asunción radiosa que llenó el orbe de claridades,
al brotar de las olas, como una perla, Venus divina...

Y un día que al ensueño dabas, rendido, la ardiente entraña,
despertado, de pronto, por inaudito tropel sonoro,
viste pasar a Heracles que coronaba la nueva hazaña
llevando contra el pecho las encendidas manzanas de oro.

Con mengua de tu aliento fué consumada la audaz quimera;
contra empresa tan loca, nada en desquite tu esfuerzo pudo:
antes que el vivo arroyo de tu venganza corrido hubiera,
ya el detentor mancebo ganaba el agua, bello y desnudo...

En vano tus enojos vomitan rayos; en vano, ardientes,
das a los cuatro puntos, agostadoras, tus oriflamas;
las yeguas de tu furia buscan en vano por las vertientes,
lanzando por los belfos enardecidos relinchos-llamas...

Mil leguas en redondo sonó el colérico batir de cascos,
cien soles con cien lunas durara activa tu ebria congoja:
de día fulminando prietas columnas de humo y peñascos;
sacudiendo, en la noche, la exorbitante melena roja.

Así te sueño ¡Pico de Tenerife! cumpliendo altivo,
por obra de tus dioses, un inmutable designio ignoto;
con todas las calderas y los fundentes hornos al vivo
y tus fraguas que azuzan las reptaciones del terremoto.

Así te sueño ¡oh Teide! mientras tu cono gentil descuellas,
hoy que te ven mis ojos —el mar por medio— de la isla hermana
desflorar el espacio y hender la linde de las estrellas,
dejando atrás las nubes, con tu orgullosa cabeza cana...

Así te ven mis ojos, mas yo te quiero fosco y bravío,
porque tú emblematizas con tu perenne desasosiego:
—¡Pico de Tenerife, de continente sereno y frío!—
¡la victoria más alta, la gran Victoria del hombre: EL FUEGO!...

Agaete de Gran Canaria

PALABRAS DE LA AMISTAD



A INMENSIDAD NOCTURNA

I

LA inmensidad nocturna mi laxitud halaga;
ya el corazón aquieta su lacerado anhelo
y con barruntos nuevos, el pensamiento indaga,
flotando en la infinita diversidad del cielo.

Noche azul de septiembre ¡qué egregios son tus dones!
Ofreces al devoto de tus designios santos
una tiara de gemas para las ambiciones
y un manto de quimeras para los desencantos.

Los astros ejecutan sin punto de reposo
—motor incognoscible su actividad influye—:
ahora mismo, tocado de espasmo luminoso,
el Cisne al Cénit trepa, de Hércules temeroso,
y el Dragón, acosado por las dos Osas, huye...

Irreprochable, Sirio, inflama su ascua de oro,
Andrómeda y Perseo se hacen signos constantes;
y, frente a la lascivia transcendental del Toro,
las Pléyades aventan su polvo de diamantes.

Y una ilusión tras otra nuestra vigilia empalma,
a cada nueva fase reviven mis querellas,
y vánse sucediendo por el redil del alma
como por la majada celeste, las estrellas.

II

¿QUÉ hacer? Sobre los vanos pesa un rigor tremendo;
el desengaño ha sido bien duro de esta vez.
¡Fatal castigo para los que seguimos siendo,
perdidamente, niños, pasada la niñez!



VICTORIO MACHO

Tú llegas de Castilla,
de Castilla la Vieja, corazón de la Raza
.....
pacífico trofeo, un cincel y una maza
.....
Los Númenes propicios
al nacer te otorgaron la magia de sus dones
y unánimes auspicios
.....
Ya al nacer presagióse tu dominio
.....
viril y luminoso de tu nombre
.....
con claro vaticinio
tu gloria de estatuario con tu prestigio de hombre.
.....
y afrontas el futuro con impasible reto;
avaro del secreto,
que en el compacto de tus simples duerme,
y ves pasar extático por tus cambiantes tonos
la perpetuidad de Cronos
contra tu augusta aleación, inerme...
.....

la voluntad activa
puso en tus manos la pericia seria
y en tu espíritu tenso,
un torcedor inmenso:
¡El anhelo infinito de animar la materia!

¡Otra vez, Prometeo!
Tú mismo, compelido por infernal deseo
robar quisiste el ascua del luminar sagrado
conque animar, eterno, tus plásticas escenas.
De los astros llegaban canciones de sirenas
queriendo entre sus filtros dejarte aprisionado;
mas tú, sutil y osado,
cerrando los oídos a las mentidas voces,
regresaste a los pobres orígenes humanos,
trayendo entre las manos,
intactas, una chispa del fuego de los dioses...

¡Plaza al vidente, plaza!
Ya la Fama serena
la profusión de sus clarines suena,
y ya a tu sien enlaza
el mirto ilustre y la preclara yedra:
¡Vidente mozo de la pura norma
que haces surgir la Forma
de la inercia del leño, del metal y la piedra!

Materiales caóticos,
que sueñan en estados alotrópicos
del *fiat* de tus labios a la espera;
y a tu alrededor, con actitud entera,
tenaces, yerguen sus macizos mudos,
vírgenes y desnudos,
tal cual los pare el Bosque, la Mina o la Cantera...
¡Inexpresivos bloques en los que nada vibra,
pesados monolitos de arquitectura plana;
y que han de ser, por obra de tu robusta fibra,
un Héroe, un Mancebo o una Mujer, mañana!

.....
Maderas escogidas
plenas de luz y de compactos poros
vivientes hasta ayer, y bendecidas
de cielo azul y céfiros sonoros.

.....
la noche de los ébanos y el oro de los robles...
¡Troncos desconcertados!
Encierran vuestros haces apretados
alta expresión que el inspirado halla;
y en que afirma con nimbos de victoria
su limpia ejecutoria
de española nobleza tradicional, la Talla...

.....
del mármol eminente
justo remedo del prodigio vivo:
e iluminando todo con espectral lucerna

el polvo embrionario de la arcilla paterna;
el barro soberano,
que aún guarda en sus moléculas la fundación eterna:
¡la Fundación Eterna!
¡El modelo inicial del Cuerpo Humano!

.....
Pasa el cortejo de tus creaciones:
los ínclitos varones,
las rígidas siluetas
de los hombres del agro castellano,
la montaña y el llano,
místicos, marineros y poetas...

El Sol por las aristas de tu *Galdós* resbala,
la esperanza en el gesto de la *Piedad* culmina;
y en un descenso místico, por invisible escala,
la estela funeraria de San Justo señala
la ruta sin retorno que hacia el *no ser* camina...
Tú has visto la figura de la Parca, tú sabes
leer los geroglíficos de sus misterios graves
y descubrir el fondo de sus negras quimeras
mirando por los antros de sus órbitas huera.
Tú conoces el trismo del mentón espantoso,
la tenebrosa insidia, la taciturna rabia,
y escuchas, cual preámbulo del funeral reposo,
su paso cauteloso
y el frote imperceptible de sus goznes sin savia.

Ella pone en las bocas espasmos de agonía,
aprieta un pecho joven con implacable anhelo,
o, descarnada, envuelve su escueta anatomía
en la monjil mortaja de tu hermano Marcelo...
Ella el pavor nocturno del Más Allá rebasa;
crispa unos flacos dedos en postrimera ayuda
y deja que El Espíritu se disuelva en la masa
esbozando una forma femenina y desnuda...

.....
Alonso Berruguete revive en ti su afán;
en tu jardín las Musas descriñen su tocado,
y Buonarrotti enorme, con gesto iluminado,
por tu taller adentra su sombra de titán.

.....
Llor a tí, maestro,
que el pensamiento acoplas con el dominio diestro;
e infundes a tus bloques con pródiga medida,
igual que un dios magnánimo, multiplicado y fuerte,
los dos extremos polos de la verdad habida:
¡Al monumento: *Vida*,
y en el sepulcro: *Muerte...!*



ASTORAL ROMÁNTICA

LAS gentes del Cortijo murmuran sordamente
y, en voz baja, hacen lenguas de una tirana ley;
ya el rebaño no tiene pastor que lo apaciente:
¡se han llevado el pastor al servicio del rey!

.....

Mi alma se alborozaba con su nuevo destino,
y llena del sol de oro que ardía en el sendero,
arranqué una amapola del borde del camino
y me adorné con ella la cinta del sombrero.

.....

Al verme, sonrieron las mozas del Cortijo.

.....

Alma de Nemoroso, don Juan Boscán, un día,
divino enamorado, quiso seguir tus huellas,
y el noble Garcilaso, señor de la armonía,
te hizo carne en sus versos brillantes como estrellas.

.....

...Pastorales de antaño,
praderías de España con olor de violetas.

.....

regalo de las ninfas y amor de los poetas.

.....

Y al volver a mi cuarto, las visiones teóricas
de la tarde, hacen mofa del peregrino lance;
y, llena la cabeza de fórmulas retóricas,
mi pluma traza el lírico concepto de un romance...



FERNANDO GONZÁLEZ

(EN EL LIBRO «MANANTIALES EN LA RUTA»)

Yo sé que hay bravas gentes que desdeñan
el verbo noble y la ideal medida;
para esos pobres seres que no sueñan
¡qué poca cosa debe ser la vida!

.....

.....
y en la humedad del aire y en la quietud del viento,
desplegando la gama de sus finos colores,
el ceñidor de Hipólita bordaba el firmamento.

Frente al atleta muerto, el ronco mar sonaba...

FIN DE LAS ROSAS
DE HÉRCULES

INDICE

LIBRO PRIMERO

	Págs.
Prólogo, <i>por Enrique Díez Canedo</i>	17
El poeta futuro, <i>por Salvador Rueda</i>	29
Canto Inaugural. «Las Rosas de Hércules»	39

VACACIONES SENTIMENTALES

I—Cortijo de Pedrales, en lo alto de la sierra	47
II—Laxitud soñolienta de la noche aldeana	49
III—Y he recordado... El breve rincón de un pueblecillo	51
IV—Entonces era un niño con los bucles rizados	52
V—Por fin se terminaron aquellas vacaciones	53
VI—A Fernando Fortún	55
VII—Y como se ha quedado la ventana entornada	59
VIII—Y con la luna ha vuelto la visión de mi hermana.	60
IX—Cuando a mi alma interrogo sobre el ensueño ido.	63
X—Tarde de oro en otoño, cuando aún las nieblas densas	64
Elogio de las campanas	65
La voz de las campanas	67

POEMAS DE ASUNTOS VARIOS

Canto subjetivo	71
La espada	74
La honda	75
Serenata	77
Romance de Nemoroso	81
Criselefantina	84

	Págs.
Bodas aldeanas	86
Palinodia	87
Recuerdo de la hermana	89

POEMAS DEL MAR

A Salvador Rueda	95
El mar es como un viejo camarada de infancia.	99
I-Puerto de Gran Canaria	103
II-La taberna del muelle	104
III-El sol vertió su lumbre	105
IV-Esta noche la lluvia	106
V-Hombres de ojos de ópalos.	107
VI-Marinos de los fiordos.	108
VII-Esta vieja fragata I	109
VIII-Esta vieja fragata II	110
IX-Hoy es la botadura	111
X-Es todo un viejo lobo	112
XI-Frente a los arenales :	113
XII-Noche pasada a bordo	114
XIII-Navegamos rodeados	115
XIV-Vamos llegando en medio	116
XV-¡Oh, el puerto muerto!	117
XVI-Puerto desconocido	118
Final	119

LIBRO SEGUNDO

De sí mismo. (<i>Preludio</i>)	127
--	-----

LOS HIMNOS FERVOROSOS

	Págs.
Canto en loor de las banderas aliadas	133
Britania máxima	136
Elegía de las ciudades bombardeadas	140
Oda a las glorias de Don Juan de Austria	143
Canto conmemorativo	147
Oda al Atlántico	155

ALEGORÍAS

Balada del niño arquero	183
Alegoría del Otoño	190
Tarde en la selva	198
A Rubén Darío en su última peregrinación	204
La campana a vuelo	210

EPÍSTOLAS, ELOGIOS, ELOGIOS FÚNEBRES

Epístola a un médico	225
Por el primer centenario de un escultor de imágenes.	229
En la muerte de Fernando Fortún	232
Por la muerte de un educador	239
En el tránsito de Bernardino Ponce	242
La ofrenda emocionada (A Don B. Pérez Galdós).	243
En «El lino de los sueños», de Alonso Quesada.	247
En el libro de Luis Doreste «Las Moradas de Amor».	252
Brindis en la glorificación de un matemático	256
Por la visita de Salvador Rueda	261
A Manolo González	264
A Néstor	268

POEMAS DE LA CIUDAD COMERCIAL

	Págs.
Canto a la ciudad comercial	285
La calle de Triana	293
Estampa de la ciudad primitiva	296
Tiendecitas de turcos	297
Ha llegado una escuadra	301
Calle de la Marina	304
El barrio de Vegueta	307

ENVÍO

A Leonor	313
--------------------	-----

LIBRO TERCERO

Apolo te conserve la fuerza y el reposo, <i>por</i> <i>Domingo Rivero</i>	321
Himno al volcán	325

PALABRAS DE LA AMISTAD

I—La inmensidad nocturna.	331
II—¿Qué hacer?	333
A Victorio Macho	335
Pastoral romántica	340
A Fernando González	342

ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTE LIBRO DE «LAS ROSAS DE
HÉRCULES», COMPUESTO EN TIPO ELZEVIRIANO
IBARRA DEL CUERPO DOCE, EN LA IMPRENTA
DE PEDRO LEZCANO, EL DÍA QUINCE DE
DICIEMBRE DE MIL NOVECIENTOS
CINCUENTA Y SEIS.